

Los amores de GOODWIN

por

**REX
STOUT**

*Novela de
Nero Wolfe*

BOX
SET



**SELECCIONES DE
BIBLIOTECA ORO**

Rex Todhunter
Stout

Los amores de
Goodwin

(The Silent Speaker, 1946)



Los Amores
de GOODWIN

FOR REX STOUT

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

Argyle (Leo): Hombre de negocios y de generosos sentimientos.

Archie Goodwin: Secretario y auxiliar de Nero Wolfe.

Ash: Inspector afecto a la Brigada de Homicidios.

Bill Gore: Agente a sueldo de Nero

Wolfe.

Boone (Cheney): Director de la Oficina del Gobierno para la Regulación de Precios.

Boone (Nina): Sobrina del anterior.

Boone (Mistress): Esposa de Cheney.

Brenner (Fritz): Cocinero y mayordomo de Wolfe.

Breslow: Miembro de la Asociación Industrial Nacional.

Cramer: Jefe de la Brigada de Homicidios.

Del Bascom: Director de una agencia de detectives.

Dexter (Salomón): Director sustituto de la Oficina de Regulación de Precios.

Erskine (Frank Thomas): Presidente de la Asociación Industrial Nacional (A.I.N.).

Erskine (Ed): Hijo del anterior.

Gunther (Phoebe): Secretaria de confianza del asesinado Cheney Boone.

Harding (Hattie): Directora adjunta de Relaciones Exteriores de la A.I.N.

Hombert: Inspector de policía.

Kates (Alger): Miembro de la Oficina de Regulación de Precios.

Lon Cohen: Periodista de la "Gazette".

O'Neill (Don): Presidente de la firma "O'Neill y Warder" y miembro también de la A.I.N.

Panzer (Saúl): Auxiliar a sueldo de

Nero Wolfe.

Quayle: Agente de policía.

Rowcliffe: Teniente de policía.

Skinner: Fiscal del distrito.

Spero: Elemento destacado del

F.B.I.

Stebbins (Purley): Sargento de
policía.

Travis: Agente del F.B.I.

Vollmer: Medico y amigo intimo de
Wolfe.

Warder: Vicepresidente de la firma
“O’Neill y Warder”.

Winterhoff: Importante miembro de
la A.I.N.

Wolfe (Nero): Sagaz detective
privado, protagonista de esta novela.

Capítulo primero

Nero Wolfe estaba arrellanado en su gigantesca silla detrás de la mesa de despacho. Con los ojos semicerrados me dijo con un susurro:

—Es interesante que los miembros de la Asociación Nacional de industrias, presentes en la cena de la última noche, representen en conjunto un capital de unos treinta billones de dólares...

Acabé de poner en orden los papeles de la caja fuerte, dejé el talonario de cheques en su sitio, cerré la puerta del

arca, di la vuelta a la combinación y volví bostezando a mi mesa.

—Cierto, señor —convine con aburrimiento—. Y tampoco es ninguna tontería el hecho de que las poblaciones prehistóricas edificaran más túmulos en el estado de Ohio que en ningún otro del país. En mi infancia...

—Cállese —dijo Wolfe.

Acepté esta indicación sin resentimiento alguno, primero porque no faltaba mucho para medianoche y me sentía soñoliento y luego porque era verosímil que existiese alguna relación entre la observación que él había formulado y nuestra conversación anterior, cosa que no podía decirse de la

que había expresado yo. Habíamos estado hablando del saldo del Banco, de los ahorros para pagar los impuestos, de las facturas y cargas próximas, una de las cuales era mi sueldo, y de asuntos afines a éstos. Después de haber bostezado yo otras tres veces, Wolfe me dijo súbita y enérgicamente:

—Archie, saque su cuaderno de notas. Voy a darle instrucciones para mañana.

En dos minutos consiguió desvelarme por completo. Cuando hubimos terminado y me fui al piso de arriba a acostarme, tenía tan impreso en la mente el programa del día siguiente, que estuve revolviéndome en la cama

por lo menos, por lo menos medio
minuto, antes de que el sueño se
apoderase de mí.

Capítulo II

Aquel día había sido un miércoles de finales del más cálido mes de marzo de la historia de Nueva York. El jueves fue aún más caluroso y ni siquiera me puse sobretodo cuando salí de nuestra casa, situada en la calle 35 Oeste, y fui al garaje en busca del coche. Iba bien pertrechado y provisto para enfrentarme con todas las contingencias. En la cartera llevaba provisión de tarjetas que rezaban:

ARCHIE GOODWIN

Colaborador de Nero Wolfe

Calle 35 Oeste, n.º 922 Teléfono:

Proctor 5-500

Y en el bolsillo de la chaqueta, junto con los encargos acostumbrados, traía informaciones especiales, que acallaba de elaborar en mi máquina de escribir. Iban escritas en una hoja de memorándum donde se hacía constar que procedían de Archie Goodwin para Nero Wolfe. Decían así: «El inspector Cramer está de acuerdo en la inspección de la habitación del Waldorf. Más tarde informaré por teléfono».

Como quiera que había salido temprano de casa y la oficina de la

Brigada de Homicidios, en la calle 20, distaba solamente una milla, era poco más de las nueve y media cuando fui recibido en un despacho de ella y me acomodé delante de una vieja mesa. El hombre que estaba sentado en una silla giratoria, al otro lado de la mesa, mirando con rostro ceñudo unos papeles, era de cara redonda y colorada, ojos hundidos y grisáceos y orejitas delicadas y pegadas al cráneo. Al sentarme en la silla, transfirió la mirada ceñuda a mi persona y gruñó:

—Estoy muy ocupado. —Y mirándome la corbata, observó—: ¿Se ha figurado usted que estamos en Pascua?

—No sé que haya ninguna ley —dije altivamente— que prohíba que un hombre se compre una camisa y una corbata. Sea lo que sea, voy disfrazado de policía. Comprendo que esté usted ocupado y no quiero hacerle perder tiempo. Quiero pedirle un favor, un gran favor. No para mí: Ya me doy cuenta de que si yo estuviese bloqueado por las llamas en un edificio, usted acudiría con un bidón de gasolina. Es para Nero Wolfe, que quiere que me autorice usted a inspeccionar la habitación del hotel Waldorf donde Cheney Boone fue asesinado el martes por la noche. Quizá habrá también que sacar fotografías.

El inspector Cramer apartó la vista

de mi corbata y la fijó en mí.

—Dios mío —dijo luego con amargura—. ¡Cómo si este caso no estuviese ya bastante embrollado! Lo único que faltaba para convertirlo en una mascarada era Nero Wolfe, y hete aquí como aparece. —Se frotó la mandíbula y mirándome ásperamente, preguntó—: ¿Quién les paga a ustedes?

—No tengo noticia de ello —dije moviendo negativamente la cabeza—. Por lo que sé, se trata exclusivamente de la curiosidad científica del señor Wolfe. Se interesa por el crimen...

—Ya me ha oído lo que le he preguntado: ¿Quién les paga?

—No, no —dije con acento apenado

—. Ábrame usted en canal, llévese mi corazón al laboratorio para que lo examinen y en él encontrará usted escrito...

—¡Basta ya! —gruñó él, volviendo a sumergirse en los papeles.

—Ciertamente, inspector —dije poniéndome en pie—, reconozco que está usted ocupado, pero el señor Wolfe agradecería mucho que me diese usted permiso para examinar...

—¡Rábanos! —contestó él sin levantar los oídos—. No necesita usted permiso alguno para hacerlo y sabe usted ya demasiado bien que no lo necesita. Es la primera vez que Wolfe se preocupa de solicitar a la autoridad algo

que desee hacer. Si tuviera tiempo, trataría de imaginar lo que anda persiguiendo, pero ahora estoy demasiado ocupado. Basta.

—¡Uf, qué malpensado! —suspiré al dirigirme a la puerta—. Sospechas, siempre sospechas... ¡Qué mala vida se debe dar usted!

Capítulo III

Johnny Darst era, por el aspecto, el traje y las maneras el tipo más alejado de lo que ustedes consideran, el empleado de hotel característico. Se le podría haber tomado por vicepresidente de una Compañía o por mayordomo de un club de golf. Estaba mirándome atentamente en la habitación del hotel, más parecida a una jaula de grillos que a una alcoba, por el tamaño, mientras yo examinaba la topografía, los ángulos y los muebles, que consistían en una

mesita, un espejo y unas cuantas sillas. Como Johnny no tenía nada de tonto, me abstuve de darle la impresión de que yo estaba realizando algún trabajo abstruso.

—¿Qué es lo que busca usted en realidad? —me preguntó amablemente.

—Nada —le dije—. Trabajo para Nero Wolfe, de la misma manera que usted trabaja para el Waldorf y él me ha enviado a echar una ojeada acá, que es lo que estoy haciendo. ¿Han cambiado la alfombra?

—Había un poco de sangre. No mucha —asintió—. Y los policías se llevaron también algunas cosas.

—Según los diarios, hay cuatro habitaciones como ésta; dos a cada lado

del estrado.

—Que se emplean —dijo asintiendo de nuevo— como vestidores y lugar de descanso de quienes actúan. No es que se pueda decir que Cheney Boone se disponía a actuar. Lo que deseaba era un lugar para repasar su discurso y le mandaron acá para que pudiese estar solo. La sala grande de baile del Waldorf es la mejor...

—¡Claro, claro! —dije calurosamente—. Sin duda que lo es. Les tuvieron que pagar a ustedes una suma astronómica. Bueno, mil gracias por todo.

—¿Ha conseguido usted todo lo que deseaba?

—Sí, creo que ya lo he despachado todo.

—Podría enseñarle a usted el lugar exacto donde iba a colocarse él para pronunciar su discurso, si no le hubieran matado antes.

—Muchas gracias, pero me parece que me necesitan.

Bajó conmigo en el ascensor y los dos nos dimos perfecta cuenta de que a los hoteles los únicos detectives privados que les son simpáticos son los contratados por ellos. En la puerta, me preguntó en tono trivial:

—¿Para quién trabaja el señor Wolfe?

—Esto no se puede preguntar.

Primero y principal, trabaja para Wolfe.
Convénczase usted de ello como me he
convencido yo. Además, le soy leal.

Capítulo IV

A las diez y cuarto situé el coche en Foley Square y entré en la Audiencia. Subí en el ascensor. Allí vi a una docena, o quizá más, de hombres del F.B.I. con los cuales hablamos tratado Wolfe y yo durante la guerra, cuando él prestaba algún servicio al Gobierno y yo pertenecía a la «G-2». Wolfe y yo habíamos pensado que para nuestros actuales fines, el hombre más apropiado, por ser ligerísimamente menos reservado que sus colegas, era G. G.

Spero, y por ello a él fue quien hice pasar tarjeta. Al instante una muchacha de aspecto despejado y eficaz me instaló en una habitación de aspecto despejado y eficaz, y ante mi se presentó la cara despejada y eficaz de G. G. Spero, del F.B.I. Nos miramos durante un par de minutos y luego me preguntó cordialmente:

—Bueno, mayor, ¿en qué podemos servirle?

—Dos pequeñeces. Primero, que no me llame usted mayor. Voy de paisano y además el oírme llamar así me produce un complejo de inferioridad, porque yo tenía que haber sido coronel. Segundo, una petición de Nero Wolfe que le traigo

y que tiene algo de confidencial. Claro está que el señor Wolfe podía haberme remitido al Jefe o haberle telefoneado, pero no quería molestarle. Se trata de un detallito en torno del caso del asesinato de Boone. Se nos ha dicho que el F.B.I. ha tomado cartas en el asunto y damos por sentado que ustedes no se mezclan por lo general en crímenes de alcance local. El señor Wolfe desea saber si desde el punto de vista del F.B.I. existe algún motivo que haga inoportuno que se interese en el caso un detective privado.

Spero continuó tratando de mostrarse cordial, pero la educación y las costumbres adquiridas en el cuerpo fueron superiores a sus deseos. Empezó

a tamborilear con los dedos en la mesa, se dio cuenta luego de su gesto maquinal, apartó las manos y recordó que la gente del F.B.I. no tiene por costumbre repiquetear en las mesas.

—Conque el caso Boone... —dijo.

—Cierto. El caso Cheney Boone.

—Sí, cierto. Si prescindimos por un momento del punto de vista del F.B.I., ¿cuál es el del señor Wolfe?

Se cernió encima de mí y trató de sonsacarme por cuarenta procedimientos diferentes. Salí media hora más tarde de lo previsto y con el único resultado que había previsto: nada. Habíamos confiado demasiado en el ligerísimo margen de locuacidad que le distinguía

de sus compañeros.

Capítulo V

El último número del programa resaltó ser el más complicado, sobre todo por cuanto en él tuve que tratar con personas que me eran totalmente extrañas. No conocía a nadie relacionado con la Asociación Industrial Nacional y por ello tuve que iniciar la gestión perforando la coraza de ésta. El ambiente de sus oficinas, situadas en el piso treinta de un edificio de la calle 41, me causó mala impresión desde el preciso instante en que puse pie en ellas.

El recibidor era demasiado grande; se advertía que habían gastado demasiado dinero en alfombras; que la decoración había sido concebida con excesiva ostentación, y que, en definitiva, la muchacha que estaba sentada al otro lado del pupitre de recepción era una verdadera nevera. Claro está, sin que ello afectase a lo aceptable de su aspecto exterior. Se la veía tan esencialmente glacial ante cualquier posible favor, que se perdía toda tentación de derretirla. Yo no creo producirme de una manera indiferente con las mujeres comprendidas entre los veinte y los treinta años, que cumplan con ciertos requisitos de forma y de

perfil, pero con aquélla lo fui, al entregarle una tarjeta y decirle que deseaba ver a Hattie Harding.

Según la antesala que tuve que guardar, cualquiera podría figurarse que Hattie Harding era la diosa de aquel templo, en vez de ser solamente la directora adjunta de Relaciones Públicas de la Asociación Industrial Nacional, pero al cabo logré franquear el último obstáculo y ser admitido ante ella. En su despacho se daba también la misma abundancia de espacio, de alfombras y de decoración. La persona de Hattie Harding tenía sus cualidades, pero de aquellas que despiertan en mí uno o dos de mis malos instintos, y por

cierto que no quiero decir lo que alguno de ustedes se figurará que quiero decir.

Era de una edad intermedia entre los veintisiete y los cuarenta y ocho años, alta, bien formada, bien vestida y sus ojos escépticos y suficientes le daban a entender a uno a la primera mirada que Hattie estaba al cabo de la calle en todo.

—Celebro mucho —manifestó estrechándome la mano con firmeza— saludar a Archie Goodwin, enviado por Nero Wolfe. Lo celebro de veras. Porque supongo que viene usted enviado por él, ¿verdad? Directamente, ¿no es así?

—Vengo volando como una abeja, con la misma tortuosidad con que sale

volando de una flor.

—¡Cómo! ¿No querrá usted decir que se dirige volando hacia una flor? — observó riendo.

—Sí, esta será la verdad —respondí riendo también—, porque tengo que reconocer que he venido a buscar una cierta cantidad de néctar. Para Nero Wolfe, ¿sabe? Mi jefe necesita una lista de los miembros de la Asociación Industrial Nacional que estuvieron en aquella cena del Waldorf Astoria, y me ha mandado acá a buscarla. Tiene una copia de la lista impresa, pero necesita saber cuáles fueron los que no acudieron a la cena y quienes fueron los que no estaban inscritos en la lista. ¿Cree usted

que me explico bien?

—¿Por qué no nos sentamos? —dijo riendo, sin responder a mí pregunta.

Se dirigió hacia un par de sillas que había al lado de una ventana, pero yo fingí no darme cuenta de ello y me encaminé hacia una silla que estaba dispuesta para las visitas al lado de su mesa de despacho, para procurar que ella se sentase detrás de ésta. La nota que yo había redactado para Wolfe estaba en el bolsillo exterior de mi chaqueta y tenía por objeto el ir a parar al suelo del despacho de la señorita Harding. Esta operación, si mediaba entre nosotros la esquina de la mesa, no sería difícil.

—Muy interesante —manifestó ella —, Y ¿para qué quiere la lista el señor Wolfe?

—Hablando con franqueza —le dije sonriendo—, no puedo hacer otra cosa que expresar una inocente mentira: Les quiere pedir sus autógrafos a los invitados.

—También yo seré franca —dijo ella sonriendo igualmente—. Mire usted, señor Goodwin. Ya comprenderá usted que todo este asunto es de la máxima incomodidad para nuestra Asociación. Nuestro invitado, el personaje que tenía que pronunciar el discurso principal en el banquete, el director de la Oficina de Regulación de Precios, fue asesinado en

el momento de comenzar la cena. Me encuentro en una situación muy violenta. Aun cuando mi oficina haya desarrollado la labor más eficaz que se recuerda en los últimos diez años en el empeño de promover unas buenas relaciones públicas, todos estos esfuerzos pueden quedar aniquilados por obra de un suceso que ocurrió en diez segundos. No hay...

—¿Cómo sabe usted que ocurrió en diez segundos?

—Hombre... debió... quizás —dijo parpadeando.

—No está demostrado —dije en tono trivial—. Le golpearon cuatro veces en la cabeza con una llave inglesa.

Claro está que los golpes pudieron darse dentro del término de diez segundos. O quizá el asesino le golpeó una vez y le dejó sin sentido, descansó un rato, volvió a golpearle, descansó otro rato, le golpeó por tercera vez...

—¿Qué se propone usted? —saltó ella—. ¿Que me coja el toro?

—No, lo que quiero es darle a entender lo que es una investigación criminal. Si hubiera formulado usted esa observación ante la policía, eso de que ocurrió en diez segundos, estaba usted perdida. A mí, claro, me entra por un oído y me sale por el otro, y además no me importa nada, porque he venido sólo a conseguir lo que me ha mandado el

señor Wolfe. Le agradeceríamos mucho que nos proporcionase usted esa lista.

Tenía un discurso en el disparadero, pero me interrumpí al verla cubrirse la cara con las manos. Pensé que iba a echarse a llorar desesperada por el crepúsculo de la oficina de Relaciones Públicas, pero todo lo que hizo fue oprimirse los ojos con las palmas de las manos y dejarlas puestas sobre ellas. Era el momento para echar en el suelo la nota que traía y así lo hice. Estuvo con las manos en los ojos el tiempo bastante para que yo dejase caer un mazo entero de notas. Cuando descubrió los ojos, éstos aparecieron con la misma expresión de suficiencia que había

observado al entrar.

—Perdone —dijo—, pero no he dormido en dos noches y estoy hecha una ruina. Tendré que rogarle que se retire. Tengo que asistir a otra conferencia en el despacho del señor Erskine para tratar de este terrible asunto. Empieza dentro de diez minutos y tengo que prepararme para ella. De todos modos, ya comprende usted que no puedo facilitarle la lista sin aprobación de mis superiores. Por lo demás, si el señor Wolfe está en relaciones tan estrechas con la policía como dice la gente, ¿por qué no se la proporcionan ellos? Usted hablaba de si se explicaba bien; fíjese en las cosas que estoy

diciendo. Dígame una cosa. Espero que me lo aclare usted: ¿Quién ha encargado al señor Wolfe de ocuparse en este asunto?

Moví negativamente la cabeza y me puse en pie.

—Me encuentro en el mismo brete que usted, señorita Harding. Tampoco puedo tomar determinación alguna de importancia, tal como contestar a una sencilla pregunta sin la aprobación de mis superiores. ¿Qué le parecería un trueque de ambos favores? Yo le preguntare al señor Wolfe si puedo contestar a su pregunta, y usted pediré al señor Erskine si puede facilitarme la lista. Que tenga usted éxito en la

conferencia.

Nos estrechamos las manos y yo crucé rápidamente las alfombras, sin preocuparme de que la señorita Harding encontrase la nota a tiempo de recogerla y entregármela.

El tráfico urbano del mediodía era de una congestión tan grande que, aun atajando para llegar a la calle 35 Oeste, no conseguí moverme con libertad en todo el camino. Paré el coche delante de la vieja casa de piedra, propiedad de Nero Wolfe, donde yo había vivido durante diez años, subí las escaleras y traté de abrir con mi llave, pero advertí que el pestillo estaba echado y tuve que llamar con la campanilla. Fritz Brenner,

nuestro cocinero, mayordomo y criado, vino, me abrió y después de informarme de que había buenas perspectivas de cobrar el sábado, me dirigí a través del vestíbulo al despacho. Wolfe estaba sentado ante su mesa leyendo un libro. Aquel era el único sitio donde se sentía realmente cómodo. Había en la casa otras sillas hechas de encargo, de anchura y profundidad especiales y con garantía de soportar ciento cincuenta kilos de peso. Una estaba en su alcoba, otra en la cocina, otra en el comedor, otra en el invernadero, donde crecían las orquídeas, y otra en el despacho, presidido por un globo terráqueo de medio metro de diámetro y las

estanterías de la biblioteca. Sin embargo, donde él se acomodaba noche y día era en la de su mesa.

Según acostumbraba, Wolfe no levantó la vista cuando entré. Y como acostumbraba yo, no hice el menor caso de que él no me hiciera caso.

—Ya están lanzados los anzuelos — dije—. Probablemente en este mismo instante las emisoras de radio están anunciando que Nero Wolfe, el máximo detective particular cuando tiene ganas de trabajar, cosa que no ocurre a menudo, se ha hecho cargo del caso Boone. ¿Quiere usted que conecte la radio?

Terminó de leer un párrafo, dobló

una página y dejó el libro.

—No —respondió—. Es hora de almorzar. —Y mirándome añadió—: Se ha dejado usted ver mucho. Ha telefoneado el señor Cramer. El señor Travis del F.B.I. ha telefoneado también. También ha llamado el señor Rhode, del Waldorf. Como parecía probable que alguno de ellos viniese acá, le mandé a Fritz echar el pestillo de la puerta.

Aquellas fueron las únicas novedades del momento, y aun de la hora, o cosa así, que transcurrió hasta que Fritz anunció el almuerzo. Aquel día la minuta consistía en pasteles de avena con lomo de cerdo, seguidos a su vez de pasteles de avena con miel. El ritmo de

Fritz para servir los pasteles de avena era admirable. En el preciso momento en que uno de nosotros acababa de consumir el undécimo pastel, entraba el duodécimo, y así sucesivamente.

Capítulo VI

El pez que veníamos esperando pescar no picó hasta la mañana del viernes. Todo lo que ocurrió en la tarde del jueves fue un par de visitas inesperadas: la de Cramer y la de G. G. Spero. Como Wolfe me había dicho que no les dejase pasar, se fueron sin franquear el umbral. Para darles a ustedes idea de lo seguro que estaba yo de que el pez picaría tarde o temprano, me tomé la molestia, durante la tarde y la noche del viernes, de sacar un

extracto a máquina de las noticias que tenía yo del caso Boone, obteniéndolas de los periódicos y de una conversación que había tenido el miércoles con el sargento Purley Stebbins. Acabo de leer este informe una vez más y he decidido no transcribirlo «in extenso», sino hacerlo sólo con los puntos culminantes.

Cheney Boone, director de la Oficina del Gobierno para la Regulación de Precios, había sido invitado a pronunciar el discurso principal en una cena que daba la Asociación Industrial Nacional el martes por la noche en la gran sala de baile del hotel Waldorf-Astoria. Había llegado a las siete menos diez, antes de que los mil cuatrocientos

invitados se hubiesen instalado en las mesas y mientras éstos permanecían en grupos, bebiendo y charlando. Acompañado a la sala de recepción reservada a personalidades ilustres, la cual, como de costumbre, estaba, ocupada por un centenar de personas, la mayor parte de las cuales no tenían nada que hacer allí, Boone, después de tomar un combinado y de sufrir cierta cantidad de saludos y presentaciones, solicitó un lugar retirado donde pudiese repasar su discurso. Se le indicó una habitacioncita que había al lado del estrado. Su esposa, que había venido con él a la cena, se quedó en la sala de recepción. Su sobrina, Nina Boone, le había seguido al

cuartito para ayudarle en lo del discurso si hacía falta, pero su tío la había hecho volver al salón casi en seguida, diciéndole que se tomase otro combinado y la muchacha se había quedado en el salón.

Poco después de haber partido Boone y su sobrina hacia la habitación del crimen, según la llamaban los periódicos, Phoebe Gunther hizo su aparición. La señorita Gunther era la secretaria de confianza de Boone; traía consigo dos abrelatas, dos llaves inglesas, dos camisas de hombre, dos estilográficas y un cochecito de niño. Estos objetos servirían de piezas demostrativas en el curso del

parlamento de Boone, y como la señorita Gunther quería entregárselas en el acto, fue acompañada a la habitación del crimen por un miembro de la Asociación Industrial Nacional, que iba empujando el cochecito, en el cual iban los demás objetos, no sin regocijada sorpresa de la muchedumbre por en medio de la cual se abrieron paso. La señorita Gunther estuvo con Boone sólo un par de minutos, le entregó dichas piezas y volvió al salón, donde se tomó un combinado. Dio cuenta de que Boone había dicho que quería estar a solas.

A las siete y media la gente que había en el salón de recepción fue invitada a entrar en la sala de baile y a

situarse en sus lugares de la mesa presidencial, al paso que los mil cuatrocientos invitados se iban acomodando en sus lugares respectivos y los camareros se disponían a comenzar su actuación. A las ocho menos cuarto llegó el señor Alger Kates, que pertenecía, al departamento de investigaciones de la Oficina de Regulación de Precios y traía unas estadísticas recientísimas que tenían que ser aprovechadas en el discurso de Boone. Subió a la mesa presidencial en busca de Boone; y el señor Frank Thomas Erskine, presidente de la Asociación Industrial Nacional, le indicó a un camarero que le enseñase el

lugar donde estaba Boone. El camarero jefe le acompañó al otro lado de la puerta posterior del estrado y le señaló la puerta de la habitación del crimen.

El cadáver había sido descubierto por Alger Kates. El cuerpo estaba en el suelo, con la cabeza destrozada a golpes de llave inglesa y ésta permanecía en tierra a poca distancia. La conducta posterior de Kates aparecía insinuada en algunos periódicos y expresada claramente en otros; se partía de la base de que ninguno de los miembros de la Oficina de Regulación de Precios se fiaría jamás de persona alguna de la Asociación Industrial Nacional, ni siquiera en materia de un crimen. Sea

por este motivo o por otra razón cualquiera, en vez de volver a la sala de baile y al estrado e informar a los presentes, Kates echó una ojeada por la parte posterior del estrado hasta que encontró un teléfono. Llamó al gerente del hotel y le dijo que fuera en seguida y que llevase consigo a todos los policías que pudiese encontrar.

El jueves por la noche, cuarenta y ocho horas después del suceso, se habían acumulado ya cientos de detalles en torno del crimen, tales como el que no apareciesen en la empuñadura de la llave inglesa más que unas manchas, pero no huellas identificables y tantos otros pormenores que no alteraban lo

esencial del cuadro, tal cual se conocía en el momento en que compuse el informe.

Capítulo VII

El viernes el pez picó en nuestro anzuelo. Dado que Wolfe está desde las nueve hasta las once de la mañana en los invernaderos, yo permanecía a solas en el despacho cuando llamaron, al teléfono. En este país, gobernado por los secretarios, la llamada siguió el trámite regular.

—La señorita Harding llama al señor Wolfe. El señor Wolfe que haga el favor de ponerse al aparato.

Me costaría ocupar toda una página

el describir las tortuosidades por que atravesó mi toma de contacto con la voz de la señorita Harding. Aun no sé cómo logré hablar con ella y sugerirle la idea de que Wolfe estaba ocupado en sus orquídeas y tendría que recoger yo su encargo. La señorita; Harding tenía interés en saber cuánto tardaría Wolfe en dejar las flores y trasladarse a aquella oficina para ver al señor Erskine. Le expliqué que salía raras veces de casa fuese cual fuere el motivo, y que desde luego no lo hacía nunca para trabajar.

—Ya lo sé —saltó ella con un nerviosismo que me hizo pensar que habría pasado otra noche en vela—. ¡Pero es que tiene que hablar con el

señor Erskine!

—Para usted —convine yo— el señor Erskine representa mucho, pero para el señor Wolfe no supone otra cosa que una molestia. El señor Wolfe aborrece trabajar, ni siquiera en casa.

La señorita Harding me rogó que no colgase y yo esperé al pie del teléfono unos diez minutos. Al cabo, volvió a sonar su voz:

—¿Señor Goodwin?

—Sigo aquí; me he vuelto más viejo y más prudente, pero sigo aquí.

—El señor Erskine irá al despacho del señor Wolfe a las cuatro y media de esta tarde.

—Oiga usted, Relaciones Públicas

—dije empezando a exasperarme—, ¿por qué no simplifica usted las cosas poniéndome en contacto con el señor Erskine? Si viene a las cuatro y media, tendrá que esperar una hora y media, porque las horas en que el señor Wolfe está con las orquídeas son de nueve a once de la mañana y de cuatro a seis de la tarde, y no hay nada, incluyendo cualquier crimen imaginable, que haya modificado o que pueda modificar tal costumbre.

—¡Pero esto es ridículo!

—Sin duda; también lo es este sistema indirecto de que un hombre se ponga en relación con otro, pero...

—No cuelgue.

No logré que me conectase con Erskine. Era mucho esperar, pero a pesar de los pesares llegamos a un acuerdo, superados todos los obstáculos, de suerte que cuando Wolfe bajó a las once, pude anunciarle:

—Esta tarde, a las tres y diez, estará aquí el señor Frank Thomas Erskine, presidente de la Asociación Industrial Nacional, con sus acompañantes.

—Bien, Archie —susurró él.

Debo confesar con franqueza, que me gustaría que mi corazón no se alborotase un poco cuando Wolfe me dice: «Bien, Archie», porque es un detalle pueril.

Capítulo VIII

Cuando sonó la campanilla de la puerta aquella tarde, a las tres y diez en punto y me puse en pie para abrir, le observé a Wolfe:

—Esa gente es posible que sea de aquella especie de la que suele usted huir. O aun peor, de aquellos que me hace usted expulsar. Quizá tendrá usted que contenerse. Acuérdesse de sus gastos, y no se olvide de Fritz, Teodoro, Charley y yo.

Wolfe no dijo nada.

La pesca recogida fue superior a todas las esperanzas, porque en la delegación de cuatro personas que nos visitó no sólo venía un Erskine, sino dos. Padre e hijo. El padre tendría quizá sesenta años y me sorprendió el hecho de que no hubiera nada digno de admiración en su personalidad. Era alto, huesudo, flaco; vestía un traje azul marino hecho en los talleres rápidos, que no le caía bien, y aunque no llevaba dientes postizos, hablaba como si los tuviera. Hizo las presentaciones, dándose a conocer primero a sí mismo y luego a los demás. Su hijo se llamaba Edward Frank y él le llamaba Ed. Los otros dos, de quienes se nos dijo que

eran miembros del comité ejecutivo de la Asociación Industrial Nacional, eran los señores Breslow y Winterhoff. Breslow tenía un aspecto tal que daba la impresión de que había nacido enfurecido y quería morir así. Winterhoff podía haber posado como modelo, en calidad de hombre distinguido, para el reclamo de una marca de *whisky*. No le faltaba siquiera ni el bigotito gris.

En cuanto al hijo, a quien no me atrevía aún a llamar Ed, y que era más o menos de mi edad, reservé mis juicios, porque parecía estar preocupado, y esta no es situación para calibrar a una persona. No cabía dudar de que le dolía

la cabeza. Su traje le había costado tres veces más de lo que valía el de su padre.

Cuando les hube acomodado en sendas sillas, con el señor Erskine en el sillón de cuero rojo que había al extremo de la mesa de Wolfe y una mesita al alcance de su codo que le venía de perlas para firmar un cheque en ella, el padre dijo:

—Quizá estaremos perdiendo el tiempo, señor Wolfe. Por teléfono nos pareció imposible obtener ninguna información satisfactoria. ¿Ha sido usted encargado por alguien de investigar este asunto?

Wolfe levantó una ceja unos

milímetros.

—¿Qué asunto, señor Erskine?

—Pues... eso, la muerte de Cheney Boone.

—Déjeme usted que le diga —respondió Wolfe después de reflexionar — que no me he comprometido a nada ni he aceptado retribución alguna. No estoy sujeto a ningún interés particular.

—En un caso de asesinato —dijo malhumorado Breslow— no hay otro interés posible que el de la justicia.

—¡Oh, por Dios! —gruñó Ed.

—Si hace falta —dijo con énfasis papá— pueden ustedes marcharse y yo resolveré esto a solas. —Y volviéndose a Wolfe añadió—: ¿Qué opinión ha

formado usted?

—Las opiniones peritas valen dinero.

—Se las pagaremos.

—Una cantidad razonable — intervino Winterhoff, con voz grave y espesa, impropia de un hombre distinguido.

—No la valdrá, a menos que yo sea de veras un perito, y yo no seré perito a menos que trabaje. No he decidido aún si llegaré a esta determinación extrema. No me gusta trabajar.

—¿Quién le ha consultado a usted?
—insistió el señor Erskine.

—Vamos a hablar en serio, señor — dijo Wolfe señalándole con un dedo—.

Es usted un indiscreto al hacerme esta pregunta y yo sería un necio si se la respondiese. ¿Ha venido usted acá con la intención de contratarme?

—Hombre. —dijo Erskine vacilante—. Hemos hablado de ello como de una eventualidad posible.

—¿Por cuenta de ustedes como particulares o por cuenta de la Asociación Industrial Nacional?

—Se trató de ello como cosa de la Asociación.

—No les aconsejo que lo hagan —dijo Wolfe meneando la cabeza—. Podría ocurrir que malgastaran el dinero.

—¿Por qué? ¿No es usted un buen

detective?

—Soy el mejor. Pero la situación es obvia. Lo que les interesa a ustedes es la reputación y la solidez de su entidad. La opinión pública ha visto ya la causa y ha dictado sentencia. Nadie ignora que su Asociación era enconadamente hostil a la Oficina de Regulación de Precios, al señor Boone y a su política. El noventa y nueve por ciento de la gente está persuadida de quién fue el asesino del señor Boone: La Asociación Industrial Nacional. —Y dirigiéndome la mirada, Wolfe me pregunto—: Archie, ¿qué decía aquel hombre del Banco?

—¡Oh, nada! Un chiste que corre de boca en boca: Que A.I.N. significa

«Absolutamente inútil negarlo»

—¡Esto es una infamia!

—Sin duda —convino Wolfe—, pero tal es la voz pública. La A.I.N. ha sido considerada culpable y la gente ha emitido su fallo. La única manera de anular esta sentencia sería encontrar al asesino y demostrar su culpabilidad. Aunque resultase que el criminal era un miembro de la A.I.N. el balance sería el mismo: la curiosidad y el odio de la gente se transferirían a la persona, si no de una manera total, por lo menos en gran medida. No habrá otra cosa que les descargue a ustedes de su presunta culpabilidad.

Los visitantes se miraron

mutuamente. Winterhoff asintió con gesto abatido y Breslow se mordió los labios para que su irritación no estallase. Ed Erskine miró a Wolfe como si este fuese la causa de su dolor de cabeza.

—Dice usted —observó papá Erskine dirigiéndose a Wolfe— que el público considera culpable a la A.I.N. Lo propio han hecho la policía y el F.B.I. Se producen con nosotros de una manera despótica y opresiva. Habría que conceder a los miembros de una organización tan antigua y tan respetable como es la A.I.N. ciertos derechos y ciertos privilegios. ¿Sabe usted cómo actúa la policía? Además del resto de medidas adoptadas, ¿sabe usted que se

han puesto en relación con la policía de cada ciudad de los Estados Unidos? ¿Sabe usted que les han pedido una declaración firmada a todos los ciudadanos de cada localidad que estuvieron en Nueva York en aquella cena y han regresado a su casa?

—¡Claro! —convino cortésmente Wolfe—; y quiero suponer que la policía les habrá proporcionado papel y tinta.

—¿Cómo dice? —dijo papá Erskine mirándole severamente.

—¿Qué demonios tiene que ver una cosa con otra? —preguntó con irritación el hijo.

Wolfe pasó por alto la pregunta e hizo observar:

—Lo malo del caso es que la probabilidad de que la policía aprehenda al culpable parece más bien frágil. Sin haber estudiado el caso de manera profunda, tío puedo emitir una opinión perita acerca de él, pero me veo en el caso de declarar que me parece bastante oscuro. Han pasado ya tres días y tres noches. Por ello es por lo qua me pronuncio en contra de su idea de contratar mis servicios. Reconozco qué valdría cualquier gasto para su Asociación el descubrir al asesino, aun cuando resultase que era uñó de ustedes cuatro, pero de este trabajo me encargaría yo en el extremo más desesperado, y aun así con el mayor

desagrado. Lamento que se hayan ustedes tomado la molestia de venir sin fruto. Archie...

Me puse en pie, entendiendo la insinuación de que mi cometido iba a ser demostrarles con qué cortesía, sabíamos ponerles en la puerta. Ellos permanecieron sentados mirándose recíprocamente.

—Yo echaría adelante, Frank —le dijo Winterhoff a Erskine.

—¿Qué otra cosa podemos hacer sino? —se preguntó Breslow.

—¡Dios mío, preferiría que estuviese aun vivo! —gimió Ed—. Aquello era mejor que esto.

Volví a sentarme.

—Somos hombres de negocios, señor Wolfe —dijo Erskine—. Nos hacemos cargo de que usted no puede garantizarnos nada, pero si lográsemos convencerle de que se encargase usted del asunto, ¿qué se brindaría usted a hacer?



—Somos hombres de negocios

Costó diez minutos el convencer a Wolfe, y cuando se rindió al cabo todos parecieron aliviados, incluso Ed. Quedó más o menos claro que el argumento clave era la afirmación de Breslow de que la justicia tenía que prevalecer. Fue lástima que la mesita tan apropiada a escribir un cheque permaneciese sin usar, puesto que la A.I.N., disponía de un sistema especial de órdenes de pago. En vez de ello puse a máquina una carta que dictó Wolfe y que Erskine firmó. La cantidad ascendía a diez mil dólares y quedaba abierta una cuenta final que incluiría los gastos de la investigación. Se advertía que aquella gente se agarraba a un clavo ardiendo.

—Ahora —dijo Erskine devolviéndome la estilográfica— me parece que lo mejor será que le revelemos las noticias que tenemos del caso.

—No hace falta que sea ahora mismo —opuso Wolfe —Tengo que ajustar mi cerebro a este lío. Mejor sería que volviesen ustedes esta noche, digamos a las nueve.

Todos protestaron. Winterhoff dijo que tenía una cita que no podía vulnerar.

—Como usted guste, señor; si es que la cita le parece más importante. Tenemos que empezar a trabajar sin pérdida de tiempo. —Volviéndose hacia mí Wolfe dijo—: Archie, su libro de

notas. Un telegrama: «Queda usted invitado a tomar parte en una conversación acerca del asesinato de Boone que tendrá lugar en el despacho de Nero Wolfe a las nueve de la noche de este viernes, 29 de marzo». Fírmelo con mi nombre. Envíeselo en el acto a los señores Cramer, Spero y Kates, a la señorita Gunther, a la señora Boone, a la señorita Nina Boone y al señor Rhode y quizá también a otras personas, que ya veremos luego. ¿Estarán ustedes aquí, señores?

—¡Dios mío —exclamó en tono ofendido Ed—, con tanta gente podría usted celebrar la reunión en el salón de baile mayor del Waldorf!

—Me parece a mí —dijo Erskine— que hay aquí un error. El primer principio...

—Soy yo quien lleva la investigación —. dijo Wolfe en el mismo tono que usaban con sus subordinados los magnates de la A.I.N.

Empecé a escribir el telegrama a máquina y puesto que su envío era urgente y dado que Wolfe sólo andaba largos trechos en casos de alarma, llamamos a Fritz para que les acompañase a la puerta. Escribía el texto y las diversas direcciones solamente, porque pensé que la manera más rápida de mandarlos sería el teléfono. El localizar las direcciones de

algunos de ellos constituía un problema. Como Wolfe estaba arrellanado en su sillón, con los ojos cerrados, no era cosa de molestarle con pequeñeces, y por ello llamé al periodista Lon Cohen a la «Gazette» y conseguí los datos necesarios. Lo sabía todo. Había venido de Washington para recoger aquel gran discurso que nunca llegó a ser pronunciado y no había regresado aún. La señora Boone y su sobrina estaban en el Waldorf; Alger Kates vivía con unos amigos en la calle 11, y Phoebe Gunther, que había sido la secretaria confidencial de Boone, disponía de una habitación con baño en la calle 55 Este. Cuando hube terminado aquel trabajo, pregunté a

Wolfe a quién más quería invitar. Dijo que a nadie. Me puse en pie y le miré.

—Supongo que lo que falta será una rutinaria recolección de pruebas. Ed Erskine tiene callos en las manos. ¿Sirve de algo?

—¡Maldita sea! —suspiró Wolfe—. Iba a terminar ese libro por la noche. ¡Y ahora este lío infernal!...

Puso en movimiento su masa y tocó el timbre para que trajesen cerveza.

Cuando me fui a confrontar y archivar los registros de germinación que Teodoro había bajado de los invernaderos, empecé a pensar con admiración en Wolfe. No por su concepción de la idea de encontrar un

patrocinador que le pagase, porque ésta tenía ya precedentes en otras épocas de necesidad; no por el método que había empleado para encontrarlo, porque yo mismo habría podido imaginarlo; no por la ejecución del proyecto y su manera de tratar con la delegación de la A.I.N.; no por la altanería de aquellos telegramas, porque hablar de la altanería de Wolfe era como admirarse del hielo del Polo Norte o de las hojas verdes en una selva tropical, No. Lo que admiraba yo era su sentido común. Quería echar una ojeada sobre toda aquella gente. ¿Qué hacen ustedes cuando quieren echarle una ojeada a una persona? Se ponen el sombrero y se van adonde está dicha

persona. Pero ¿y si la idea de ponerse el sombrero y salir de casa les inspira horror? Le piden a la persona que venga adonde están ustedes. ¿Qué les hace a ustedes pensar que vendrá esta persona?

Y aquí era donde entraba el sentido común. Tomemos, por ejemplo, al inspector Cramer. ¿Por qué tenía que venir él, el jefe de la Brigada de Homicidios? Porque no sabía hasta dónde había llegado Wolfe en la investigación y por ello no podía permitirse quedar al margen.

A las cuatro Wolfe había terminado de beber su cerveza y había subido en el ascensor para pasar a sus invernaderos. Terminé mi labor de archivo y me

dediqué a atar diversos cabos sueltos de la oficina, confiando en que, durante un día o dos, mi trabajo experimentaría alguna variación. Luego volví a mi mesa y revisé un montón de recortes de periódico que me asegurarían de que nada importante me había pasado por alto al hacer el sumario del caso Boone. Estaba absorto en ello cuando sonó la campanilla de la puerta y al abrir me encontré con un corredor de aspiradores. Por lo menos, me lo pareció porque tenía este porte entre amigable y cohibido. Pero algunos de los detalles de su persona no coincidían con esta imagen, como por ejemplo su traje, que era de la especie que me

compraría yo cuando se muriese mi tío rico.

—Buenas —dijo alegremente—. Apostaría a que es usted Archie Goodwin. Estuvo usted ayer a ver a la señorita Harding. Me habló de usted. ¿No es usted Archie Goodwin?

—Sí —dije, como contestación más expedita entre todas. Si hubiera dicho que no o hubiese tratado de escabullirme, tarde o temprano me habría acorralado.

—Así lo creo —dijo satisfecho—. ¿Puedo pasar? Querría ver al señor Wolfe. Soy Don O'Neill, pero esto, claro está, a usted no le aclara nada. Soy presidente de la Compañía «O'Neill y

Warder» y miembro de aquel conglomerado de antiguallas que es la A.I.N., tan dejada de la mano de Dios. Yo era presidente del comité organizador de la cena aquella de la otra noche, en el Waldorf. Jamás me quitaré de encima aquella impresión: ¡Presidente del comité de una cena y dejar que me asesinen al orador principal!

Está claro que mi primera reacción fue pensar que había pasado relativamente bien treinta años de mi vida sin conocer a Don O'Neill y que no había razón alguna para cambiar de política. Pero como mis ideas personales tenían que quedar

subordinadas, le dejé entrar y le conduje a la oficina y dentro de ella a una silla, antes de tener tiempo de explicarle que tendría que esperar media hora, porque Wolfe estaba ocupado. Por un instante pareció molesto, pero en el acto comprendió que esta no era manera de llevar adelante sus proyectos y dijo que claro, que muy bien, y que no le importaba esperar. Se mostró muy complacido con el despacho, se puso en pie y empezó a mirarlo todo. Aplaudió mucho lo selecto de los libros, lo maravilloso del gran globo. Dijo que era precisamente lo que él siempre había deseado tener y que nunca había querido tomarse el trabajo de adquirir uno, pero

que ahora...

Entró Wolfe, le miró y luego me miró a mí con malignidad. Cierto era que mi deber era advertirle por anticipado de cualquier visita que le aguardase y no dejarles entrar en frío de aquella manera. Pero era casi seguro que si le hubiera hablado de O'Neill habría rehusado verle y me habría dicho que le invitase a la reunión de las nueve, y yo no creía necesario que Wolfe le concediese a su cerebro otras tres horas de descanso.

Estuvo tan áspero que ni siquiera le dio la mano y admitió la presentación con una inclinación tan breve que si hubiera tenido un vaso de agua en la

cabeza no se habría derramado ni una gota. Se sentó, miró al visitante hostilmente y le preguntó con sequedad:

—¿Y bien?...

O'Neill se quedó tan fresco y respondió:

—Estaba admirando su despacho.

—Gracias, pero tengo la seguridad que no ha venido usted a esto.

—Oh, no... Pero en calidad de presidente del comité de aquella cena, me creo en el meollo de este asunto, me guste o no. Me refiero al asunto ese del asesinato de Boone. No quiero decir que esté complicado, porque es una palabra muy fuerte, sino... interesado. Sin duda alguna estoy interesado en ello.

—¿Hay alguien que haya insinuado que está usted complicado?

—¿Insinuado? —dijo O'Neill con sorpresa. Muy suave lo plantea usted. La policía parte de la base de que cualquiera que tenga algo que ver con la A.I.N. está complicado. Por ello es por lo que afirmo que la política que ha adoptado el comité ejecutivo es sentimental y no realista. No me juzgue usted mal, señor Wolfe. —Y al decir esto me dirigió una mirada para incluirme en «Unión de Ciudadanos Asociados Para No Juzgar Mal A Don O'Neill»—. Soy uno de los miembros de la A.I.N. de ideas más avanzadas —prosiguió—. Pero la idea de cooperar

con la policía, a la vista de la conducta que siguen y gastar aún el dinero en investigar, me parece antirrealista. Deberíamos decir a la policía: «Conforme, ha habido un asesinato, y a fuer de buenos ciudadanos esperamos que cojan ustedes al culpable, pero no tenemos nada que ver con ello ni nos importa en absoluto».

—Y decirles que dejen de molestarle a usted.

—Exacto. Esto es lo justo precisamente —dijo O'Neill complacido de encontrar un alma gemela—. Estaba en la oficina cuando regresaron hace una hora con la noticia de que le habían contratado a usted para

hacer investigaciones. Quiero que quede claro que no estoy procediendo bajo cuerda. No actuó así. Tuvimos otra discusión y yo les dije que venía a verle a usted.

—Admirable —dijo Wolfe con los ojos muy abiertos, lo cual era indicio de que estaba hastiado y que no sacaba nada en limpio de todo aquello. O eso, o que se negaba a poner en marcha el cerebro hasta las nueve—. Y ¿ha venido usted a verme para convencerme de que desista de trabajar en ello?

—¡Oh, no, ya me di cuenta de que sería inútil! Usted no haría tal cosa, ¿verdad?

—Por lo menos sin alguna razón

suficiente. Como indicó el señor Breslow, el interés de la justicia está sor encima de todo. Tal es su posición. La mía es que necesito el dinero. Así, pues, ¿a qué ha venido usted?

O'Neill me hizo una mueca como para decir: «Tiene usted un jefe que es un hueso». Y con la misma mueca se volvió hacia Wolfe.

—Celebro verle a usted llegar al fondo de la cuestión. Conmigo tiene usted que hacerlo, porque tengo propensión a divagar. Lo que me ha traído acá, con franqueza, ha sido el sentido de mi responsabilidad como presidente del comité de la cena. He visto una copia de la carta que le ha

dirigido a usted Frank Erskine, pero no he oído la conversación que sostuvieron ustedes, y la cantidad de diez mil dólares como pago de una investigación sencilla me parece astronómica. Yo contrato detectives en mis negocios, en cosas tales como relaciones de trabajo y demás, y sé lo que cobran los detectives, y por ello se me ha planteado inmediatamente el interrogante de si se trata realmente de una investigación sencilla. Le pregunté sin ambages a Erskine si había contratado a Wolfe para proteger a los miembros de la A.I.N. atrayendo la atención de la gente en otros sentidos, y me dijo que no. Pero conozco a Frank Erskine, y como no me

di por satisfecho con la respuesta, se lo dije. Lo malo que me ocurre es que tengo conciencia y tengo responsabilidad. Por esto he venido a preguntárselo a usted.

A Wolfe se le torcieron los labios no sé si de diversión o de rabiosa ira. Su manera de tomar un insulto no depende del insulto, sino del humor en que se encuentre. Si acaecía encontrarse en uno de sus periodos de pereza, no habría movido una pestaña ni aunque le hubieran acusado de ser especialista en recoger pruebas para divorcios.

—Yo también digo que no, señor O'Neill. Pero me temo que esta respuesta no le sirva de gran cosa. Y si

el señor Erskine y yo mentimos los dos, ¿qué pasa? No veo qué otra cosa puede usted hacer sino correr a la policía y acusarnos de obstruir la acción de la justicia, pero a usted tampoco le gustaría la reacción de la policía. Hemos invitado a algunas personas a reunirse esta noche a las nueve aquí y discutir el asunto. ¿Por qué no asiste usted y echa una mirada?

—Desde luego. Ya les he dicho a Erskine y a los demás que venía.

—Bien. Entonces no queremos retenerle a usted más ahora... Archie...

La cosa no fue tan sencilla como eso. O'Neill no se mostraba dispuesto en absoluto a marcharse. Así era de

fuerte su sentido de la responsabilidad. Pero al cabo logramos desprendernos de él sin acudir a la violencia física. Después de empujarle hasta la puerta, volví al despacho y le pregunté a Wolfe:

—¿Para qué ha venido exactamente?

Ya me hago el cargo de que indudablemente es el asesino de Boone, pero ¿por qué perdería su tiempo y el mío...?

—Usted fue quien le dejó entrar — dijo Wolfe glacialmente—. Usted no me advirtió. Parece usted olvidar...

—Bueno —interrumpí alegremente—, todo esto ayuda a conocer a la naturaleza humana. Contribuí a echarle, ¿no es verdad? Ahora tenemos trabajo

en preparar la reunión. ¿Cuántos vendrán? Unos doce, sin contarnos a nosotros, ¿verdad?

Me absorbí en el problema de acomodarles. Disponíamos de seis sillas en el despacho y el diván podría alojar cómodamente a cuatro, si se prescindía del hecho de que cuando se ha cometido un asesinato hace tres días hay pocos grupos de cuatro personas relacionadas entre sí que se presten a sentarse juntas en el mismo mueble. Mejor era disponer de abundancia de sillas y por ello traje cinco más de la habitación de la fachada, la que da a la calle, y las coloqué en círculo y no en filas, porque entendí que lo primero daba mayor

confianza a la reunión. A pesar de lo grande que era el cuarto, quedó bastante lleno. Me apoyé en la pared e inspeccioné el resultado de mis trabajos con el ceño fruncido.

—Lo que hace falta —observé— es el toque femenino.

—¡Bah! —gruñó Wolfe.

Capítulo IX

A las diez y cuarto, Wolfe estaba arrellanado en su sillón con los ojos semicerrados, dedicado a la meditación. Habían estado tratando el asunto durante más de una hora.



Wolfe estaba arrellanado en su sillón

Habíamos tenido trece visitantes. Gracias a la previsión con que había arreglado los asientos, no había habido incidente alguno. El grupo de la A.I.N. estaba en el lado de la habitación más alejado de mi mesa, vecino a la puerta del vestíbulo, con Erskine sentado en el sillón de cuero rojo. Habían venido seis de ellos; los cuatro asistentes por la tarde, incluyendo a Winterhoff que tenía una cita que no podía vulnerar, a Hattie Harding y a Don O'Neill. En mi lado del cuarto estaba la gente de la Oficina de Regulación de Precios, representada por cuatro personas: la señora Boone, viuda del asesinado; su sobrina Nina, Alger Kates y un tal Salomón Dexter. Dexter

tenía unos cincuenta años, más bien menos que más, y era el ex director adjunto de la Oficina y en La actualidad, desde hacia veinticuatro horas, director en funciones de ella. Había venido, según le dijo a Wolfe, por razón de su cargo. En medio de los dos ejércitos hostiles estaban los neutrales o los jueces: Spero, del F.B.I., el inspector Cramer y el sargento Purley Stebbins. Le dije a Cramer que ya me daba cuenta de que tenía ganas de sentarse en el sillón de cuero rojo, pero que le necesitábamos en el espacio intermedio. A las diez y cuarto estaba loco de furor, porque se había dado cuenta mucho antes de que Wolfe no hacía otra cosa

que escarbar en la superficie del asunto y que había preparado la reunión con idea de enterarse de cosas y no de revelarlas.

Había habido un intento frustrado de alterar mis planes de colocación de los visitantes. La señora Boone y la sobrina habían llegado temprano, antes de las nueve, y como tengo muy buena vista, yo había colocado, sin vacilación alguna, a la sobrina en la silla de al lado de la mía. Cuando llegó Ed Erskine, solo, un poco después, le asignó una silla en el lado de la A.I.N. y minutos más tarde descubrí que, mientras yo atendía a otro par de clientes, había saltado a ocupar mi silla y estaba hablando con la

sobrino. Pasé allá y le dije:

—Este lado está destinado a los Capuletos. ¿Le importa sentarse en el lugar donde le he colocado?

Torció el cuello y levantó la barbilla para mirarme. Quiero ser objetivo: No estaba bebido, pero tampoco corría peligro alguno de morir por desecación.

—¿Eh? ¿Por qué? —me preguntó.

—Además hay el motivo de que ésta es mi silla y yo trabajo aquí. No hagamos una cuestión de ello.

Se encogió de hombros y se levantó. Yo me dirigí a Nina Boone y observé:

—En el despacho de un detective se topa uno con toda clase de personas.

—Ya me lo figuro —dijo ella.

Observación ésta poco profunda y dicha en, tono indiferente, pero yo la dirigí una sonrisa para expresarle cuánto le agradecía el que se molestase en formularla en momentos de tanta pena para ella. Nina tenía los ojos y el pelo oscuros y la expresión de su cara era firme.

Desde el momento, precisamente al principio, en que Wolfe anunció haber sido contratado por la A.I.N., la gente de la Oficina de Regulación de Precios se manifestó recelosa y hostil. Es obvio que la A.I.N. odiaba a Cheney Boone y a todo cuanto él representaba y que hubieran hecho lo posible porque se lo comiesen los lobos, y también lo era que

la O.R.P. se hubiera complacido en que la bomba atómica hubiese sido ensayada echándosela a los de la A.I.N. convenientemente reunidos en una isla, pero yo no me había dado cuenta de la intensidad de ambos sentimientos hasta el instante en que se reunieron en el despacho de Wolfe. Claro está que había que considerar dos nuevos elementos en la situación: el hecho de que Cheney Boone hubiera sido asesinado nada menos que en una cena de la A.I.N. y la perspectiva de que alguna persona o personas fueran o dejaran de ser detenidas, procesadas, convictas y electrocutadas.

A las diez y cuarto se habían tocado

muchos puntos, tanto triviales como importantes. El punto de vista de la O.R.P. era que todos los que estaban reunidos en el salón de recepción del Waldorf y probablemente otras muchas personas, sabían que Boone se encontraba en la habitación de al lado del escenario donde se cometió el crimen, mientras que la A.I.N. pretendía que no lo sabían más que cuatro o cinco personas, aparte de los de la O.R.P. allí presentes. Lo cierto es que no había manera de esclarecer quién lo había sabido y quién no.

Ni los empleados del hotel ni otra persona alguna había oído ruido en la habitación del crimen, ni había visto a

nadie entrar o salir, exceptuando a las personas cuya presencia era ya conocida y estaba justificada.

En nuestras sospechas no se eliminó a nadie por razón de su edad, corpulencia o sexo. Ciertamente es que un atleta joven puede blandir una llave inglesa con más energía y rapidez que una anciana jugadora de *bridge*, pero ambos podían haber dado los golpes que mataron a Boone. No había indicio alguno de lucha. Cualquiera de los golpes, dados desde atrás, podía haberle hecho perder el sentido o matarle. G. G. Spero, del F.B.I., intervino en la discusión en este punto y aludió a una insinuación de Erskine para manifestar

que no era función del F.B.I. el investigar los crímenes locales, pero dado el caso que Boone había sido asesinado mientras actuaba como funcionario oficial, el Departamento de Justicia tenía interés legítimo en el asunto, y que además actuaba a petición de la policía de Nueva York.

Un resultado interesante fue la dificultad de averiguar cómo había sido asesinado Boone, a menos que se hubiese dado la muerte a sí mismo, porque todo el mundo tenía una coartada. Y no entiendo por todo el mundo solo a los presentes en el despacho de Wolfe (no había razón especial para suponer que el asesino

estaba con nosotros), sino a los mil cuatrocientos o mil quinientos que habían asistido a la cena. El lapso de tiempo crítico era de una media hora, entre las siete y media, momento en que Phoebe Gunther había dejado el cochecillo de niño y su contenido, y las ocho menos cuarto, en que Alger Kates había encontrado el cadáver. La policía había empezado a operar sobre esta base y había resultado que todo el mundo había estado con alguien, sobre todo los del salón de recepción. Pero lo curioso es que todas las coartadas eran mutuas entre gente de la A.I.N. o mutuas entre gente de la O.R.P. Aunque parezca raro, no había nadie de la A.I.N. que

podría avalar a uno de la O.R.P. o viceversa. En cuanto a la señora Boone, por ejemplo, no había nadie de la A.I.N. que estuviese seguro de que no había salido del salón en aquel momento o de que había ido directamente de allí al estrado. La gente de la O.R.P. estaba igualmente a oscuras acerca de los actos de Frank Thomas Erskine, el presidente de la A.I.N.

No había prueba alguna de que el móvil del crimen fuese impedir a Boone el pronunciar aquel discurso. Tal parlamento no amenazaba ni denunciaba a ninguna persona en particular, ni siquiera en el texto anticipadamente remitido a la Prensa ni en los cambios y

adiciones efectuados a última hora. No había en él concepto alguno que apuntase contra un asesino.

El primero de los elementos totalmente nuevos para mí, del cual no venía noticia en los periódicos, me vino presentado accidentalmente por la señora Boone. La única persona invitada a nuestra reunión que no había acudido era Phoebe Gunther, la secretaria confidencial de Boone. Se aludió a su nombre reiteradamente, como es natural, durante la primera parte de conversación, pero la señora Boone fue quien centró sobre él el reflector de nuestra atención. Tuve la impresión de que lo hacía deliberadamente. Hasta

aquel instante no me había fijado especialmente en la señora Boone: Era una mujer madura y robusta, aunque no obesa ni marchita.

Wolfe había insistido en la cuestión de la llegada de Cheney Boone al Waldorf y Cramer, que estaba entonces en disposición de echarlo todo a rodar, dijo sarcásticamente.

—Le mandaré a usted copia de mis notas. Mientras tanto, Goodwin puede apuntar lo siguiente: Boone y su mujer, Nina Boone, Phoebe Gunther y Alger Kates tenían que tomar el tren que sale a la una de Washington hacia Nueva York, pero Boone se vio sorprendido por una conferencia imprevista y no pudo

alcanzarlo. Los otros cuatro vinieron en el tren y cuando llegaron a Nueva York, la señora Boone fue al Waldorf, donde tenía habitaciones reservadas, y los otros cuatro fueron a la oficina de la O.R.P. en esta ciudad. Boone llegó en un avión que aterrizó en el aeropuerto de La Guardia a las seis y cinco, fue al hotel y subió a la alcoba donde estaba su esposa. En aquel momento estaba también presente su sobrina y, los tres bajaron juntos al piso donde estaba la sala de baile. Fueron directamente al salón de recepción. Boone no tenía ni sombrero ni sobretodo que depositar y llevaba una cajita de cuero.

—Esta es la cajita —observó la

señora Boone— que la señorita Gunther dijo que se olvidó en el alféizar de una ventana.

Yo miré con expresión de reproche a la viuda, porque aquellas palabras eran el primer indicio de una escisión en las filas de la O.R.P. y sonaban peyorativamente con el énfasis con que ella pronunció la palabra «dice». Para empeorar las cosas, Hattie Harding recogió al punto la idea y dijo:

—Y la señorita Gunther se equivoca de medio a medio, porque hay cuatro personas distintas que vieron esta cajita en su mano cuando ella salió del salón de recepción.

—Es sorprendente que... —saltó

Salomón Dexter.

—Por favor, señor —rogó Wolfe señalándole con el dedo—. ¿Qué era esta caja? ¿Una cartera? ¿Un neceser?

—No —dijo Cramer, saliendo de nuevo al quite—. Era una cajita de cuero, parecida a las que usan los médicos, y que contenía cilindros de dictáfono. La señorita Gunther me la ha descrito. Cuando le llevó a Boone el cochecito de niño y las demás cosas a la habitación donde fue asesinado, él le dijo que la conferencia de Washington había terminado antes de lo esperado y que él había vuelto a la oficina y había pasado una hora dictando antes de coger el avión de Nueva York. Traía consigo

los cilindros en aquella caja para que la secretarla los transcribiese. Ella la cogió hasta llegar a la sala de recepción, cuando volvió a ella para tomar un combinado, y la dejó en el alféizar de una ventana. No sabe más de ella.

—Esto es lo que dice —repitió la señora Boone.

—¡Qué disparate! —exclamó Dexter mirándola.

—¿Usted vio —preguntó con firmeza Hattie Harding a la viuda— la caja en la mano de la señorita Gunther cuando salió de la sala de recepción?

Todas las miradas confluyeron en la viuda. Ella desvió los ojos y se hizo la idea de que con una palabra bastaría

para quedar clasificada como fiel o traidora. Ante este dilema no tardó mucho en decidirse. Miró a Hattie Harding a los ojos y dijo claramente:

—No.

Todo el mundo respiró. Wolfe le preguntó a Cramer:

—¿Qué había grabado en los cilindros? ¿Cartas o qué?

—La señorita Gunther no lo sabe. Boone no se lo dijo. Nadie lo sabe en Washington.

—¿De qué trataba la conferencia que terminó antes de lo que Boone esperaba?

Cramer movió negativamente la cabeza.

—¿Quién estuvo con él?

Cramer volvió a hacer un ademán negativo.

—Nos hemos ocupado de esto en Washington —adelantó G. G. Spero—. No podemos encontrar huellas de conferencia alguna. No sabemos dónde estuvo Boone en un espacio de unas dos horas, de una a tres. La mejor pista es que el jefe de la A.I.N. en Washington había querido verle para comentar su discurso, pero él niega...

—¡Por todos los demonios —saltó Breslow—, ya pareció el peine! ¡Siempre ha de ser alguien de la A.I.N.! ¡Todo esto es una inmensa idiotez, Spero, y no se olvide usted de dónde

salen los sueldos del F.B.I.! ¡Salen de los bolsillos de los contribuyentes!

A partir de este momento la conversación cayó en el lodo casi sin cesar. Wolfe no contribuyó a ello en absoluto.

—La constante alusión a su Asociación podrá ser importuna desde su punto de vista, señor Breslow, pero no podemos evitarla —dijo Wolfe—. Una investigación criminal se centra invariablemente en las personas que tenían razones para cometer el asesinato. Ya ha oído usted al señor Cramer, al principio de esta conversación, afirmar que una pesquisa cuidadosa por demás no ha podido arrojar luz sobre ningún

enemigo personal del muerto. Pero no puede usted negar que el señor Boone tenía muchos adversarios reclutados por obra de sus actividades como funcionario del Gobierno, y que gran número de éstos eran miembros de la A.I.N.

—Una pregunta, señor Wolfe —terció Winterhoff—. ¿Es siempre un enemigo el que mata a una persona?

—Contéstese usted mismo —repuso Wolfe—. Ha hecho usted la pregunta con esta intención.

—Pues bien —declaró Winterhoff—, no es siempre un enemigo, sin duda alguna. Por ejemplo, no se podrá decir que el señor Dexter, aquí presente, fuese

enemigo del señor Boone; por el contrario, eran amigos. Pero si el señor Dexter hubiese estado poseído de la ambición de llegar a ser director de la Oficina de Regulación de Precios, como lo es en este momento, podía verosímilmente haber dado pasos para dejar vacante la plaza. Y de manera accesoria, habría querido colocar bajo una grave sospecha a los miembros de una organización a la que él odia mortalmente, lo cual ha sucedido en efecto.

Salomón Dexter le miraba sonriente y no precisamente con afecto.

—¿Está usted acusándome, señor Winterhoff?

—En absoluto —dijo el otro mirándole—. Es sólo un ejemplo.

—Porque en tal caso aduciría una pequeña dificultad. Estuve en Washington hasta las once de la noche del martes. Tendrá usted que salvar este obstáculo si quiere insistir en la acusación.

—A pesar de todo —dijo Thomas Erskine en tono firme y judicial—, el señor Winterhoff ha hecho una observación importante.

—Una entre varias —afirmó Breslow—. Hay otras dignas de consideración. Existen otras personas a quienes todos conocemos y a las que no hay por qué dejar de mencionar. Se ha

hablado durante varios meses de relaciones entre Boone y su secretaria, Phoebe Gunther, y de la posibilidad de que la señora Boone se divorciase o no. ¿Qué le parece, inspector? Cuando se está analizando un asesinato, ¿no cree usted que es, justo interesarse por asuntos de esa índole?

Alger Kates se puso en pie y anunció con voz temblorosa:

—Quiero protestar de que todo esto es despreciable hasta más no poder y rebasa los límites de la decencia más elemental.

Estaba pálido y permaneció de pie. No le suponía capaz de tal arranque. Kates era el encargado de las

estadísticas de la O.R.P. que había llevado al Waldorf unas cifras de última hora para que Boone las usase en su discurso, y había descubierto el cadáver de éste. Si me hubiese fijado en él encontrándole, por ejemplo, en el metro y me hubiese preguntado cuál era su profesión, me hubiese respondido: «Investigador». Tal era precisamente su aspecto por la estatura, la configuración, la edad y el perímetro torácico. De la reacción que suscitó podía inferirse que lo que la A.I.N. aborrecía y temía más en la O.R.P. eran las investigaciones de Kates. Todos empezaron a aullar contra él... Sólo pude recoger dos de sus comentarios, uno de Breslow que dijo

que sólo había expresado lo que decía todo el mundo, y un achuchón de Don O'Neill, quien dijo con acento furibundo:

—¡No se meta usted en esto, Kates!
¡Siéntese y cállese!

Esto me pareció un poco abusivo, dado que no era él quien le pagaba el sueldo a Kates. Luego Erskine, volviéndose en el sillón de cuero rojo para enfrentarse con el investigador, le dijo secamente:

—Supuesto que no consideró usted al presidente de la A.I.N. persona apropiada para darle cuenta de lo sucedido en el Waldorf, mal se le puede a usted admitir como juez de la decencia

ajena.

Pensé que por esto era por lo que se echaban todos contra él: Por haber advertido al director del hotel en vez de a ellos del hallazgo del cadáver. Kates podía haber tenido la prudencia de no agraviarles de esta manera. Erskine no había terminado aún de meterse con él, puesto que continuó:

—Sin duda alguna, señor Kates, estará usted convencido de que las emociones personales, como la envidia, la venganza o la decepción, suelen traducirse en violencias, y por ello son materias apropiadas para ser investigadas cuando se ha cometido un crimen. Así sería conveniente, por

ejemplo, preguntarle a usted si es cierto que quería usted casarse con la sobrina de Boone, y que cómo sabía usted que Boone se opondría...

—¡Grandísimo embustero! — exclamó Nina Boone.

—Sea o no conveniente —dijo Kates en una voz aguda y sonora, que le seguía aún temblando—, no es usted quién para preguntarme nada de nada. Si me lo preguntase la policía, les contestaría que en ello hay parte de verdad y parte de mentira. En los despachos de la O.R.P. existen por lo menos doscientos hombres que querían, y probablemente siguen queriendo, casarse con la sobrina del señor Boone.

No tuve nunca la impresión de que el señor Boone opinase nada acerca de ello ni en favor ni en contra, y conociendo como conozco a la señorita Boone, no íntimamente, pero si bastante bien, lo dudo. —Y Kates, moviendo los ojos pero no la cabeza para cambiar de blanco, dijo—: Quisiera preguntar al señor Wolfe, que ha reconocido que está a sueldo de la A.I.N., si nos ha invitado aquí para someternos a una de las inquisiciones típicas de la Asociación.

—Y yo —intervino Salomón Dexter, con una voz que en comparación con la de Kates sonaba como un tren en un túnel— quisiera informarle a usted, señor Wolfe, de que no es usted en

absoluto el único detective que trabaja para la A.I.N. Durante cosa de un año los jefes y otro personal de la O.R.P. han venido estando seguidos por detectives y sus vidas han sido exploradas enteramente con ánimo de obtener noticias de ellas. No sé si habrá tomado usted parte en estas operaciones.

Se reprodujo el revuelo en las filas de la A.I.N. que se concretó, sobre todo, según pude entender, en negativas indignadas. En aquel punto, de no haber sido por mis arreglos en la acomodación de la gente, los dos grupos habrían llegado a las manos. Wolfe parecía exasperado, pero no hacía esfuerzo alguno por imponer el orden, quizá

porque se daba cuenta de que ello le reportaría un mayor dispendio de energía del que estaba dispuesto a permitirse. Lo que sí les apaciguó fue el que el inspector Cramer se pusiese en pie y plantease el armisticio.

—Yo quisiera —ladró más que dijo — antes de marcharme decir tres cosas: Primero, señor Dexter, le puedo asegurar que el señor Wolfe no ha contribuido a que su personal fuera seguido o sus vidas investigadas, porque no hay bastante dinero para pagarle tal especie de trabajo. Segundo, señor Erskine y ustedes, señores, la policía está advertida de que la envidia y cosas semejantes suelen figurar en el trasfondo

de un crimen y no podemos echarlas en olvido. Tercera, señor Kates, conozco a Wolfe desde hace veinte años y puedo decirle a usted por qué razón hemos sido invitados aquí esta noche. Hemos sido invitados porque quería enterarse de todo lo que pudiese a la mayor velocidad posible, sin levantarse de su silla y sin que Goodwin tuviese que gastar bencina y neumáticos. No sé lo que pensarán ustedes, pero yo he cometido una tontería al venir. Vamos, sargento —dijo volviéndose hacia él—. ¿Viene, Spero?

Como era de creer, estas palabras terminaron la sesión. La gente de la O.R.P. no quiso saber más y aunque la

A.I.N., o parte de ella, demostró propensión a quedarse y hacer sugerencias, Wolfe interpuso su veto. Con toda la gente en pie, Ed Erskine volvió a cruzar las líneas y trató de nuevo de acercarse a Nina, pero, desde donde yo estaba, me pareció que ella lo cortaba sin siquiera abrir la boca. Yo logré un éxito mayor, a pesar de estar asociado con Wolfe, que estaba a su vez a sueldo de la A.I.N. Cuando le dije que era imposible encontrar un taxi en aquella parte de la ciudad y le ofrecí llevarla a ella y a su tía al hotel, dijo:

—Ya nos lleva el señor Dexter.

Manifestación franca y amigable, y se la agradecí. Después que se hubieron

marchado y nos quedamos solos Wolfe y yo, resultó que tampoco habría podido salir aunque ella hubiese aceptado. Le observé a Wolfe:

—Lástima que Cramer lo desbaratase todo de esta manera. Si hubiéramos podido retenerles aquí un rato mas, digamos dos semanas, habríamos podido obtener alguna base de partida. Lástima.

—No ha sido lástima —dijo él gravemente.

—Entonces ha sido un éxito delirante —dije sentándome—. De todos nuestros visitantes, ¿cuál cree usted que ha sido el más interesante?

—El más interesante era la señorita

Gunther —dijo él con gran sorpresa mía.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque no ha venido. Tiene usted su dirección.

—Claro. Le envié el telegrama.

—Vaya y tráigala.

Me le quedé mirando, me miré el reloj y volví a contemplarle.

—Son las once y veinte.

—Las calles son menos peligrosas por la noche. Hay menos tráfico.

—No quiero discutir —dije poniéndome en pie—. Usted está a sueldo de la A.I.N. y yo estoy a sueldo de usted.

Capítulo X

Cogí un surtido de llaves, para simplificar las cosas y en el caso de que el número 611 de la Calle 55 Este resultase ser un edificio de esos anticuados que tienen la puerta cerrada, pero en vez de ello comprobé que era una colmena de doce pisos con conserje. Atravesé el amplio vestíbulo con rumbo al ascensor, entré y dije, como sin darle importancia: «Gunther».

Sin mirarme siquiera, el ascensorista acabó de bostezar y llamó.

—¡Eh, Sam! Preguntan por Gunther.

El portero, delante del cual acababa de pasar, se presentó y me miró.

—Voy a telefonar —dijo—, pero será perder el tiempo. ¿Cómo se llama usted y a qué periódico pertenece?

Por regla general me gusta ahorrar el dinero, pero en aquellas circunstancias y sin tener límite de gastos, no vi razón para no incluir también al portero en la nómina de la A.I.N. Así, pues, salí del ascensor y volví a cruzar el vestíbulo en compañía suya. Cuando llegamos al mostrador, puse en él un billete de diez dólares y dije:

—No soy periodista. Vendo conchas marinas^[1].

Movió negativamente la cabeza y empezó a manipular en el cuadro de la centralita. Puse una mano en su brazo y le dije:

—No me ha dejado usted terminar. Este billete era el papá. Aquí está la mamá. —Y desplegué otros diez dólares—. Pero le advierto a usted que no tienen niños.

Volvió a mover la cabeza y accionó una palanquita. Yo estaba sin habla de pura sorpresa. He tenido largo comercio con los porteros y me sorprendía encontrar uno que fuese tan honrado como para no aceptar veinte dólares por no hacer nada. Pero no era éste el caso. Salí de mi estupefacción cuando le oí

decir por teléfono.

—Dice que vende conchas marinas.

—Me llamo Archie Goodwin y me envía el señor Nero Wolfe.

El portero lo repitió y al instante colgó el teléfono y se volvió hacia mí con gesto de asombro.

—La señorita dice que suba usted. Piso 9, letra H. —Me acompañó hasta el ascensor y dijo—: En cuanto a papá y mamá, he cambiado de opinión y en el caso de que considere usted que...

—Estaba bromeando —le dije—. En realidad, sí tienen niños. Este es Horacito. —Y le entregué dos dólares, mientras entraba en el ascensor y le decía el piso al ascensorista.

No tengo la costumbre de dirigir observaciones personales a las mujeres jóvenes a los cinco minutos de haberlas conocido, y si la violé esta vez fue solamente porque la observación se me escapó involuntariamente. Cuando toqué el timbre y ella me abrió la puerta y dijo «buenas noches», le respondí con las mismas palabras, me quité el sombrero, entré, y vi que la luz del techo resplandecía en su cabello y lo que se me ocurrió fue decir:

—Tinte «Golden Bantam».

—Cierto —respondió—. Me lo tiño con él.

Empecé a comprender, al cabo de cinco segundos, por qué razón el portero

se había mostrado tan puritano. Después de haberse hecho cargo de mi sombrero y de mi abrigo, la señorita Gunther se me adelantó, me introdujo en la habitación y se volvió para decirme:

—Ya conoce usted al señor Kates.

Pensé que la observación se le había escapado también como a mí el juicio sobre su cabello. Pero no, le vi en persona y ponerse en pie alzándose de una silla que había en un rincón oscuro.

—¡Hola! —le dije.

—Buenas noches —respondió con su voz aflautada.

—Siéntese —dijo Phoebe Gunther mientras arreglaba una esquina de la alfombra con la punta del pie calzado

con unas zapatillas rojas.

—El señor Kates ha venido a decirme lo que ocurrió en la reunión de ustedes de esta noche. ¿Quiere un poco de *whisky*? ¿Ginebra? ¿Cola?

—No, gracias —respondí, esforzándome en recuperar la desenvoltura.

—Bueno. ¿Ha venido usted a ver de qué color tengo el cabello —dijo recostándose en un sofá sobre un montón de cojines— o a alguna cosa más?

Entonces me di cuenta de que el aspecto que la atribulan las «fotos» publicadas en la Prensa no era nada en comparación con su auténtica belleza.

—Lamento molestarla a usted y al

señor Kates —dije.

—No tiene importancia, ¿verdad, Al?

—Sí la tiene —dijo Alger Kates con resolución, con la vocecilla tensa— en cuanto a mí se refiere. Sería una estupidez el confiar en él y creer nada de lo que diga. Como ya te he dicho, está a sueldo de la A.I.N.

—Sí, me lo has dicho —dijo la señorita Gunther adoptando una postura cómoda entre los almohadones—; pero puesto que tenemos motivos suficientes para no confiar en él, todo lo que nos cabe hacer es ser un poco más amables para obtener de él más noticias de las que él pueda obtener de nosotros. —Me

dirigió una mirada al decir esto y me pareció que sonreía, pero yo me había percatado ya de que tenía una cara tan variable, sobre todo la boca, que era imprudente el extraer conclusiones precipitadas. —En cuanto al señor Kates, sostengo una teoría —dijo—. Se expresa de la misma manera que hablaba la gente antes de que él naciese, y por ello se observa que debe ser lector de novelas anticuadas. ¿Qué opina usted?

—No me ocupo de las personas que no tienen confianza en mí —dije cortésmente—. Y no creo que usted lo sea.

—Que sea ¿el qué?

—Más lista que yo. Reconozco que

es usted más atractiva, pero dudo de que sea usted más aguda. Yo fui campeón de pronunciación en Zanesville, Estado de Ohio, a la edad de doce años^[2]. No puedo imaginar que usted considere que el perseguir a la gente que comete crímenes sea una ocupación vergonzosa, dado que es usted tan lista, y por ello si lo que la inquieta a usted es el hecho de que haya venido, ¿por qué no le ha dicho usted al portero...?

Me paré en seco, porque me pareció estar haciendo una demostración ridícula de mis habilidades en la pronunciación rápida y creí que ella se burlaría de mí. Sin embargo, no dejé de mirarla fijamente, lo cual fue mala

táctica porque el contemplarla estorbaba mi raciocinio.

—Conforme —dije secamente—; se ha apuntado usted un tanto. Ha terminado el primer *round* a favor de usted. Segundo *round*: Nero Wolfe podrá ser astuto, lo reconozco, pero sería una tontería creer que protegerá a un criminal por el mero hecho de que la A.I.N. le haya firmado un cheque. Consulte usted la historia y verá si ha habido alguna ocasión en que se haya prestado a mixtificación alguna. Le voy a hacer una proposición generosa: Si usted cree o sabe que el crimen fue cometido por alguien de la O.R.P. y no quiere usted que le detengan, écheme de

aquí en el acto y aléjese de Wolfe todo lo que pueda. Si cree usted que lo cometió uno de la A.I.N. y quiere usted colaborar con nosotros, póngase unos zapatos, un sombrero y un abrigo y vaya al despacho de Wolfe conmigo. —Y mirando a Kates, añadió—: Si lo cometió usted por algún motivo que no se pueda mencionar por respeto a las buenas formas, mejor será que venga usted, lo confiese y se quite este peso de encima.

—¡Ya te lo dije! —exclamó Kates triunfante—. ¿Ves adónde ha ido a parar?

—No seas tonto —dijo la señorita Gunther con cata de enojo—. Mejor sería que te fueses. Deja el asunto en

mis manos. Ya te veré en la oficina mañana.

Kates hizo un enérgico y valeroso ademán de negación.

—¡No! —insistió—. Continuará con sus intenciones y yo no quiero...

Prosiguió en su discurso, pero no hace ninguna falta que reproduzca sus palabras, porque la dueña de la casa se puso en pie, se dirigió a una mesa, cogió el sombrero y el abrigo. En aquella ocasión me pareció que la señorita Gunther no debía ser la secretaria ideal. La secretaria de cualquiera está siempre moviéndose de un lado para otro, trayendo y llevando papeles, sentándose y levantándose, y si existe la tentación

constante de contemplar cómo se mueve, es difícil hacer cosa de provecho en el trabajo.

Kates perdió la partida, desde luego. Al cabo de dos minutos la puerta se había cerrado tras él y la señorita Gunther había vuelto a acomodarse entre los almohadones del sofá. Mientras tanto yo había tratado de concentrarme, de suerte que cuando ella hizo como que me sonreía y me dijo que prosiguiese, yo me puse en pie y le pedí permiso para telefonar.

—¿Qué espera usted que haga? — preguntó frunciendo las cejas—. ¿Preguntarle a quién va a telefonar?

—No, que me diga usted que sí.

—Sí. El teléfono está...

—Ya lo veo; gracias.

Estaba en una mesita adosada a la pared, con una silla al lado. Aparté la silla y me senté dándole la espalda a la señorita Gunther y marqué el número. Después de oír un zumbido (porque Wolfe aborrece el sonido de los timbres) obtuve un «dígame» y dije:

—¿Señor Wolfe? Soy Archie. Estoy con la señorita Gunther en su piso y no creo que sea procedente llevarla ante usted como usted indicaba. En primer lugar, es de una belleza, extraordinaria, pero esto no hace al caso. Es la mujer con quien he venido soñando en los últimos diez años, ¿recuerda usted que

se lo decía? No quiero decir que sea hermosa, porque esto es cuestión de gustos, sino que es precisamente lo que he venido soñando. Por lo tanto, será mucho mejor que la deje usted en mis manos. Ha empezado por tomarme el pelo, pero esto se ha debido a que aún no me había repuesto de la impresión recibida. Podrá ser que este trabajo me ocupe una semana, o un mes, o quizá un año, porque es muy difícil concentrarse en la tarea en estas circunstancias, pero puede usted contar conmigo. Váyase usted a la cama y ya le hablaré mañana por la mañana.

Me levanté de la silla y me volví hacia el sofá, pero ella no estaba en él.

Por el contrario, se encontraba en dirección a la puerta con un abrigo azul marino, un *renard* y se estaba contemplando en un espejo mientras se ajustaba un sombrero azul. Me dirigió una mirada y dijo:

—De acuerdo; vamos.

—¿Adónde?

—No se haga usted el loco —dijo apartándose del espejo—. Se ha esforzado usted en buscar un sistema de hacerme ir al despacho de Nero Wolfe y lo ha hecho usted con talento. Le concedo el segundo *round*. Algún día empataremos. Ahora voy a ver a Nero Wolfe, y por lo tanto habrá que aplazar esta otra sesión. Celebro que no diga

usted que soy bonita. Nada molesta más a una mujer que el que la crean bonita.

Me puse el abrigo y ella abrió la puerta. El bolso que llevaba debajo del brazo era del mismo género azul que el sombrero. Mientras íbamos hacia el ascensor, expliqué:

—Yo no he dicho que no fuese usted bonita. He dicho...

—Ya lo he oído. Me ha herido profundamente. Aunque viniese de un extraño, y posiblemente de un enemigo, su opinión me ha herido. Soy vanidosa, y nada más. Se da el triste caso de que no sé ver las cosas claras y por ello estoy convencida de ser bonita.

—Yo también... —empecé a decir,

pero me contuve al ver la expresión con que torció la boca. Lo malo del caso es que en realidad era bonita.

Mientras íbamos bajando por la Calle 35, la señorita Gunther se produjo de una manera tan hostil como si yo hubiese nacido dentro de la A.I.N. y no me hubiese movido nunca de sus locales. Al entrar en casa, encontré el despacho desierto. La dejé allí y fui a buscar a Wolfe. Estaba en la cocina, absorto en una conferencia con Fritz acerca del programa culinario del día siguiente. Me senté en un taburete y empecé a pensar en los últimos sucesos, que se resumían todos en un nombre: «Gunther», hasta que hubieron

terminado. Wolfe, al final, quiso advertir mi presencia.

—¿Está aquí?

—Sí, claro. Apriétese el nudo de la corbata y péinese.

Capítulo XI

Eran las dos y cuarto cuando Wolfe echó una mirada al reloj de pared, suspiró y dijo:

—Muy bien, señorita Gunther. Estoy dispuesto a poner mi parte en este negocio. Se convino que después que usted respondiese a mis preguntas, yo contestaría a las, tuyas. Empiece.

No me había distraído mucho la contemplación de su belleza, porque como se me había encargado de tomar nota literal de todo, mis ojos habían

tenido otra ocupación. Había escrito cincuenta y cuatro páginas. Wolfe había estado en uno de sus momentos inquisitivos y los datos recogidos en algunas ocasiones tenían tanto que ver con el caso Boone, desde mi punto de vista, como los viajes de Colón.

Algunas de las noticias podían ciertamente aportar alguna ayuda, la primera y principal era, claro está, la de su itinerario del martes anterior. La señorita Gunther no tenía información de la conferencia que le había impedido a Boone tomar el tren en Washington junto con los demás y reconocía que tal hecho era sorprendente, puesto que ella era su secretaria particular y era de creer qué

tuviese noticia de todos sus actos habituales. Al llegar a Nueva York, la señorita había ido con Alger Kates y Nina Boone a la oficina neoyorquina de la O.R.P., donde Kates había pasado a la sección de Estadística y ella y Nina habían ayudado a los jefes de departamento a recoger diversos efectos que pudieran servir de ilustración de los pasajes del discurso. Había allí una amplia colección de toda especie de cosas, desde palillos de dientes hasta máquinas de escribir, y hasta las seis de la tarde no estuvo terminada la selección de ellas. Se escogieron dos abrelatas, dos llaves inglesas, dos camisas, dos plumas estilográficas y un cochecillo de

niño, y se compilaron los datos referentes a ellos. Uno de los funcionarios las acompañó hasta la calle y buscó un taxi. La señorita Gunther se dirigió al Waldorf, adonde se había encaminado previamente Nina. Un «botones» la ayudó a trasladar aquellos objetos al piso del salón de baile y al salón de recepciones. Allí se enteró de que Boone había pedido estar solo para repasar su discurso y uno de los de la A.I.N., el general Erskine, la llevó hasta aquella habitación, que luego sería denominada «la del crimen».

—¿General Erskine? —preguntó Wolfe.

—Sí —dijo ella—; Ed Erskine, el

hijo del presidente de la A.I.N.

Yo proferí una exclamación de sorpresa.

—Era general de brigada —explicó ella—. Uno de los generales más jóvenes de la Aviación.

—¿Le conoce usted a fondo?

—No, sólo le he visto una o dos veces y nunca habíamos hablado Pero como es natural le odio. —En aquel instante esta afirmación no fue discutida, porque la frase fue pronunciada sin sonreír—. Odio a todo el mundo que tenga algo que ver con la A.I.N.

—Naturalmente, prosiga.

Ed Erskine había empujado el cochecillo hasta la puerta de la

habitación y la había dejado en ella. La señorita no estuvo con Boone más que dos o tres minutos. La policía había dedicado horas de investigación a estos minutos, porque eran los últimos que, exceptuando al asesino, había pasado alguien con Boone en vida. Wolfe les concedió dos páginas de mi cuaderno de notas. Boone estaba reconcentrado y en tensión, aún más de lo corriente, lo cual no era de extrañar, dadas las circunstancias. Sacó bruscamente las camisas y las llaves inglesas del cochecillo y las puso en la mesa, echó una ojeada a los datos, le recordó a la señorita Gunther que debía seguir su discurso sobre otro ejemplar mientras

fuese hablando y tomar nota de cualquier desviación del texto en que incurriese y luego la entregó la caja de cuero y le dijo que podía retirarse. Ella volvió al salón de recepción y se tomó dos combinados fuertes, porque sintió que le hacían falta, y luego se sumó a la marcha de la gente hacia el salón de baile y encontró que la mesa número 8, próxima al estrado, estaba reservada al personal de la O.R.P. Estaba tomándose el combinado de fruta cuando se acordó de la caja de cuero y de que la había dejado olvidada en el alféizar de una ventana del salón de recepción. No dijo nada de ello, porque no quería poner de manifiesto su descuido y empezaba a

excusarse ante la señora Boone y dejar la mesa, cuando Frank Thomas Erskine, desde el estrado, se acercó al micrófono y dijo:

—Señoras y caballeros, lamento la necesidad de darles a ustedes tan bruscamente esta noticia, pero debo explicarles a ustedes la razón de que nadie pueda salir de esta sala...

Hasta una hora más tarde no pudo salir ella al salón de recepción y entonces se percató de que la caja había desaparecido.

Boone le había dicho que la caja contenía cilindros que había dictado en su oficina de Washington aquélla tarde y esto era lo único que ella sabía de los

mismos. No tenía nada de particular que Boone no le hubiese enterado de lo que trataban los cilindros, porque lo hacía raras veces. Dado caso que recurrir a otras taquígrafas para el trabajo rutinario, se entendía que los cilindros que le entregase a ella personalmente contenían materia importante y probablemente confidencial. En la oficina de Boone había doce de tales cajas, cada una de las cuales contenía diez cilindros, que estaban constantemente yendo y viniendo de él a la secretaria y otras taquígrafas, supuesto que Boone realizaba la totalidad de sus dictados ante tal mecanismo. Estaban numeradas, con una

etiqueta fija en la parte superior, y aquélla era la caja número cuatro. La máquina usada por Boone era la «Stenophone».

La señorita Gunther admitía haber cometido un error. No hizo mención de la caja desaparecida a nadie hasta el miércoles por la mañana, cuando la policía le preguntó el contenido de la caja de cuero que traía consigo cuando entró en el salón de recepción a tomar un combinado. Algún soplón de la A.I.N., como era de esperar, había informado a la policía de ello. La señorita Gunther había dicho a la policía que se avergonzaba de confesar su negligencia y que de todas maneras su

silencio no podía causar perjuicio alguno, puesto que la caja podía no tener nada que ver con el crimen.

—Hay cuatro personas —murmuró Wolfe— que dicen que usted llevó la caja consigo desde el salón de recepción al de baile.

Phoebe Gunther asintió sin asombrarse. Estaba bebiendo *whisky* con agua y fumaba un cigarrillo.

—Todo está en que les dé usted crédito a ellas o a mí. No me sorprendería nada si cuatro personas de ese jaez dijese que habían mirado por el ojo de la cerradura y me habían visto matar al señor Boone. Ni que fuesen cuarenta.

—¿Se refiere usted a los de la A.I.N.? Pero la señora Boone no es de este grupo.

—No —convino Phoebe, y encogiéndose de hombros añadió—: El señor Kates ya me ha dicho lo que manifestó la viuda. La señora Boone no me tiene ninguna simpatía. Sin embargo, aunque no esté yo segura de ello, quizá sí me aprecia, pero lo que la ponía fuera de sí era que su marido dispusiese de mí. Observará usted que no mintió, porque no dijo haberme visto llevar la caja cuando salí del salón de recepción.

—¿En concepto de qué disponía de usted el señor Boone?

—Hacía lo que él me decía.

—Sí, claro —dijo en un susurro Wolfe—; pero, ¿qué obtuvo él de usted? ¿Obediencia reflexiva? ¿Lealtad? ¿Compañía agradable? ¿Felicidad? ¿Pasión?

—¡Oh, Dios mío! —dijo ella delicadamente disgustada—. Se expresa usted como la mujer de un senador. Lo que obtuvo fue un trabajo de la mejor calidad en la oficina. No quiero decir que durante los dos años que trabajé para el señor Boone, yo ignorase lo que era la pasión, pero jamás entró en la oficina conmigo y la contuve siempre hasta que conocí al señor Goodwin. Usted también lee novelas antiguas. Pregunta usted si estuve con Boone en

relaciones de pecaminosa intimidad y a ello le tengo que responder que no. Por un motivo: Porque estaba demasiado ocupado y yo también. Y además no me impresionaba por este concepto. Yo me limitaba a adorarle.

—¿De veras?

—Cierto —dijo ella en tono de sinceridad—. Era irritable y de grandes ambiciones. A mí casi me volvía loca del esfuerzo de sujetar sus actos al programa previsto, pero era un hombre integérrimo y el mejor de Washington, y además se enfrentaba con la mayor banda de cochinos y de estafadores que existe bajo la capa del sol. Yo me limitaba a adorarle e ignoro en qué

lugares se inspiraría para sentir emociones apasionadas.

Esta respuesta pareció aclarar el problema de la pasión. Me encontraba yo en este punto, mientras iba llenando páginas y páginas en el libro de notas, cuando me propuse considerar la medida en que prestaba crédito a sus palabras, y cuando comprobé que mi credulidad era casi total, me sentí avergonzado.

La señorita Gunther tenía una opinión concreta, acerca del asesinato. Dudaba de que en él hubiesen tomado parte numerosos miembros de la A.I.N., porque eran demasiado cautos para conspirar preparando un crimen que

conmovería al país entero. Su idea era que algún miembro aislado lo había cometido personalmente o había comprado a alguien que lo cometiese, y que éste era alguno cuyos intereses habían sido amenazados o perjudicados por Boone hasta tal punto que despreciaba la mala fama que caería sobre la A.I.N. Phoebe aceptaba la teoría de Wolfe de que desde el punto de vista de la A.I.N. era de desear que el criminal fuese detenido.

—Entonces, se infiere de ello que usted y la O.R.P. prefieren que no sea detenido, ¿verdad?

—Podría deducirse —reconoció ella—, pero como yo no tengo

temperamento lógico, no soy de este parecer.

—¿Porque adoraba usted al señor Boone? Es comprensible. Mas en tal caso, ¿por qué no ha aceptado usted mi invitación a venir aquí y comentar el caso esta noche?

Una de dos: o Phoebe tenía la respuesta preparada, o la supo improvisar muy bien.

—Porque no tenía ganas. Estaba cansada y no sabía quién habría aquí. Entre la policía y el F.B.I. he respondido ya a centenares de preguntas, cientos de veces cada una, y necesitaba descansar.

—Pero luego vino usted con el señor Goodwin.

—Ciertamente. Cualquier muchacha que necesite descansar irá adonde sea con el señor Goodwin, porque en su compañía no tendrá necesidad de hacer uso del talento. De todas maneras, no me proponía quedarme toda la noche, y son ya más de las dos. ¿Se acuerda usted de que me toca preguntar a mí?

En este momento fue cuando Wolfe miró el reloj, suspiró y le dijo que empezase. Phoebe rebulló en la silla para cambiar de postura, tomó un par de sorbos del vaso, lo dejó, apoyó la cabeza en el cuero rojo, lo cual produjo un efecto muy bonito, y vino a decir:

—¿Quién le ha puesto a usted en contacto con la A.I.N., qué dicen ellos, a

qué se ha prestado usted y cuánto le pagan?

Wolfe se quedó tan sorprendido, que la miró casi parpadeando.

—¡Oh, no, señorita Gunther; esto no!

—¿Por qué no? —preguntó—.

Entonces no ha habido negocio entre nosotros.

—Conforme. Vamos a ver —dijo él recapacitando—. El señor Erskine y su hijo, el señor Breslow y el señor Winterhoff, han venido a verme. Posteriormente vino también el señor O'Neill. Han dicho muchas cosas, pero la principal es que me han contratado para que investigue. He convenido en hacerlo y en intentar aprehender al

culpable. Lo que...

—¿Sin consideración a quién pueda ser?

—Sí. No interrumpa. Lo que pagarán depende de los gastos necesarios y de lo que yo determine cargar. Será una cosa justa. No me gusta la A.I.N. En realidad, soy anarquista.

—¿Han tratado de persuadirle a usted de que el asesino no es un miembro de la A.I.N.?

—No.

—¿Ha obtenido usted la impresión de que sospechen de alguien en particular?

—No.

—¿Cree usted que alguno de los

cinco que vinieron cometió el crimen?

—No.

—¿Deduce usted que celebra que ninguno de ellos lo cometiese?

—No.

Phoebe hizo un ademán.

—Esto es una tontería. No juega usted limpio. No dice usted más, que no.

—Contesto a sus preguntas. Y hasta ahora no le he dicho ninguna mentira; dudo de que usted pueda presumir de lo mismo.

—¡Vaya! ¿Conque lo que le he dicho no era verdad?

—No tengo ni idea. Hasta ahora. La tendré. Prosiga.

Interrumpí y le dije a Wolfe:

—Perdone usted, pero no hay precedente de lo que está pasando. ¿Usted, bloqueado por un sospechoso de asesinato? ¿Quiere usted que deje de tomar nota?

Wolfe no me hizo caso y le repitió a ella:

—Continúe. El señor Goodwin ha querido aprovechar una ocasión de calificarla a usted de sospechosa de asesinato.

Phoebe estaba concentrándose y tampoco me hizo caso.

—¿Cree usted —preguntó— que el uso de la llave inglesa, de la cual nadie sabía que estaría allí, demuestra que el asesinato fue impremeditado?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque el asesino pudo haber ido armado y al ver la llave inglesa decidir usarla en vez del arma.

—Pero, ¿pudo ser impremeditado?

—Sí.

—¿Alguno de los de la A.I.N. le ha dicho a usted algo que dé algún indicio de quién se llevó la caja de cuero o de lo que le ha ocurrido a ésta?

—No.

—¿Ni de dónde para ahora?

—Tampoco.

—¿No tiene usted idea de quién es el asesino?

—No.

—¿Por qué ha mandado usted al señor Goodwin a buscarme? ¿Por qué a mí y no a... a cualquier otra persona?

—Porque usted se mantuvo apartada y yo quería saber por qué.

Phoebe se interrumpió, se sentó muy derecha, volvió a beber, acabó el contenido del vaso y se pasó la mano por el cabello.

—Todo esto es disparatado —dijo con énfasis—. Podría seguir haciéndole preguntas durante varias horas y ¿cómo sabría yo que ni una sola de sus palabras es verdad? Por ejemplo, yo no sé lo que llegaría a dar por aquella caja. Usted dice que hasta ahora no tiene usted noticia de nadie que esté al corriente de

lo que pasó con ella, o de dónde está, y de hecho la caja puede estar en esta habitación, aquí en esta mesa.

Miró el vaso, vio que estaba vacío y lo dejó en la «mesita de escribir los cheques».

—Esta es la dificultad de siempre. Yo he tenido con usted la misma pega.

—Pero yo no tengo razón alguna para mentir.

—Todo el mundo tiene algún motivo para mentir. Prosiga.

—No —dijo ella levantándose y arreglándose la falda—. Es completamente inútil. Me iré a casa y me acostaré. Míreme. Debo parecer una bruja con surmenage.



—No — dijo ella, levantándose

Esto sorprendió de nuevo a Wolfe. Su actitud respecto de las mujeres es tal que raramente le preguntan qué opinión tiene de ellas.

—No —murmuró.

—Pero en realidad estoy cansada —insistió ella—. Siempre me afectan las cosas por este registro. Cuanto más cansada estoy, menos lo parezco. El martes recibí el golpe más duro de mi vida y desde entonces no he podido dormir decentemente una sola noche, y míreme —Volviéndose a mí, añadió—: ¿Le importará enseñarme dónde puedo encontrar un taxi?

—La llevaré —dije—. De todas maneras tenía que sacar el coche.

Phoebe le dio las buenas noches a Wolfe, nos abrigamos y salimos a la calle. Subimos al coche y ella reclinó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos durante, un segundo, los abrió luego, se puso derecha y me miró.

—No sea usted hosco —dijo ella, pasando los dedos alrededor de mi brazo, diez centímetros por debajo de la axila, y apretando—: No me haga usted caso. No significa nada el que le coja del brazo. De cuando en cuando me gusta sentir el brazo de un hombre; no es, más que esto.

—De acuerdo; soy un hombre.

—Ya lo he sospechado.

—Cuando todo esto haya terminado,

me gustaría enseñarle a usted a jugar al «pool» o a buscar palabras en el diccionario.

—Gracias —dijo. Sentí en aquel momento la impresión de que se estremecía—. Cuando todo esto haya terminado...

Al detenernos ante una luz del tráfico en la calle cuarenta y tantos, dijo:

—Ya ve usted, me parece que me estoy poniendo nerviosa. Pero tampoco haga usted caso.

La miré, y no vi indicio alguno de ello ni en su voz ni en su cara. Jamás vi a nadie que estuviese menos nervioso. Cuando di la vuelta para acercarme a su casa, saltó del coche antes de que

pudiese moverme, y me dio la mano por la ventanilla.

—Buenas noches. O más bien, ¿qué manda el protocolo? Un detective, ¿puede estrechar la mano de uno de los sospechosos?

—Ciertamente.

Entró en la casa y desapareció, quizá para darle alguna consigna al portero. Cuando volví a casa, después de haber dejado el coche y entré en la oficina para asegurarme de que la caja de caudales estaba cerrada, encontré una nota en mi mesa. Decía así:

«Archie: No vuelva usted a ponerse

en relación con la señorita Gunther más que por orden mía. Cualquiera mujer que no sea tonta es peligrosa. No me gusta este caso y mañana decidiré si lo abandono y devuelvo el pagaré que me han dado. Por la mañana, haga usted Que vengan acá Panzer y Gore. — N. W.»

Me dio una idea del estado de confusión en que se encontraba la contradicción que se advertía en la nota. El sueldo de Saúl Panzer era de treinta dólares al día, y el de Bill Gore, de veinte, sin mencionar los gastos, y el encomendarse a tal salida demostraba

que Wolfe renunciaba a que quedase sobrante alguno de sus ingresos. El texto apelaba a mi comprensión del embrollo en que se había metido. Subí a mi habitación, echando una mirada a la suya al pasar ante ella, y observé que tenía la luz roja encendida, demostración de que había conectado el aparato de alarma.

Capítulo XII

Comprendí mucho mejor lo difícil que iba a ser aquel trabajo a la mañana siguiente cuando a las once bajó Wolfe de los invernaderos y le oí dar instrucciones a Saúl Panzer y a Bill Gore.

Para cualquiera que no le conociese, Saúl Panzer no significaba otra cosa que un tipito escuchimizado con una nariz muy grande y un afeitado generalmente precario. Para los pocos que le conocían, Wolfe y yo, por ejemplo, estos

detalles carecían de importancia. Era un francotirador que, año tras año, se veía ofrecer diez veces más ocupaciones de las que tenía tiempo o ganas de aceptar. Jamás rechazaba las que le brindaba Wolfe, a poco que pudiese. Aquella mañana estaba sentado en el despacho, con el viejo sombrero castaño en las rodillas, escuchando a Wolfe. Nunca tomaba notas. Mi jefe le describía la situación y le encargó que se pasase en el Waldorf todos los días y todas las horas que fuesen precisos cubriendo los actos de todo el mundo.

Bill Gore era de estatura normal y de aspecto tosco. Al mirarle la cabeza se advertía que al cabo de cinco años,

estaría calvo. El objetivo inmediato que se le había señalado era la oficina de la A.I.N., donde debería compilar algunas listas y datos de los archivos. Habíamos telefonado a Erskine y había prometido su ayuda.

Cuando se hubieron marchado, le pregunté a Wolfe:

—¿Tan mal está la cosa?

—¿Tan mal como qué?

—Bastante lo sabe usted. Le costarán cincuenta dólares diarios. ¿Qué tiene de genial esta operación?

—¿Genial? ¿Y qué tiene que ver el genio con este maldito enredo? ¡Mil personas, todas con motivo y oportunidad y medios a mano! ¿Por qué

demonios le permitirla yo a usted que me convenciese?...

—No, señor —dije en voz alta y firme—; no es por ahí. Cuando me di cuenta de lo difícil que iba a ser esto y cuando leí la nota que me dejó usted anoche, me percaté de que inevitablemente trataría usted de echarme la culpa de todo. Reconozco que no me daba cuenta de lo desesperado del caso hasta que le oí a usted encargar a Saúl y a Bill que vuelvan a sumergirse en las profundidades que ha explorado ya la policía hasta la saciedad. Expediré un cheque a favor de la A.I.N. por valor de sus diez mil y usted puede dirigirles una

carta diciéndoles que por haber cogido paperas, o quizá...

—¡Cállese! —gruñó—, ¿Cómo puedo devolver un dinero que no he recibido?

—Sí lo ha recibido usted. El cheque llegó en el correo de la mañana y lo he depositado.

—¡Dios mío! ¿Está en el Banco?

—Sí, señor.

Jamás he visto a Wolfe tan asustado.

—Así, ¿se ha quedado usted sin nada? —pregunté—. ¿No cuenta usted con nada?

—Sí que cuento.

—¿Ah, sí? ¿Con qué?

—Con algo muy particular que dijo

ayer por la tarde el señor O'Neill. Algo muy particular...

—¿Qué era?

—No es cosa de usted. Haré que mañana se ocupen en ello Saúl o Bill.

No di crédito a esta afirmación. Durante diez minutos estuve repasando mentalmente lo que me acordaba de que O'Neill había dicho, y entonces aún creí menos a Wolfe.

Durante todo el sábado no me dio ningún trabajo relacionado con el caso Boone; ni siquiera tuve que llamar por teléfono. Todas las llamadas nos vinieron de fuera y por cierto que con abundancia. La mayoría de ellas procedían de los periódicos y de la

oficina de Cramer, pero carecían de interés. Dos de ellas fueron cómicas: Winterhoff, el hombre distinguido, telefoneó alrededor del mediodía. Se veía acosado por la policía. Después de muchas horas de interrogatorio, había quedado establecido que él era quien había indicado la habitacioncita para que Boone estuviese a solas, quien le había acompañado hasta ella, y el hombre estaba atemorizado. Explicó que su conocimiento de aquel cuarto procedía de haber intervenido anteriormente en asuntos semejantes, pero los policías no estaban satisfechos. Winterhoff quería que Wolfe asegurase su inocencia y aconsejase a la policía

que le dejasen tranquilo. Esta petición quedó incumplida. Poco antes del almuerzo recibimos la llamada de un hombre que se expresaba con voz cultivada y que dijo llamarse Adamson y pertenecer al Consejo de la A.I.N. El tono de sus palabras daba a entender que no estaba muy complacido por el hecho de que hubiesen contratado a Wolfe y que requería un informe diario de todas sus actividades, operaciones, conversaciones, contactos e intenciones. Insistió en hablar con Wolfe y esto le perdió, porque si hubiera hablado conmigo, por lo menos habría sido tratado con la cortesía elemental.

Otra cosa que pedía la A.I.N. en

aquella misma jornada fue algo que no hubiéramos podido otorgar aunque hubiésemos querido. Hattie Harding en persona nos trajo la petición, a media tarde, inmediatamente después que Wolfe hubo subido a reunirse con sus orquídeas. La hice pasar al despacho y nos sentamos en el sofá. Era mujer de un aspecto muy agradable y bien vestida y sus ojos se mostraban aún animados, a pesar de ser evidente su agotamiento. Entonces parecía estar más próxima a los cuarenta y ocho que a los veintiséis años.

Había venido a pedir socorro con desesperación, aun cuando no lo plantease en estos términos. Según sus

palabras, el diablo andaba suelto por todo el país y había que aguardar el fin del mundo de un momento a otro. La oficina de Relaciones Públicas estaba acercándose al coma. Llegaban centenares de telegramas a la A.I.N., procedentes de asociados y de amigos de toda la nación, que referían los artículos periodísticos, las decisiones adoptadas por las Cámaras de Comercio y las especies más variadas de conspiraciones, cábalas, camarillas y chismorreos. Incluso, aun siendo ello confidencial, me dijo que se habían recibido once bajas de asociados y la dimisión de un miembro del Consejo de Dirección. Había que hacer algo. Le

pregunté qué. Y ella insistió en que había que hacer algo.

—¿Coger al asesino, por ejemplo?

—Esto es, claro —respondió, en un tono que parecía indicar que lo consideraba un simple detalle—; pero hay que hacer algo para que se detenga este insensato nerviosismo. Quizá una declaración firmada por un centenar de personajes. O unos telegramas que soliciten sermones en las iglesias. Mañana es domingo...

—¿Quiere usted decir que el señor Wolfe envíe sendos telegramas a cincuenta mil sacerdotes, pastores y rabinos?

—No, no, claro que no... —dijo con

manos temblorosas—. Pero algo...
algo...

—Oiga, Relaciones Públicas —le dije dándole unos golpecitos tranquilizadores en las rodillas—. Está usted sobresaltada y agitada, y lo reconozco. Pero la A.I.N. parece entender que ésta es una tienda de «0,95». Le es igual a usted Nero Wolfe, como Perico de los Palotes, No, señorita; esta es una tienda selecta. Lo que podemos hacer y vamos a hacer es detener al asesino.

—¡Dios mío! —dijo—. Lo dudo —añadió en el acto.

—¿El qué duda? ¿Que le cojamos?

—Sí, que le coja alguien.

—¿Por qué? —Y mirándome con firmeza, dijo cambiando de expresión— Oiga, lo que le voy a decir es confidencial.

—Claro, no saldrá de mí. Y de mi jefe, pero él nunca se franquea con nadie.

—Estoy harta —dijo, frotándose el mentón como un hombre—. Voy a dejar este trabajo y ponerme a coser botones. El día en que alguien aprehenda al asesino de Cheney Boone, y demuestre que lo es, los cerdos cantarán melodiosamente. En realidad, será...

—¿El qué? —dije haciendo un ademán alentador.

—Estoy hablando demasiado —

respondió poniéndose bruscamente en pie.

—¡Oh, no, en absoluto!... Apenas ha empezado usted. Siéntese.

—No, gracias —dijo recobrando la mirada segura de sus ojos—. Es usted el primer hombre ante quien he cedido. Por el amor de Dios, no se figure usted que conozco secretos y pretenda extraérmelos. Lo único que pasa es que este asunto es superior a mis fuerzas y que he perdido la cabeza. No se moleste en acompañarme para salir.

Hattie Harding se marchó. Cuando Wolfe bajó al despacho a las seis, le expliqué extensamente la conversación. Al principio, decidió mostrarse

indiferente, pero luego cambió de opinión. Quiso conocer mi parecer y se lo di: Que yo dudaba que supiese nada de provecho para nosotros, y que aunque lo supiese, ante mí se mostraba confundida, pero que él podía sondearla.

—Archie, es usted transparente —dijo él con un gruñido—. Lo que quiere usted decir es que no quiere usted molestarla, y usted no quiere molestarla porque la señorita Gunther le tiene a usted sorbido el seso.

—No es así —dije fríamente.

Por lo general, cuando se pone de esta guisa, le soporto, pero como no sabía qué se le ocurriría decir a propósito de Phoebe Gunther y yo no

quería dimitir a medio resolver el caso, corté la conversación saliendo a la puerta a buscar los diarios de la noche.

Recibíamos un par de ellos para repartírnoslos y evitar roces. Le entregué su mitad y me senté en mi mesa para leer la mía. Miré primeramente la «Gazette» y vi en los titulares de la primera página una noticia gorda: La señora Boone había recibido por correo la cartera de bolsillo de su marido.

Un detalle que no creo haber mencionado antes era la cartera de Boone. Y no lo he mencionado porque el hecho de que el asesino se la hubiese llevado, no daba ninguna luz nueva sobre el crimen ni el motivo, puesto que

no había dinero en ella. El dinero lo traía Boone en forma de un pliego de billetes en el bolsillo del pantalón y no lo había tocado nadie. La cartera la llevaba en un bolsillo de la chaqueta y la dedicaba a papeles varios y tarjetas, y como no había aparecido en el cadáver se presumía que la tenía el asesino. La noticia de la «Gazette» decía que la señora Boone había recibido un sobre por el correo de aquella mañana, con el nombre y la dirección escritos con un lápiz de plomo, y que en él venían dos cosas que Boone había llevado siempre en la cartera: su permiso de conducción y una fotografía de la señora Boone en traje de novia. El artículo del diario

hacía observar que el remitente tenía que ser a la vez sentimental y realista. Sentimental, por lo de la «foto», y realista porque había devuelto la licencia de conducción que era aún válida.

—Así es —dijo Wolfe en voz lo bastante alta para que le oyese. Comprendí que estaba leyendo también y dije:

—Si los policías no lo tuviesen ya, y si la señorita Gunther no me hubiese sorbido el seso, Iría a ver a la señora Boone y conseguirla este sobre.

—Habrá tres o cuatro personas en un laboratorio que se lo harán todo a ese sobre, menos disgregar sus átomos. Y

dentro de poco, lo desintegrarán también, si hace falta. De todos modos éste es el primer indicio con que contamos.

—Y tanto —convine—. Lo único que hay que hacer es mirar cuál de los mil cuatrocientos noventa y dos comensales es sentimental y realista a la vez, y ya le tendremos.

Volvimos a nuestra lectura. No hubo mayor novedad antes de la cena. Después de comer volvimos al despacho, poco antes de las nueve, y entonces llegó un telegrama. Lo saqué del sobre y se lo entregué a Wolfe. Después de leerlo, me lo transmitió. Decía:

«NERO WOLFE, Calle 35, 919.
NUEVA YORK.

»LAS CIRCUNSTANCIAS
IMPOSIBILITAN SEGUIR
VIGILANDO A O'NEILL PERO CREO
ESENCIAL QUE SE HAGA AUNQUE
NO PUEDO GARANTIZAR NADA.—
BRESLOW.»

Miré a Wolfe alzando las cejas con gesto interrogante. Él me miraba con los ojos semicerrados, lo cual quiere decir que me miraba de veras.

—Quizá tendrá usted la bondad — me dijo— de decirme qué medidas ha tomado usted para resolver este caso,

sin mi conocimiento.

—No, señor. Se equivoca usted. Iba a preguntarle si tenía usted a Breslow en su nómina y con qué cantidad para sentarlo en mis cuentas.

—¿No sabe usted nada de esto?

—No. ¿Y usted?

—Telefonee al señor Breslow.

No era cosa tan sencilla. Todo lo que sabíamos de Breslow era que fabricaba papel en Denver y que, tras haber venido a Nueva York para la reunión de la A.I.N., se había quedado, en calidad de miembro del comité ejecutivo, para ayudar a la Corporación en aquel trance. Sabía yo que Frank Thomas Erskine residía en el Churchill,

y traté de encontrarle, pero sin fruto. El teléfono de Hattie Harding no respondió. Volví a probar fortuna con Lon Cohen, en la «Gazette», que es por donde debía haber empezado, y él me dio las señas de Breslow. En tres minutos pude comunicar con él y le pasé la conexión a Wolfe, no sin dejar yo de escuchar la conversación. Por teléfono sonaba igual que su rostro, roja de ira.

—Diga, Wolfe... ¿Ha conseguido usted algo? Diga, diga...

—Tengo que preguntarle una cosa...

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Ahora voy a decírselo. Por esta razón he hecho que el señor Goodwin averiguase su número y le llamase, para

que usted pudiese estar en un extremo del teléfono y yo en el otro y de esta forma pudiera yo hacerle la pregunta que le voy a hacer. Dígame cuándo estará dispuesto para que se la formule.

—¡Ya lo estoy, maldita sea! ¿De qué se trata?

—Bueno. Ahí va. En cuanto al telegrama que me envió usted...

—¿Telegrama? ¿Qué telegrama? No le he mandado a usted ningún telegrama.

—¿No tiene usted noticia de él?

—No. En absoluto. ¿Qué...?

—Entonces será una equivocación. Deben haber tomado mal el nombre. Ya me lo figuraba. Estaba esperando un telegrama de un señor que se llama

Breslow. Perdone usted, señor, que le haya molestado. Adiós.

Breslow trató de prolongar la agonía, pero nos libramos de él.

—De esta forma —observé— resulta que él no lo ha mandado. Si lo hizo y no quiere que lo sepamos, ¿por qué firmaría con su nombre?

—Probablemente se tratará de alguien que querrá confundirnos, pero no podemos pasarlo por alto. —Eché una ojeada al reloj, que señalaba las nueve y tres minutos—. Mire si está en casa el señor O'Neill. Pregúntele... No. Déjeme hablarle.

Miramos el número de la residencia de O'Neill en Park Avenue y le puse en

comunicación con Wolfe. Este le dio cuenta de la petición de Adamson, que era el abogado de la A.I.N., y le aburrió con una larga disertación sobre lo poco aconsejable que era formular informes escritos. O'Neill dijo que le importaban un pito los informes escritos o por escribir, y se despidieron muy amistosamente.

Wolfe meditó un momento, y luego dijo:

—No. Lo dejaremos por esta noche. Mejor será que se pegue usted a él por la mañana cuando salga de casa. Si nos decidimos a continuar teniéndole vigilado, ya llamaremos a Orrie Cather.

Capítulo XIII

El seguir a una persona a solas en Nueva York es empresa que puede adoptar las formas más imprevisibles. Puede uno agotarse física y mentalmente en un esfuerzo de diez horas por mantenerse pegado a los talones del perseguido, valiéndose de todos los procedimientos imaginables, y perder luego la pista por cualquier fallo trivial que nadie hubiera podido prever. También se puede perder el rastro al cabo de cinco minutos, sobre todo si el

objeto del seguimiento se da cuenta de éste. Y también dentro del plazo de los cinco primeros minutos es posible que el seguido se instale en un sillón, en una oficina, en un cuarto de hotel y se pase allí el día entero sin preocuparse ni poco ni mucho de lo que uno se aburre en la espera.

Así, pues, nunca se sabe lo que resultará de tal; empresa; Lo que yo me prometía era una jornada infructuosa, puesto que se daba el caso de que aquel día era domingo. Pocos minutos después de las ocho de la mañana, me instalé en un taxi que, situado en dirección a la ciudad, se detuvo a la altura del número 70 de Park Avenue, a cincuenta pasos al

norte de la puerta de la casa de O'Neill. Me hubiera apostado cualquier cosa a que al cabo de seis o doce horas seguirla allí, aun cuando no despreciaba la posibilidad de que a las once nos fuésemos a una iglesia o a las dos a almorzar. Ni siquiera podía leer tranquilo el periódico dominical, porque estaba obligado a tener la vista fija en aquella puerta. El taxista era mi viejo colaborador Herb Aronson, pero como no conocía a O'Neill no podía servirme de nada. A medida que fue pasando el tiempo, nos dedicamos a discutir diversos temas y él me leyó en voz alta el «Times».

A las diez decidimos establecer una

apuesta. Cada uno de nosotros escribiría en un pedazo de papel el tiempo que en su opinión tardaría nuestro hombre en aparecer; el que se equivocase más; pagaría al otro un centavo por cada minuto que se apartase de la hora de la aparición. Herb estaba entregándome un pedazo de papel que acababa de arrancar del «Times» para que yo escribiese mi apuesta, cuando vi a Don O'Neill aparecer en la acera.

—Ahórrelo para la próxima vez. Este es el hombre.

El portero de O'Neill nos conocía ya de memoria a aquellas horas. Previamente había llamado a Herb en nombre de un cliente, y el taxista había

rehusado. O'Neill nos miró y yo oculté la cara en una esquina para que no pudiera estar seguro de si me veía bien a aquella distancia. Luego le preguntó algo al portero y éste movió negativamente la cabeza. Herb me dijo por un colmillo:

—Nuestra estrategia no puede ser peor. Tomará un taxi, le seguiremos y cuando vuelva a casa el portero le dirá que le han seguido.

—¿Qué quiere usted que haga, pues? —le dije—. ¿Disfrazarme de florista y ponerme a vender asfódelos en la esquina? La próxima vez le encargaré a usted de planear la operación. Este proyecto de la persecución ha sido una

broma desde el primer momento. Ponga en marcha el motor. De una forma u otra, O'Neill no volverá nunca a casa. Antes de que acabe el día le habremos detenido por asesinato. ¿Pone usted el coche en marcha o no? El ya ha encontrado uno.

El portero había estado tocando el pito y un taxi que bajaba se había detenido. El portero abrió el coche y O'Neill entró en él y el taxi empezó a alejarse. Así lo hizo también Herb y nos pusimos en movimiento.

—¡Qué fracaso! —gruñó Herb—. ¿Por qué no le rebasamos y le preguntamos adónde se dirige?

—O'Neill no tiene razón alguna para

sospechar que le vamos siguiendo, a menos que le hayan puesto sobre aviso y en tal caso no habrá ya nada que le tranquilice y estaremos perdidos. Retrásese un poco más. Lo bastante para que no nos pueda separar ninguna luz de tráfico.

Herb lo hizo así y se ocupó en sortear las señales de circulación como si en ello le fuera la vida. Con el débil tráfico de aquella mañana de domingo, sólo tropezamos con dos antes de llegar a la calle 46, donde el coche de O'Neill torció hacia la izquierda. Una manzana después, en la avenida Lexington, se volvió hacia la derecha y al cabo de un minuto se detuvo en la entrada de la

estación Grand Central. Nosotros estábamos separados del suyo por dos coches. Herb giró hacia la derecha y frenó. Yo salí, protegido por un coche de los parados.

—¿No se lo dije? Ha soltado el coche. Espéreme en el patio.

Apenas hubo pagado O'Neill al taxista y cruzó la acera, yo salí de mi abrigo. Seguía poniendo pocas esperanzas en mi persecución y lo que me parecía más verosímil en aquel momento es que tuviera que seguirle hasta Greenwich y participar en una excursión campestre, de esas donde se bebe un poco y se juega al *poker*, de una forma u otra O'Neill no parecía tener la

menor duda de lo que buscaba, porque entró en el largo corredor y atravesó la gran sala central de la estación como si anduviera seguro de su destino. No daba el menor indicio de sospechar que nadie le fuese siguiendo. Finalmente dio la vuelta, pero no para entrar en los andenes, sino para subir a la consigna. Me quedé a distancia, abrigado por una esquina. Había varias personas en la cola antes que él, y él esperó turno, luego entregó un taloncito y al cabo de un minuto o cosa así le entregaron un paquete.

Aun desde la distancia a que yo permanecía, cosa de unos diez metros, aquel objeto tenía aspecto de ser

interesante. Era una cajita rectangular de cuero. O'Neill la cogió y salió con ella. En aquel momento yo tenía menos interés en que mi presencia pasase inadvertida y al mismo tiempo me sentía mucho más afanoso de no perder contacto con él. De esta suerte, me acerqué un poco más y casi le fui pisando los talones. Súbitamente, se frenó en su paso, casi hasta detenerse, metió la caja debajo del gabán, pasó el brazo en torno de ella y se abrochó. Luego continuó en su marcha, En vez de regresar a la entrada de la avenida de Lexington, bajó por la rampa que conduce a la calle 42 y cuando salió a la acera se volvió hacia la izquierda hasta

llegar a la parada de taxis que hay delante del hotel Commodore. Seguía sin haber advertido mi presencia. Después de una breve espera cogió un coche, abrió la puerta y entró. Iba a cerrar.

Me propuse que no lo consiguiese. Hubiera sido bonito enterarse de la dirección que iba a dar al conductor, pero esto no era trascendental. En cambio, si yo perdía el contacto con aquella caja de cuero en los riesgos de la persecución, tendría que buscar otro empleo ayudando a Hattie Harding a coser botones. Así me adelanté con rapidez suficiente para impedir que cerrase la puerta y le rogué:

—Hola, O'Neill. ¿Va a la ciudad?
¿Le importa llevarme?

Me senté a su lado y entonces, ya queriendo aportar mi colaboración, cerré la puerta.

—¡Vaya, hola, Goodwin! ¿De dónde sale usted? Voy... Bueno, no, el caso es que no voy a la ciudad. Voy hacia abajo.

—A ver si se decide —gruñó el conductor.

—No importa —le dije alegremente a O'Neill—. Lo que me interesa es hacerle a usted un par de preguntas acerca de esta caja de cuero que lleva usted debajo del abrigo. —Y al chofer le dije—: Siga adelante, y dé la vuelta en la calle 8.

—Este no es su coche —dijo el taxista mirándome con odio.

—Es igual —dijo O'Neill—. Somos amigos. Vamos allá.

El coche se puso en marcha. No nos dijimos nada. Pasamos por delante del Vanderbilt y después de detenernos ante una luz, íbamos a cruzar la avenida de Madison, cuando O'Neill se inclinó hacia adelante para decirle al taxista.

—Vuélvase hacia la Quinta Avenida.

El taxista estaba demasiado agraviado para atinar a responder, pero cuando llegamos a la Quinta y dieron la luz verde, se volvió hacia la derecha.

—Si esto es lo que usted quiere, conforme —le dije—; pero me parece

que ganaríamos tiempo yendo directamente a casa de Nero Wolfe. El se sentirá aún con más curiosidad que yo acerca de lo que lleva usted ahí. Claro está que no podemos debatirlo en este taxi, puesto que el conductor no nos tiene simpatía.

Volvió a inclinarse hacia el taxista y le dijo su dirección de la Park Avenue. Estuve considerando esta nueva posibilidad durante tres calles, y me pronuncié contra ella. La única arma que llevaba encima yo era un cortaplumas. Supuesto que había estado vigilando aquella entrada desde las ocho de la mañana, parecía improbable que el comité ejecutivo de la A.I.N. estuviese

en sesión en el piso de O'Neill, pero si estaban, y sobre, todo si estaba con ellos el general Erskine, mecería en el caso de hacer una presión demasiado brutal para conseguir salir de allí con la cajita. Por todo ello, le dije a O'Neill en voz baja:

—Oiga, si el taxista es un ciudadano dotado de espíritu cívico y oye que hablamos de algo que tenga querer con un asesinato, lo más fácil es que se detenga delante del primer policía que encuentre. Quizá es esto también lo que usted quiere: un policía. Si es así, le complacerá saber que la idea de ir a su piso no me divierte. Si me lleva usted allí, le exhibiré mi documentación al

portero, le sujetaré a usted y le ordenaré que vaya a avisar al cuartelillo 19, que está en el número 153 de la calle 67 Este. El incidente provocaría un desagradable estrépito. ¿Por qué no nos libramos de ese robaperas y discutimos el asunto en un banco tomando el sol? Además le he de advertir que he visto una expresión en sus ojos que no me ha gustado nada. Le advierto que tengo veinte años menos que usted y que hago gimnasia cada mañana.

O'Neill dejó de poner cara de tigre y volvió a inclinarse para decirle al taxista:

—Pare aquí.

Aunque yo dudaba de que llevase

armas, no quise que hiciese tonterías con los bolsillos, y por ello pagué yo la cuenta del taxi. Estábamos en la Calle 69. Después que el taxi se hubo alejado, cruzamos la calle y nos dirigimos a uno de los bancos que hay junto a la pared que cierra el Parque Central y nos sentamos. Seguía apretando el brazo izquierdo contra el objeto que llevaba debajo del abrigo.

—Un procedimiento muy fácil sería dejarme echar una mirada a este paquete, por dentro y por fuera. Si contiene sólo mantequilla de «estraperlo», vaya usted con Dios.

—Le diré, Goodwin —dijo pesando muchos las palabras—. No quiero

apelar a la indignación para calificar la persecución de usted y todo esto. Pero le puedo explicar de qué manera ha venido a mis manos esta caja, de una manera absolutamente inocente, absolutamente, Y no tengo más noticia que usted de lo que hay en ella. No tengo ni idea.

—Echemos una ojeada.

—No —dijo con resolución—. A los efectos de usted, es propiedad mía...

—Pero ¿lo es en realidad?

—Insisto en que por lo que a usted respecta, es mío y que tengo derecho a examinarlo en privado. Derecho moral. Reconozco que no puedo plantear la cuestión en el terreno del derecho legal, porque usted ha brindado diferir el caso

a la policía y esta solución es legalmente correcta. Pero el derecho moral está de mi parte. Usted ha insinuado antes que fuéramos a ver a Nero Wolfe. ¿Cree usted que lo aprobaría la policía?

—No, pero él sí.

—No lo dudo —dijo O'Neill recobrando facultades y adoptando un tono serio y persuasivo—. Pero ya lo ve usted, ninguno de nosotros dos quiere acudir a la policía. De una manera efectiva, nuestros intereses coinciden. El problema es, pues, de mero procedimiento. Considérelo usted desde su punto de vista personal: Lo que usted quiere es poder presentarse ante su jefe

y decirle: «Me mandó usted a realizar un trabajo, lo he hecho y aquí están los resultados». Y entregarle esta cajita de cuero y llevarme de paso con usted, si le parece. ¿No es esto lo que usted desea?

—Ciertamente. Vamos allá.

—Iremos, se lo aseguro, Goodwin, iremos. —O'Neill se expresaba con una sinceridad casi dolorida—. Pero ¿tiene alguna importancia el momento exacto en que vayamos? ¿Es que ha de ser ahora, o quizá dentro de cuatro horas? ¡Claro está que no la tiene! Jamás he vulnerado una promesa en toda mi vida. Soy hombre de negocios y el verdadero fundamento de los negocios es en Norteamérica la integridad, la honradez

absoluta. Este supuesto nos remite de nuevo a los derechos morales que me asisten. Lo que le propongo a usted es lo siguiente: Iré a mi despacho, que está en el número 1270 de la Sexta Avenida. Usted irá allá a las tres de la tarde, o podremos reunimos donde usted diga; traeré conmigo esta cajita de cuero y se la llevaremos a Nero Wolfe.

—No quiero...

—Aguarde. Sean cuales fueren mis derechos morales, si usted me testimonia esta gentileza, merece usted que sea reconocida y apreciada. Cuando me reúna con usted a las tres, le entregaré mil dólares en prueba de agradecimiento. Un detalle que se me

había olvidado es que le garantizo que Wolfe no tendrá noticia de este retraso de cuatro horas. Será fácil de arreglar. Si llevase los mil dólares encima, se los daría ahora mismo. Jamás he faltado a una promesa en toda mi vida.

Miré al reloj y apelé a su generosidad.

—Dejémoslo en diez mil.

Sería inexacto decir que se quedó estupefacto. Su reacción fue únicamente de agravio, y aun de agravio pasajero.

—No, ni soñarlo —manifestó, pero en tono suave—. Ni hablar de ello. Mil dólares es lo máximo.

—Sería divertido ver hasta qué cantidad podemos llegar, pero son las

once menos diez, y dentro de diez minutos el señor Wolfe bajará al despacho y no quiero que tenga que esperar. Lo malo del caso es que hoy es domingo y no acepto nunca sobornos en domingo. No hablemos más de este tema: El dilema que le propongo a usted es el siguiente; Usted y yo y el objeto que lleva debajo del gabán nos iremos ahora a ver al señor Wolfe. Y también cabe que o me dé usted el objeto y se lo lleve yo, o que vaya usted a dar un paseo o eche una siestecita. O también que yo le pegue un grito a aquel guardia que hay al otro lado de la calle y que le diga que llame al cuartelillo. He de admitir que esta última solución es la

que me gusta menos, en atención a los derechos morales que le asisten. Hasta aquí no he tenido prisa alguna, pero en este momento el señor Wolfe debe de estar bajando las escaleras. Por ello le concedo a usted sólo dos minutos.

—¡Cuatro horas, solamente cuatro horas! Le daré, a usted cinco mil, y usted vendrá conmigo y se lo dará a... — insistió él.

—No; basta. ¿No le dije que hoy es domingo? Vamos, entréguemelo.

—Esta caja no se apartará de mí vista.

—Conforme —respondí, poniéndome en pie acercándome a la acera de forma que tuviese un ojo puesto

en él y otro en busca de un taxi. Antes de mucho rato, hice seña a uno libre y se detuvo.

Don O'Neill, con repugnancia profundísima, se levantó, se dirigió al coche, entró en él. Me senté a su lado y le di la dirección al conductor.

Capítulo XIV

La caja contenía diez cilindros negros, de unos cinco centímetros de diámetro y unos quince de longitud. Los cilindros estaban dispuestos en dos filas sobre la mesa de Wolfe. A su lado, con la tapa abierta, estaba la caja, de buen cuero grueso, un tanto abollado y mustio. En el exterior de la misma figuraba con grandes caracteres un cuatro. En el interior estaba pegada una etiqueta: «*Oficina de Regulación de Precios.* — Edificio Potomac. — Washington». Y

escrito a máquina rezaba en la misma etiqueta: «Oficina de Cheney Boone, director».

Yo estaba sentado en mi mesa y Wolfe en la suya. Don O'Neill se paseaba arriba y abajo del despacho con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. La atmósfera era bastante hostil y tensa. Yo le había dado a Wolfe un informe completo, sin olvidar el ofrecimiento que me había hecho O'Neill de cinco mil dólares. La propia estimación de Wolfe era tan grande que siempre consideraba cualquier tentativa de comprarme como un agravio personal, Inferido no a mí, sino a él. A veces he pensado a quién culparía él,

caso de que yo me vendiese alguna vez: si a mí o a él mismo.

Wolfe había rechazado sin discusión la pretensión de O'Neill de tener derecho moral a escuchar antes que nadie lo que estaba grabado en los cilindros. Luego se había planteado el problema de cómo hacer sonar los cilindros. Al día siguiente, jornada laborable ya, la cuestión hubiera sido fácil, pero entonces estábamos en domingo. El presidente de la compañía «Stenophone» pertenecía a la A.I.N. y O'Neill le conocía. Vivía en Jersey. O'Neill le telefoneó y, sin entrar en detalles comprometedores, le hizo telefonar al gerente de la oficina y de la

sala de demostraciones de Nueva York, que vivía en Brooklyn, y encargó a éste que cogiese un «Stenophone» y lo llevase a la oficina de Wolfe. Esto es lo que he dicho, que estábamos esperando sentados; mejor dicho, sentados Wolfe y yo y O'Neill paseando.

—Señor O'Neill —dijo Wolfe, abriendo los ojos lo justo para poder ver—. Este ir y venir de sus pasos me ataca los nervios.

—No pienso salir de esta habitación —dijo él sin dejar de andar.

—¿Quiere que le ate? —ofrecí yo a Wolfe.

Wolfe, prescindiendo de mi rasgo, le dijo a O'Neill:

—Tardará en llegar probablemente una hora, o más. ¿Qué me dice usted de su anterior afirmación de que este objeto le vino a las manos inocentemente? ¿Quiere usted explicarlo ahora? ¿Cómo lo consiguió usted sin culpa por su parte?

—Lo explicaré cuando me parezca.

—¡Qué tontería! Le tenía a usted por más inteligente.

—¡Váyase al diablo!

—Sí; decididamente, no es usted inteligente —dijo Wolfe al oír esta respuesta, que siempre le molestaba— Sólo tiene usted dos maneras de ponernos a raya al señor Goodwin y a mí: Sus facultades físicas y el apelar a

la policía. Lo primero es imposible, porque el señor Goodwin es capaz de doblarle a usted y hacer con usted un paquete. Por lo demás, es evidente que la idea de la policía no le complace. No sé por qué, dado que es usted inocente. ¿Qué le parece a usted, pues, la siguiente solución? Cuando haya llegado este aparato y nos hayamos enterado de cómo funciona, y el encargado se haya marchado, el señor Goodwin le sacará a usted afuera y le pondrá en la puerta, volverá a entrar y cerrará. Luego él y yo escucharemos lo que dicen los cilindros.

O'Neill dejó de pasear, se sacó las manos de los bolsillos, las puso en la mesa de Wolfe, se apoyó en ellas y le

gritó a Wolfe:

—¡Usted no será capaz de hacer esto!

—Yo no. El señor Goodwin lo hará.

—¡Maldito sea! —Y después de permanecer un rato en esta postura, la fue aflojando y acabó por preguntar—: ¿Qué quiere usted de mí?

—Quiero saber de dónde ha sacado usted esto.

—Conforme. Voy a decírselo. Anoche...

—Perdone, Archie. Su libro de notas. Continúe, señor O'Neill.

—Anoche, a eso de las ocho y media, recibí una llamada telefónica en mi casa. Era una mujer. Dijo que se

llamaba Dorothy Unger y que era taquígrafa de la oficina neoyorquina de Regulación de Precios. Dijo también que había cometido una equivocación grave. En un sobre dirigido a mí había incluido un papel que tenía que mandarse a otra persona. Explicó que se había acordado de ello después de regresar a casa y que si su jefe se enteraba de ello, estaba en peligro de que la despidiese. Me pidió que cuando recibiera yo el sobre, le mandase aquel papel a su domicilio y me dio la dirección. Le pregunté de qué se trataba y dijo que era el talón de un paquete depositado en la estación Grand Central. Le hice algunas otras preguntas y le dije

que accedía a su petición.

—Claro está que luego volvió usted a telefonarla.

—No pude. Dijo que no tenía teléfono y que me llamaba desde una cabina. Esta mañana he recibido el sobre y lo incluido en él...

—Hoy es domingo —saltó Wolfe.

—¡Caray, claro que es domingo! ¡Vino por correo urgente! Contenía una circular sobre tasas y el talón anunciado. Si hubiera sido día laborable, me habría puesto en comunicación con la Oficina de Regulación de Precios, pero como es natural ésta no estaba abierta. Pero ¿qué importa lo que quise hacer o lo que pensé? —dijo O'Neill con un gesto de

impaciencia—. Usted ya sabe lo que hice en realidad. Como salta a la vista, conoce usted mejor los hechos que yo, puesto que fue usted quien lo urdió todo.

—Ya. ¿Se figura usted, pues, que yo lo prepararé?

—No —dijo O'Neill volviendo a abalanzarse sobre la mesa—. Estoy seguro de que lo preparó. ¿No estaba al acecho acaso el señor Goodwin? He de reconocer que fui un idiota al venir aquí el viernes. Sentía temor de que se hubiesen puesto ustedes de acuerdo para achacarle el asesinato de Boone a alguien de la Oficina de Regulación de Precios, o por lo menos a alguna persona ajena a la A.I.N. y de hecho

estaban ustedes ya maquinando el achacar el crimen a alguien de la A.I.N. ¡A mí! No me extraña que dude usted de mi inteligencia.

Estas razones las profirió O'Neill a voz en grito, mirando furiosamente a Wolfe; luego se volvió hacia mí, se dirigió hacia el sillón de cuero rojo, se sentó y dijo entonces en un tono de voz completamente diferente, calmoso y contenido:

—Pero ya tendrá usted ocasión de darse cuenta de que no soy tonto.

—Este punto —respondió Wolfe— es relativamente trivial. El sobre que dice usted que ha recibido por la mañana con correo urgente, ¿lo trae

usted encima?

—No.

—¿Dónde está? ¿En casa de usted?

—Sí.

—Telefonee y dígale a alguien que lo traiga.

—No. Quiero que se efectúen pesquisas sobre él y no precisamente por parte de usted.

—Entonces, ¿no quiere usted escuchar lo que dicen los cilindros? — dijo Wolfe en tono paciente.

Esta vez O'Neill no trató de argumentar. Cogió el teléfono de mi mesa, marcó el número, comunicó con su casa y le dijo a alguien a quien llamó «cariño», que cogiese un sobre cuyas

señas le dio y que lo mandase por un mensajero al despacho de Wolfe. Me quedé sorprendido, porque habría apostado a que tal sobre no existía, y mucho más aún a que caso de existir estaría a aquella hora en el cesto de los papeles.

Cuando O'Neill hubo vuelto a sentarse en el sillón de cuero, Wolfe dijo:

—Le será a usted difícil convencer a alguien de que el señor Goodwin y yo hemos tramado esta conspiración. Porque de ser ello cierto, ¿qué le impide a usted acudir a la policía? Goodwin quería hacerlo.

—Goodwin no quería. Se limitó a

amenazarme con ella.

—Pero la amenaza dio resultado.

¿Por qué?

—Ya lo sabe usted de sobra. Porque yo quería oír lo que contienen los cilindros.

—Cierto que lo quería usted. Como que ofreció cinco mil dólares a cambio.

¿Por qué razón?

—¿Tengo que decírselo?

—No, no tiene usted que hacerlo. Le conviene a usted.

O'Neill tragó saliva; con toda seguridad nos había mandado al demonio treinta veces en treinta minutos.

—Porque tengo motivos para suponer, como los tiene usted, que son

dictados confidenciales de Cheney Boone y que pueden tener que ver con su asesinato. Por tal razón, tengo interés en saber lo que dicen.

—Es usted inconsecuente —dijo Wolfe en tono de reproche—. Anteayer, sentado en esta misma silla, el punto de vista de usted era que la A.I.N. no tenía ninguna relación con el crimen y que por ello no le importaba nada. Otra cosa: Usted no intentó sobornar al señor Goodwin para que le dejase escuchar los cilindros. Le quiso comprar para que le dejase a usted cuatro horas a solas con ellos. ¿Quería usted desorientarnos a todas, a la policía, al F.B.I. y a mí?

—Sí, así es, si es que quiere usted

usar tal expresión. Yo no tenía confianza en usted y ahora...

Podría reproducir por enteró todas sus palabras, que están aún consignadas en mis notas, pero no vale la pena. Wolfe determinó, más para pasar el rato que por otra cosa, examinar minuciosamente el episodio de la llamada telefónica de Dorothy Unger y la llegada del sobre. Le obligó a O'Neill a repasar este suceso, a recorrerlo en todas direcciones una y otra vez y él se vio obligado a hacerlo, en contra de sus instintos e inclinaciones más vigorosos, porque se daba cuenta de que sólo con esta condición conseguiría enterarse del contenido de los cilindros.

Me harté hasta tal punto de estas repeticiones que cuando sonó la campanilla de la puerta, celebré la interrupción sinceramente.

O'Neill se puso en pie de un salto y salió a la puerta. En ella estaba una mujer de mediana edad y cara cuadrada, a la cual él saludó con el nombre de Gretty, cogió el sobre que ella le entregó y le dio las gracias.

Al volver al despacho, nos permitió a Wolfe y a mí examinarlo en mano, pero no se apartó mucho de nosotros. Era un sobre de oficio de la, O.R.P., con el membrete: de la oficina, de Nueva York, y su nombre y señas escritos a máquina. En el ángulo llevaba un sello de tres

centavos y cinco centímetros a la izquierda había otros cuatro sellos del mismo valor. Debajo estaba escrito a mano con un lápiz azul: «CORREO URGENTE». En el interior había una circular de la O.R.P. impresa en multicopista, de fecha 27 de marzo, que se refería a los precios de tasa del cobre y de los objetos de bronce. Cuando Wolfe se lo hubo devuelto a O'Neill y éste metido en el bolsillo, observé:

—Los empleados de Correos son cada día más negligentes. El sello de la esquina está matado y los otros no.

—¿Qué? —dijo O'Neill sacando el sobre del bolsillo y mirándolo—. ¿Qué pasa?

—Nada —dijo secamente Wolfe—. Al señor Goodwin le gusta enredar las cosas. No significa nada.

No veía razón alguna para que yo no contribuyese a pasar el tiempo de la espera, y me dolió aquella fea costumbre de Wolfe de hacer estas observaciones personales delante de gente extraña, y sobre todo enemiga. Tenía la boca abierta para contestar, cuando sonó de nuevo la campanilla. Cuando salí a abrir, O'Neill vino también conmigo. Al verle ir y venir, habrían creído ustedes que se estaba entrenando para ordenanza de nuestra casa.

Era el empleado de la

«Stenophone». O'Neill le acogió excusándose por haberle estropeado el domingo, no sin aludir al presidente de la Compañía, y yo ayudé a entrar la máquina. No fue cosa de mucho trabajo, porque Wolfe había explicado ya por teléfono que no necesitábamos el equipo grabador. El reproductor no pesaba más de veinte kilos. El empleado lo hizo entrar, empujándolo para que rodase, en la oficina. En menos de cinco minutos estábamos ya todos enterados de su funcionamiento. Luego, como no parecía deseoso de entretenerse, le dejamos marchar. Cuando volví al despacho, después de enseñarle la salida al empleado, Wolfe me miró con cierta

expresión de connivencia y prevención y me dijo:

—Archie, si quiere usted traer el sombrero y el abrigo del señor O'Neill... El señor se marcha.

O'Neill se lo quedó mirando un instante y luego se echó a reír. O por lo menos articuló un ruido. Luego trató de mirarnos a Wolfe y a mí a la vez.

—Vaya, vaya —dijo de muy mal talante—. ¿Se ha figurado usted que le va a tomar el pelo a Don O'Neill? Yo le puedo asegurar que no lo conseguirá.

—¡Bah! —respondió Wolfe—. No le he dado a usted palabra de dejarle oír lo que dicen los cilindros. Sería absolutamente incorrecto que un

funcionarlo de la A.I.N., escuchase los dictados confidenciales del director de la O.R.P., aun después de haber sido asesinado éste. Hace un rato dijo usted que no tenía confianza en mí. Ahora manifiesta usted sorprenderse de que yo no sea de fiar. Es usted extremadamente inconsecuente. Bien, señor mío, ¿quiere usted salir andando?

—No pienso dejar esta habitación.

—Archie...

Yo me dirigí hacia él. No se movió. Por la expresión de su cara, comprendí que si hubiera podido valerse de algún objeto ofensivo, lo habría hecho. Le cogí del brazo y le dije:

—Vamos, vamos, venga usted con

Archie... Debe usted pesar unos setenta y cinco kilos. No quiero llevarle a rastras.

O'Neill trató de dirigirme un puñetazo a la mandíbula, o por lo menos ésta pareció que era su intención, pero el hombre era demasiado lento para estos menesteres. Sin hacer caso de su propósito, quise cogerle por la espalda y el pícaro de él me dio una patada. Quiso llegar más arriba, pero no pasó de la rodilla. No diré que me hiciese mucho daño, pero la cosa no me gustó. Por ello le di un golpe con la izquierda en el cuello, debajo de la oreja, y el hombre se derrumbó. Supuse que esto le aclararía las ideas, pero volvió a

levantarse y trató de darme otra patada. Tuve que usar la derecha, también contra el cuello para no hacerme daño con los nudillos y volvió a caer, esta vez sin sentido.

Le dije a Wolfe que llamase a Fritz para que abriese la puerta y entonces me di cuenta de que Fritz estaba ya presente. Cogí mi desfallecido adversario por los tobillos y lo arrastré a través del vestíbulo hasta la puerta, y luego lo deposité en el descansillo. Fritz me dio su abrigo y su sombrero, los dejé caer encima de él, volví a entrar y cerré la puerta.

En el despacho le dije a Wolfe:

—Este señor, ¿pertenece al comité

ejecutivo también o era sólo el presidente del comité del banquete? Mientras le arrastraba, trataba de acordarme de este detalle.

—Me disgusta la violencia —dijo Wolfe—. No le dije a usted que le golpeará.

—Quiso darme, una coz. Y en realidad me la dio. La próxima vez se cuidará usted de semejantes casos.

—Ponga en marcha el aparato —dijo Wolfe encogiéndose de hombros.

Capítulo XV

Tardamos más de una hora en pasar los diez cilindros, sin contar el tiempo que estuvimos fuera para almorzar. Puse en marcha el primero de ellos a la velocidad recomendada por nuestro instructor, pero llevaba sólo unos segundos funcionando cuando Wolfe me dijo que lo frenase. Después de haber escuchado a Cheney Boone en la radio, esperaba que los cilindros sonasen igual, pero aunque había bastante semejanza entre ambas voces, ésta

parecía ser de tono más agudo y las palabras eran más distintas. El primer dictado decía así:

«Seis-setenta y nueve. Personal. Señor Pritchard. Mi distinguido amigo: Muchas gracias por su carta, pero he decidido no adquirir un perro de Chesapeake, sino un «setter» Irlandés. No tengo nada contra los de Chesapeake y no existe otra razón de esta postura más que la imprevisible oscilación de las decisiones humanas. Suyo afectísimo. Seis-ochenta: Señor Ambruster. Mi distinguido amigo: Me acuerdo muy bien de aquella jornada tan agradable de San Luis y lamento profundamente la imposibilidad de estar

presente en la reunión de primavera de su espléndida organización. La próxima vez que vaya a San Luis me pondré en contacto con usted. El material que usted solicita se le enviará sin tardanza, y si no le llega a usted dentro de breve plazo, sírvase dámelo a conocer. Con afectuosos saludos para usted y los mejores votos para el éxito de su reunión, suyo afectísimo. Seis-ochenta y una. Minuta... No, hágalo en forma de carta dirigida a todos los directores regionales. A nombre de cada uno. Sírvase usted devolver a esta oficina inmediatamente los ejemplares, anticipados que se le mandaron para publicar en la Prensa del 25 de marzo,

acerca de las fórmulas de solicitud de viviendas. Esta inserción ha sido anulada y no se efectuará. Punto y aparte. La publicación prematura de parte de estas noticias por una agencia periodística ha vuelto a suscitar la cuestión de si se debe o no enviar ejemplares anticipados de tales informaciones a las oficinas regionales. Se servirá usted investigar sin demora el uso que se ha hecho de estos ejemplares de su oficina y dirigirme un informe completo directamente a mí. Espero que este informe llegue a mis manos antes del 28 de marzo. Suyo afectísimo. Seisochenta y dos. Señor Maspero. Mi distinguido amigo: Le agradezco mucho

su carta del día 16 y le aseguro que su contenido será considerado confidencial. Claro está que ello será imposible si resulta necesario aprovechar sus informaciones que para una acción judicial deberé emprender, en cumplimiento de mi obligación, pero me doy perfecta cuenta de lo difícil que será iniciarla...»

Esta carta continuaba a lo largo de dos folios enteros escritos a un solo espacio y dejaba en el cilindro el espacio justo para dos cartas más y para un comunicado de orden interior. Cuando llegó al final, lo saqué y lo devolví a su sitio en la fila. Cogí el número dos, haciendo observar:

—Supongo que habrá notado usted que Boone pretendía dirigir sus cartas por cohete y confiaba en que los directores regionales le contestasen como relámpagos.

—Estamos en un error —dijo Wolfe tristemente y mirando su calendario añadió—: Es muy fácil que no dictase esto en la tarde del día de su muerte, el 28 de marzo. Les decía a los directores regionales que efectuasen una investigación y que le respondiesen por todo el día 28 de marzo. Dado que la comunicación se dirigía a todos los directores regionales, tenían que estar comprendidos también los de la costa del Pacífico. Aun contando con la

celeridad del correo aéreo y concediendo un solo día como margen para sus investigaciones, lo cual parece bastante escaso, esta carta no debió de ser dictada después del 23 de marzo, y quizá varios días antes. Maldita sea... Tenía la esperanza... —dijo apretando la boca y mirando ceñudamente a la caja de cuero—. Aquella mujer dijo que era la caja cuatro, ¿verdad?

—¿Se refiere usted a la señorita Gunther?

—¿A quién demonio, si no?

—Así, pues, se refiere, usted a la señorita Phoebe Gunther. Si es así, le diré que sí. Dijo que había doce cajas como ésta y que la que Boone le dio en

la habitación del crimen tenía un número cuatro impreso en su parte superior, y le dijo que contenía cilindros de un dictado que había hecho en su oficina de Washington aquella tarde. ¿Nos sentimos decepcionados o pasamos a escuchar el número dos?

—Adelante.

Continuó la audición. El almuerzo se interpuso al terminar el sexto movimiento del concierto, y después de una comida agradable, pero no demasiado alegre, volvimos al despacho y acabamos de escuchar los cilindros. En parte alguna de ellos había nada sensacional, aun cuando algunos de ellos abordaban temas que podían estimarse

confidenciales. Desde el punto de vista de indicios en una investigación criminal, no valían un ochavo. En otros cuatro cilindros, además del primero, existían pruebas concluyentes de que habían sido dictados antes del 26 de marzo.

No me sorprendió nada que Wolfe estuviese deprimido. Además de las otras complicaciones, se presentaban ahora las múltiples explicaciones que podían darse del hecho de que la caja número cuatro contuviese cilindros grabados antes del día del crimen. La explicación más sencilla era que Boone se había equivocado de caja al salir de su despacho de Washington aquella

tarde. Ello sin mencionar la cuestión de fondo: Es decir, si los cilindros tenían importancia capital dentro del problema o constituían sólo una ilustración secundaria del mismo.

Wolfe, reclinado en su sillón, dedicado a digerir el almuerzo, hubiera parecido dormido a unos ojos menos expertos que los míos. Ni siquiera se movió cuando saqué la máquina de en medio y la trasladé rodando a un rincón. Cuando volví luego a su mesa y empecé a colocar los cilindros en la caja, se entreabrieron sus párpados y dijo:

—Mejor será que los vuelva usted a pasar y saque copia de lo que dicen. Cuatro copias. Subiré dentro de treinta y

cinco minutos —dijo—. Hágalo entonces.

—Sí, señor —dije tristemente—. Ya me lo esperaba.

—¿Ah, sí? Yo no.

—No quiero decir que esperase que los cilindros dijese todas estas tonterías. Lo que temía era pasarlos a máquina. A esto hemos tenido que llegar.

—No me eche la culpa de que este caso haya bajado tanto de tono. Fui un asno al encargarme de él. Tengo más orquídeas de las que caben en casa y podría haber vendido quinientas en doce mil dólares. Cuando haya usted terminado de copiar esto, lleve usted un ejemplar a Cramer y dígale como lo

hemos conseguido.

—¿Que se lo diga todo?

—Sí, pero antes de ir a verle, escribirá usted otra cosa. Tome nota. Envíe esta carta a todos los que estuvieron presentes aquí en la reunión del viernes por la noche. —Frunció el ceño un momento buscando las palabras y luego dictó—: «Dado qua tuvo usted la amabilidad de venir a mí oficina, según mi invitación, el viernes por la noche y supuesto que estuvo usted presente cuando se estableció que la afirmación de la señorita Gunther de haber dejado la caja de cuero en el alféizar de la ventana, no merecía crédito, le escribo para informarle de un

suceso que ha ocurrido hoy. Punto y aparte. El señor O'Neill ha recibido por correo un talón correspondiente a un paquete depositado en la estación Grand Central. Este paquete ha resultado contener la caja de cuero en cuestión, que lleva el número cuatro estampado en la parte superior, conforme lo describió la señorita Gunther. Sin embargo, salta a la vista que los cilindros contenidos en ella fueron dictados por el señor Boone en techa anterior al 26 de marzo. Le transmito a usted esta información para hacer justicia a la señorita Gunther.»

—¿Esto es todo? —pregunté.

—Sí.

—A Cramer le sentará muy mal.

—No lo dudo. Mándelas antes de ir a verle, y llévele una copia. Luego traiga acá a la señorita Gunther.

—¿A Phoebe Gunther?

—Sí.

—Es peligroso. ¿No se arriesga usted demasiado al ponerla en mis manos?

—Sí, pero la quiero ver.

—Conforme. Sobre usted caerá la responsabilidad de lo que ocurra.

Capítulo XVI

El copiar todo aquello supuso dos horas y media de penosa labor que me destrozó la espalda. Tuve que transcribir con cuatro copias los diez cilindros de arriba abajo. No sólo esto, sino que esta clase de trabajo era nuevo para mí y tuve que ajustar la velocidad por lo menos veinte veces antes de cogerle el tranquillo. Cuando hube terminado y hube compaginado las hojas, le di el original a Wolfe, que volvía a estar en la oficina, coloqué las dos primeras copias

en el arca de caudales y doblé la cuarta y me la metí en el bolsillo. Quedaban las doce cartas y sus sobres. Mientras Wolfe las fue firmando, él mismo se ocupó en doblarlas, meterlas en los sobres y aun ponerles los sellos. A veces, tiene raptos de febril energía. Era ya la hora de cenar, pero decidí no entretenerme comiendo con Wolfe y fui a tomar un bocado a la cocina.

Había telefoneado a la Brigada de Homicidios para asegurarme de que Cramer estaba allí y ahorrarme así tratar con el teniente Rowcliffe, cuyo asesinato tenía yo esperanzas de investigar algún día, y había llamado también al piso de Phoebe Gunther para

citarme con ella, pero no obtuve respuesta. Al sacar el coche del garaje, subí a la Octava Avenida para echar las cartas en la estafeta y luego me dirigí hacia el sur, rumbo a la calle 20.

Después de haber estado diez minutos en presencia de Cramer, dijo:

—Aquí parece que hay algo, ¡pobre de mí!

Al cabo de veinte minutos, repitió:

—Aquí parece que hay algo, ¡pobre de mí!

Estas manifestaciones demostraban con claridad meridiana que el inspector estaba metido en un fangal hasta la cintura; Si hubiera contado con el menor triunfo, nos habría maldecido a Wolfe y

a mí por haberle ocultado una prueba durante nueve horas y catorce minutos y se hubiera entregado a, toda clase de amenazas, gruñidos y advertencias. En vez de hacerlo, me pareció estar dispuesto a agradecer mis noticias. Por lo visto, estaba desesperado.

Cuando dejé a Cramer, seguía llevando la copia de la transcripción en el bolsillo, porque no tenía instrucciones de entregársela. Para poder llevar a Phoebe Gunther a presencia de Wolfe era conveniente que la viese antes que a Cramer, y me parecía probable que éste querría saber exactamente lo que contenían los cilindros antes de ponerse en movimiento. Por esto le conservé la

curiosidad y no le dije que se había sacado una transcripción de ellos. Tampoco perdí ni un minuto en trasladarme a la calle 55.

El portero telefoneó al piso, me dirigió otra mirada de sorpresa cuando me dijo que se me recibiría y le hizo una seña de aprobación al mozo del ascensor. Al llegar al piso 9, letra H, Phoebe abrió la puerta y me hizo pasar. Dejé el sombrero y el abrigo en una silla y la seguí hacia el interior. Allí vi a Alger Kates en aquel mismo rincón oscuro.

Al encontrar a Alger Kates allí no se me ocurrió otra cosa que decirle:

—¿Vive usted en esta casa?

—Si es que le importa, le diré que sí —respondió.

—Siéntese, señor Goodwin —dijo Phoebe con su hipotética sonrisa—. Aclararé este punto: El señor Kates reside aquí cuando se encuentra en Nueva York. Su mujer tiene arrendado este piso porque no le gusta Washington. Ahora está en Florida. Yo no podía encontrar una habitación de hotel y por ello el señor Kates vive con unos amigos en la calle 11 y me deja dormir aquí. Supongo que esto bastará para definir mi posición y la de él.

—Podría ocurrir que lo que me trae acá fuese, urgente —dije, no sin sentir la impresión de haber cometido una

tontería con mi anterior pregunta—. Ello depende de la prisa que tenga en venir el inspector Cramer. Cuando la he telefoneado hace una hora, no ha respondido nadie.

—¿Tengo que dar explicaciones de esto también? —dijo ella cogiendo un cigarrillo—. Salí a comer algo.

—¿La han llamado de la oficina de Cramer desde que ha vuelto usted?

—No. ¿Quiere algo de mí quizá? ¿Qué busca?

—Si no quiere nada de usted aún, no tardará en hacerlo —dije mirándola a los ojos para observar su reacción—, Le he llevado la caja de cilindros que usted se dejó olvidada en el alféizar de la

ventana el martes por la noche.

No creo que el tono con que lo dije tuviese nada de amenazador, supuesto que yo no interpretaba así aquella frase. Pero Alger Kates se puso en pie súbitamente, como si yo hubiera blandido una llave inglesa contra Phoebe. Volvió a sentarse en el acto. La señorita Gunther no se movió, pero detuvo bruscamente el cigarrillo, que iba a llevarse a los labios y se quedó con la cabeza muy derecha.

—¿La caja? ¿Con los cilindros?

—Sí, señorita.

—¿Es que...? ¿Qué ocurre...?

—Es una historia muy larga.

—¿Dónde la encontró usted?

—Esta es otra historia larga. Tenemos que pasarla por alto, porque ahora está en poder de Cramer y puede llamarla cualquier momento o venir a verla a usted. Quizá querrá esperar también a oír lo que dicen los cilindros. De todas maneras, el señor Wolfe la quiere ver antes.

—Así, pues, ¿sabe usted lo que contiene la caja?

Kates había salido de su rincón oscuro y se había acercado al diván, como si se dispusiera a rechazar a algún enemigo peligroso. Prescindió de su presencia y le dije a la señorita:

—Claro que lo sé. Y el señor Wolfe también. Hemos buscado un aparato y

hemos pasado los cilindros. Son interesantes, pero no aclaran nada. Lo más notable de ellos es que no fueron dictados el martes, sino en fecha anterior. Algunos de ellos lo fueron una semana antes o más. Le diré...

—¡Es imposible!

—No, por cierto, antes muy posible y muy real. Como le decía, el señor Wolfe quiere verla antes que el otro. Ni que decir tiene que respecto a Cramer, lo mejor es marcharse de aquí. El señor Kates puede venir para protegerla, si usted lo desea. Llevo una transcripción de los cilindros en mi bolsillo y puede usted leerla por el camino.

Sonó el timbre. Ya lo había oído

sonar dos veces y adiviné de quién se trataba. En un susurro le pregunté:

—¿Espera usted a alguien?

Movió negativamente la cabeza y comprendí por su mirada que también presentía quién llamaba. Era inútil evadirse. El portero habría enterado a quienquiera que fuese del estado efectivo de la situación. De todos modos, nada se perdía por probar. Me puse un dedo en los labios y les miré a los dos. Al cabo de diez segundos de sostener este cuadro plástico, nos llegó a través de la puerta la voz irritada y gruesa del sargento Purley Stebbins.

—¡Vamos, Goodwin, abra!

Fui a abrir. Entró rudamente, se

quitó el sombrero y trató de conducirse como una persona educada.

—Buenas tardes, señorita Gunther. Buenas tardes, señor Kates. El inspector Cramer le agradecerá que venga usted conmigo a su despacho. Ha encontrado unas cosas que quiere que usted las examine. Me dijo que la informase de que eran cilindros de «Stenophone».

—No se para usted en detalles, ¿eh, Purley? —dije.

—¿Ah, está usted aún aquí? —dijo volviendo la cabeza—. Me figuraba que se había marchado. El inspector se alegrará mucho de saber que le he pisado el terreno.

—¡Rábanos! —le respondí—.

Señorita Gunther, ya sabe usted que, naturalmente, es usted dueña de hacer lo que le parezca. Hay gente que se figura que con que un empleado municipal se proponga llevarlas a alguna parte, basta para que tengan que ir. No es así, a menos que traiga un documento.

—¿De veras? —me preguntó la señorita.

—De veras.

—A pesar de lo poco que sé de usted —me dijo ella— y de lo mucho que sé de la policía, me parece que tengo más confianza en usted que en ellos. Así, pues, decida usted por mí. Iré con usted a ver al señor Wolfe, o me dejaré conducir por este sargento, según

usted disponga.

Y en este punto cometí una falta. Y no la lamento porque fuese una falta, supuesto que no vacilo en hacerme responsable de todas cuantas acciones cometo, incluyendo los errores, sino porque la cometí en aras de Phoebe, y no en las de Wolfe o del éxito de nuestro trabajo Nada me hubiera complacido más que llevarla en mi coche, mientras Purley nos seguía, jadeando, y nada satisfacía más a Wolfe que frustrar los designios de Cramer. Pero comprendí que si la llevaba a casa de Wolfe, Purley se plantaría en la puerta y en cualquier caso le inferiría a Phoebe algún perjuicio, Y cometí aquella falta porque

creí que la chica merecía dormir un poco. Ella misma me había dicho que cuanto más fatigada estaba, mejor aspecto tenía, y según lo que su figura atraía mis ojos, en aquel momento debía estar en el límite de sus fuerzas.

—Le agradezco mucho la confianza, de la cual soy digno —le dije en consecuencia de todas estas meditaciones a la señorita Gunther—. Me duele mucho tener que aconsejarla que opte usted por la invitación de Cramer. Hasta la vista.

Veinte minutos más tarde llegué al despacho y le dije a Wolfe:

—Purley Stebbins llegó a casa de la señorita Gunther antes de que yo pudiese

llevármela. Ella pretirió ir con él. Está ahora en la calle 20.

Con lo cual no sólo había cometido un error, sino que le estaba mintiendo a mi jefe.

Capítulo XVII

Lo primero que hizo Wolfe en la mañana del lunes fue hacer subir a Saúl Panzer y a Bill Gore a su habitación, mientras desayunaba, para darles instrucciones secretas. Bill Gore había traído de los archivos de la A.I.N. una cantidad tan considerable de escritos de todo orden, mecanografiados, impresos, tirados en multicopista, que con ellos habría bastado para componer un voluminoso diccionario. El informe que dio Saúl Panzer de sus jornadas en el

Waldorf no añadió nada a lo que sabíamos. Tuve que decidir que el hecho de que Wolfe se empeñase en tirar por la ventana cincuenta dólares diarios no me importaba en absoluto.

En el mismo lunes advertí que la Oficina de Relaciones Públicas de la A.I.N. había recobrado el resuello y se disponía, a volver a la liza. En el *New York Times* se publicaba un anuncio de página entera que contenía una declaración de la A.I.N. en el sentido de que la Oficina de Regulación de Precios, después de habernos robado hasta la, camisa, se preparaba para arrancarnos la misma piel. No se hacía alusión alguna al homicidio, pero se

desprendía de aquella proclamación que puesto que la A.I.N. estaba entregada a la tarea de salvar al país de las pérfidas conspiraciones de la O.R.P., era tontería imaginar que tuviese nada que ver en el crimen.

Uno de los problemas que se me plantearon el lunes fue el conseguir efectuar las llamadas telefónicas que debía, dado el gran número de personas que me telefonearon a mí. A pesar de estas dificultades comencé la tarea tratando de comunicar con Phoebe Gunther. No lo conseguí cuando llame al piso de la calle 55. A las nueve y media lo intenté en la oficina de la O.R.P. y se me dijo que no había llegado aun y que

nadie sabía si tenía que ir. A las diez y media se me informó de que sí estaba, pero con el señor Dexter y que llamase más tarde. Antes del mediodía llamé otras dos veces y seguía con el señor Dexter. A las doce y media había salido a almorzar, a pesar de que se le había dado recado de que me telefonease. A la una y media aun no había vuelto. A las dos se me dijo que no volvería y nadie sabía donde paraba. Por lo visto toda la O.R.P. en pleno, desde el director a las telefonistas, sabían que Nero Wolfe estaba a sueldo de la A.I.N. y procedían en consecuencia. Cuando intenté ponerme en comunicación con Dorothy Unger, la taquígrafa que había

telefoneado a Don O'Neill el sábado a propósito de aquel sobre equivocado, me dijeron que en la vida, habían oído hablar de ella.

Las llamadas que me hicieron a mí no arrojaron informaciones mucho más ilustrativas. Las personas que me telefonearon a propósito de las cartas que Wolfe había cursado acerca del hallazgo de los cilindros, demostraron, con la diversidad de sus pareceres, que la A.I.N. no era un frente tan compacto como su anuncio en el periódico quería significar. Winterhoff sostenía que era injustificado el afirmar que el hallazgo de los cilindros reivindicase la posición de la señorita Gunther y que, por el

contrario, reforzaba la sospecha de que ésta mentía porque el talón del paquete se le había remitido a Don O'Neill bajo un sobre de la O R. P. Breslow, ¿cómo no?, estaba de mal humor, hasta el punto de que telefoneó dos veces, una por la mañana y otra por la tarde. Lo que le incomodaba era que hubiésemos divulgado la noticia de los cilindros y afirmaba que en interés de la justicia teníamos que haberla reservado para nosotros y la policía. Nos acusó de tratar de dar la impresión de que nos ganábamos el sueldo, exhortándonos al mismo tiempo a que no pensásemos sino en coger al criminal y probar su delito.

La misma familia Erskine

demostraba profesar opiniones encontradas: Frank Thomas Erskine, el padre, no tenía queja ni observación que formular y sólo deseaba que se le proporcionase el texto de lo que decían los cilindros. No se indignó, sino que se asombró de la respuesta negativa. Desde su punto de vista estaba claro que si Wolfe realizaba un trabajo a sueldo de la A.I.N., cualquier información que consiguiese en él venía a ser de propiedad de la misma, y que todo intento de sustraer esta información de su dominio era una felonía malévolamente perversa. En este sentido estuvo insistiendo Erskine hasta que se convenció de que no había nada que

hacer.

El hijo, Ed, fue el de la llamada más corta y más divertida. Todos los demás habían pedido hablar con Wolfe y no conmigo. Pero él dijo que no le importaba, porque todo lo que quería era hacerme una pregunta. «¿Qué pruebas hay de que O'Neill recibiese el talón por el procedimiento que él dice?» Le dije que las únicas de que disponíamos, aparte haber examinado el sobre, eran las afirmaciones del interesado, pero que naturalmente, la policía estaba confrontándolas y que mejor era que se dirigiese a ella. Dijo que muy agradecido y colgó.

Me pasé el día esperando una

llamada de O'Neill, pero ésta no se produjo. Transcurrieron las horas, llegó el ocaso y encendí las luces. Antes de ir a cenar, decidí intentar de nuevo hablar con Phoebe y me dirigí telefónicamente a su casa, pero no estaba. La comida se prolongó más aún de lo corriente, lo cual suele suceder cuando Wolfe se encuentra desorientado. Consume tanta energía apartando de sí los pensamientos importunos y tratando de tenerme quieto, que tiene que comer mucho más de lo normal.

Después de cenar, de vuelta al despacho, volví a llamar a la calle 55 con el mismo resultado negativo. Me encontraba yo tendido en el diván

planeando alguna especie de sacudida que lograra precipitar a Wolfe hacia la actividad, cuando sonó la campanilla, corrí a la puerta y la abrí de par en par sin mirar por la rejilla. Me sentía dispuesto a recibir a todo el mundo, incluso a Breslow. Entraron dos hombres. Les dije que dejaran el sombrero y el gabán y desde la puerta del despacho anuncié:

—El inspector Cramer y Salomón Dexter.

Wolfe suspiró y dijo con un hilo de voz:

—Que pasen.

Capítulo XVIII

Salomón Dexter era un escandaloso. Admito que sus funciones de director accidental de la O.R.P., en las que iba anejo el misterio del asesinato de su predecesor en el cargo, le daban ocasión bastante para gritar y vociferar, pero a Wolfe no le gusta esta especie de personas. Por ello frunció el ceño cuando después de un breve saludo y sin preámbulo alguno, Dexter estalló:

—¡No lo comprendo en absoluto! He pedido informes de usted al F.B.I. y al

Ejército y me los han dado intachables, con las expresiones más halagadoras. ¡Y aquí le veo liado con la banda más infame que existe de farsantes y asesinos! ¿Qué demonios se propone usted?

—Tiene usted los nervios de punta —dijo Wolfe.

—¿Qué tienen que ver mis nervios con todo esto?— volvió a vociferar Dexter—. Se ha cometido el crimen más repugnante que recuerda la historia de nuestro país, detrás de él está esa partida de sin vergüenzas y cualquiera que se relacione...

—¡Basta! —cortó Wolfe—. No me grite usted. Está usted excitado. Quizá

tiene usted razones para estarlo, pero el señor Cramer no tenía que haberle traído acá hasta que se encontrase más apaciguado. ¿Qué quiere este señor, Cramer? ¿Se le ofrece algo?

—Sí —gruñó Cramer—... Se imagina que es usted quien ha planeado este lío de los cilindros. Dice que de esta forma parece que la O.R.P. los haya retenido hasta ahora y haya tratado de endosárselos a la A.I.N.

—¿Lo cree usted también?

—Yo, no. Si lo hubiera usted hecho así, lo habría hecho mejor.

—Si lo que desea usted saber, señor Dexter —dijo Wolfe—, es sí he manipulado en algún sentido en torno de

los cilindros, le diré que no. ¿Algo más?

Dexter sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el rostro. No había observado en él humedad alguna y hacia fresco en el exterior, pero por lo visto él entendía que algo tenía que secar. Bajó la mano, sin dejar de tener prendido el pañuelo, y miró a Wolfe como si tratase de recordar el siguiente párrafo del discurso que traía preparado.

—No existe tal Dorothy Unger empleada en la O.R.P. ni en Washington, ni aquí.

—¡Dios mío, claro que no! —dijo exasperado Wolfe.

—¿Qué quiere usted decir con esto de «claro que no»?

—Quiero decir qué es obvio que no existe tal persona. Sea quien fuere quien ha inventado este barullo del talón de la consigna, O'Neill u otra persona, lo cierto es que han tenido que forjar la superchería de una Dorothy Unger.

—Debía usted estar enterado de ello, pues —dijo Dexter.

—¡Qué tontería! Señor Dexter, sí no piensa usted abandonar sus sospechas, lo mejor que podrá hacer será marcharse de aquí. Me acusa usted de «estar liado» con unos bandidos. Yo no «estoy liado» con nadie. Me he comprometido a realizar un trabajo concreto, que es encontrar al asesino y las pruebas para declararle convicto. Si tiene usted...

—¿Hasta qué punto ha llegado usted en él?

—Hombre... Más lejos que usted, o de no ser así no estaría usted aquí.

—Vaya —repuso sarcásticamente Cramer—, y, ¿por qué no detuvo usted al criminal la otra noche aquí mismo?

—En determinado momento creí poder hacerlo, porque uno de los presentes dijo algo extraordinario, pero no pude.

—¿Quién fue?

—Lo estoy investigando —dijo Wolfe con tal ampulosidad que parecía tener ocupada a toda una división del Ejército en la pesquisa—. Usted metió cucharada y los hizo salir de aquí. Si

hubiera usted procedido con más prudencia, en vez de conducirse como un niño mal criado, habríamos conseguido algo práctico.

—¡Ah, ya, resulta que yo lo eché todo a perder! ¿Por qué no me pide usted que los vuelva a reunir?

—¡Excelente idea! —dijo Wolfe incorporándose en la silla y con rostro radiante de entusiasmo—. ¡Excelente, haga usted el favor de reunirlos! Use el teléfono de Goodwin.

—¡Cielo santo! —dijo atónito Cramer—. ¿Cree usted que lo decía en serio?

—Yo sí lo digo en serio —afirmó Wolfe—. Usted no habría venido si no

se sintiese desesperado. Y no se sentiría usted desesperado si supiese que puede preguntarlo a cualquiera que se le ponga por delante. Y por esto ha venido usted: A conseguir ideas para elaborar preguntas. Traiga a esa gente acá y verá lo que se puede hacer.

—¿Quién demonios se ha figurado que es este hombre? —le preguntó Dexter a Cramer.

Cramer no contestó. Al cabo de unos segundos, se puso en pie y se acercó a mi mesa. Cuando llegó ante ella, yo había ya levantado el teléfono y había marcado el número de su Brigada. Cogió el aparato, se sentó en la esquina de la mesa y dijo:

—¿Horowitz? Soy el inspector Cramer; estoy en la oficina de Nero Wolfe. Póngame con el teniente Rowcliffe. Tiene usted una lista de la gente que estuvo aquí el viernes por la noche. Coja usted a los telefonistas y que les llamen a todos y les digan que vengan inmediatamente a la oficina de Wolfe. Incluya usted a Phoebe Gunther. Espere un momento. —Y volviéndose hacia Nero Wolfe, preguntó—: ¿Nadie más?

Wolfe movió negativamente la cabeza y Cramer concluyó:

—Esto es todo. Mándeme a Stebbins en seguida. Hágales venir a todos cueste lo que cueste. Mande usted agentes en su

busca, si hace falta. Sí, ya lo sé; ya me doy cuenta de que moverán un escándalo. ¿Qué me importa perder el empleo de una manera o de otra, si lo he de perder? Wolfe dice que estoy desesperado, y ya sabe usted cómo es Wolfe. Sabe leer en las fisonomías de la gente. Ocúpese en esto.

Cramer se sentó de nuevo en el sillón de cuero rojo, se sacó un cigarro del bolsillo, lo mordió y masculló:

—Jamás creí encontrarme en situación semejante.

—Con franqueza le he de decir que no esperaba verle a usted —dijo Wolfe—. Con lo que el señor Goodwin y yo le proporcionamos ayer, parece que tenía

usted que haber progresado...

—Claro. Progresado en el seno de la niebla más espesa con que me he tropezado en la vida. ¡Valiente ayuda la que me dieron ustedes!... En primer lugar...

—Perdonen ustedes —interrumpió Dexter—. Tengo que llamar por teléfono.

—Sí, se trata de asuntos íntimos —le dije—, hay un teléfono en el piso de arriba.

—No, gracias —respondió mirándome rudamente—. Ya saldré a buscar una cabina pública.

Se dirigió a la puerta y por encima del hombro dijo que volvería al cabo de

media hora y se fue. Salí a asegurarme de que no tropezaba en el umbral de la puerta y cuando ésta se hubo cerrado tras él, volví al despacho. Cramer decía:

—Y estamos peor que nunca. No aparece ningún resultado útil.

—Existen la fotografía y el permiso de conducción remitidos a la señora Boone y el sobre. ¿No quiere usted un vaso de cerveza?

—Sí, gracias. Hemos buscado huellas digitales y los demás detalles de rutina y no surge nada. El sobre fue expedido desde el centro de la ciudad el viernes a las ocho de la tarde. Es imposible comprobar las ventas de sobre en las máquinas automáticas.

—Archie podría intentarlo. —El hecho de que Wolfe, al hablar con Cramer, me llamase Archie, era indicio de que éramos amigos; por lo general me llamaba señor Goodwin—. Y de los cilindros, ¿qué me dice?

—Fueron dictados por Boone el 19 de marzo y transcritos a máquina por la señorita Gunther el día 20. Las copias están en Washington y el F.B.I. las ha confrontado. La señorita Gunther no comprende nada de lo sucedido y no ofrece otra explicación sino que Boone se equivocase de caja cuando salió de la oficina el martes por la tarde. Dice que su jefe no acostumbraba a incurrir en semejantes errores. Pero, aunque fuese

así, la caja que contenía los cilindros que dictó el martes por la tarde tenía que estar en su despacho de Washington y no está. No hay rastro de ella. Existe aún otra posibilidad. Hemos pedido a todas las personas relacionadas con el caso que no salgan de la ciudad, pero el jueves la O.R.P. pidió permiso en favor de la señorita Gunther para que ésta fuese a Washington por un asunto urgente, y la dejamos salir. Fue y vino en avión y llevaba consigo una maletita.

Wolfe se estremeció. La idea de que la gente subiese voluntariamente a un avión era excesiva para su sensibilidad.

—Veo que no ha prescindido usted de detalle alguno— le dijo a Cramer.

—¿Iba sola la señorita Gunther en este viaje?

—Fue sola. Volvió con Dexter y otros dos de la O.R.P.

—¿No tiene dificultad alguna para explicar sus movimientos?

—No tiene dificultad alguna para explicar nada. Esta joven no repararla en darnos cuenta de sus intimidades más recónditas.

—Estoy seguro de que Archie coincide con su opinión —dijo Wolfe—. Mientras decía esto llegó la cerveza en manos de Fritz, que empezó a servirla —. Supongo que habrá usted charlado con el señor O'Neill.

—¿Charlado? —saltó Cramer

levantando las manos—. ¡Dios mío! ¡Me pregunta que si he charlado con ese pájaro!

—Como ya le advirtió Archie, tenía interés en conocer el contenido de los cilindros.

—Y sigue teniéndolo. El imbécil de él se figuraba que podría retener aquel sobre. Quería que se hiciese una investigación sobre ello, no a cargo de usted, sino de un detective particular, según dijo. Fíjese usted, para que te dé cuenta de lo feo que está este caso. En cualquier otro crimen, ¿querría usted mejor pista que un sobre en las condiciones de éste? ¿Tiene su membrete de la O.R.P., su entrega

urgente, su sello matado y los demás nuevos, su dirección a máquina? ¿Quiere usted que le especifique todo lo que hemos hecho, incluyendo el haber comprobado un millar de máquinas?

—No tengo ningún interés.

—Ni yo tampoco, porque ocuparía toda la noche el explicárselo. La maldita estafeta de Correos dice que lamenta no poder ayudarnos, que ha contratado empleadas nuevas y que no se sabe nunca si matan los sellos o qué. Ya habrá usted oído que le he hablado a Rowcliffe de la posibilidad de ser destituido.

—¡Bah! —dijo Wolfe.

—Sí, ya sé —convino Cramer—...

Otras veces lo he dicho; es una costumbre. Desde mi punto de vista actual, sin embargo, la bomba atómica es un buscapiés comparada con este maldito caso. Mis jefes están locos de excitación y yo tengo que admitir que la opinión pública exige que el asesino de Cheney Boone no quede impune. Hace ya seis días que se cometió el crimen y aquí me tiene usted de charla.

Acabó de vaciar su vaso de cerveza, lo dejó y se secó la boca con el dorso de la mano.

—Ya ve usted la situación —continuó—. Ya sé bien que ningún cliente de usted ha cometido nunca un crimen, y en este caso sus clientes...

—Mis clientes no existen como persona —interrumpió Wolfe—. Mis clientes son una asociación. Una asociación no puede cometer un crimen.

—Quizá no. Aun así, ya sé cómo trabaja usted. Me parece que ya está aquí su cliente o su asociación.

Acababa de sonar el timbre. Fui a abrir y vi que Cramer había acertado. El primero en llegar era uno de los fragmentos de nuestro cliente. Era la persona de Hattie Harding. Parecía venir sin aliento. En el vestíbulo me prendió del brazo y dijo:

—¿Qué pasa? ¿Es que...? ¿Qué pasa?

Con la mano del otro brazo le di

unos golpecitos en la espalda.

—No, no, cálmese. Está usted nerviosa. Hemos decidido celebrar estas reuniones dos veces por semana. No es más que esto.

La hice pasar a la oficina y que me ayudase a disponer las sillas.

A partir de aquel momento, fueron entrando todos uno por uno. Vino Purley Stebbins y se excusó a su jefe de no haber podido convocar a los interesados con más presteza, y le cogió aparte para explicarle algo. G. G. Spero, del F.B.I., fue el tercero en llegar y la señora Boone llegó en cuarto lugar. Luego regresó Salomón Dexter y al ver vacante el sillón de cuero rojo se acomodó en él.

La familia Erskine vino por separado, con un intervalo de un cuarto de hora, y también lo hicieron Breslow y Winterhoff. En conjunto, a medida que les fui introduciendo contestaron a mi saludo por considerarme un colega dentro de la raza humana, pero hubo dos excepciones: Don O'Neill dirigió una mirada a través de mí y trató de dar la impresión de que si yo llegaba a rozar su gabán lo mandaría al tinte, por lo cual le deje acomodarse solo. Acogida no menos hostil me tributó Alger Kates. Nina Boone, que llegó tarde, me sonrió. No me lo figuraba, y sí, me sonrió a mí. Para premiarla la hice sentar en el mismo lugar de la otra vez, es decir, en

la silla de al lado de la mía.

Tuve que reconocer la excelencia de la policía en el empeño de montar una reunión. Eran las once menos veinte, es decir, una hora y diez minutos después del momento en que Cramer le había telefonado a Rowcliffe para que organizase la tertulia.

Me puse en pie y les echó una ojeada para comprobar si estaban todos. Luego, volviéndome hacia Wolfe, le dije:

—Están los mismos de la otra vez. A la señorita Gunther, por lo visto, no le gustan las multitudes, porque están todos excepto ella.

Wolfe paseó la mirada por la

reunión, moviéndola con lentitud de derecha a izquierda y luego en, sentido contrario, a la manera del hombre que está deliberando qué camisa comprar. Todos estaban sentados, divididos en dos facciones como en la anterior ocasión, exceptuando a Winterhoff y a Erskine padre que estaban en pie al lado del globo hablando en voz baja. Desde el punto de vista de la simpatía, la reunión era un fracaso aun antes de empezar. En un momento dado se producía un murmullo de conversación y al cabo de un instante un silencio de muerte; luego había alguien que se asustaba de aquella quietud y renacía el murmullo. Cramer se acercó a mi mesa,

telefoneó y luego informó a Wolfe:

—Me dicen que han avisado a la señorita Gunther en su piso hace una hora y que anunció que venía en seguida.

—No podemos esperar —dijo Wolfe encogiéndose de hombros—. Empiece.

Cramer se volvió hacia los reunidos, se aclaró la voz y dijo:

—Señoras y señores. —Se produjo un silencio repentino y él siguió—: —Quiero que se enteren ustedes del motivo por el cual se les ha llamado aquí y del auténtico estado de la situación. Supongo que leen ustedes los periódicos. Según ellos, o por lo menos parte de ellos, la policía considera demasiado delicado este caso en razón

de la gente que hay complicada en él, y permanece con los brazos cruzados. Supongo que todos ustedes estarán al corriente de lo falso de esta afirmación. Supongo también que todos ustedes, o casi todos, se sienten molestados y perseguidos por un hecho en el cual no tienen parte alguna. Los periódicos tienen su punto de vista y ustedes tienen el suyo. Estoy convencido de que a todos les ha producido extorsión el tener que venir aquí esta noche, pero tienen ustedes que hacerse cargo de que no teníamos otro remedio que llamarles; esta extorsión tienen ustedes que achacársela no a la policía ni a otra persona alguna que al asesino de Cheney

Boone. No quiero decir que se encuentre en esta habitación. No lo sé. Puede estar a mil millas de aquí...

—¿Para escuchar esto —ladró Breslow— nos ha hecho usted venir? Ya lo sabíamos todos antes.

—Sí, ya sé —respondió Cramer intentando seguir mostrándose amable—. No les hemos hecho venir para que me escuchen a mí. Voy a pasar el uso de la palabra al señor Wolfe y él les hablará después que yo les haya dicho dos cosas: Primera, que se les ha convocado desde mi despacho, pero ello no da carácter oficial a la llamada, de la cual soy yo el único responsable. Por lo que a mí toca, pueden ustedes ponerse

en pie y marcharse, si les parece. Segunda, pueden ustedes considerar que es incorrecta esta reunión, dado que el señor Wolfe actúa en este caso por cuenta de la A.I.N. Puede ser. Lo único que puedo decir es repetirles que si quieren, se queden, y si no, que se marchen. Hagan lo que les parezca.

Dirigió una mirada en torno de sí. Nadie se movió ni habló.

Cramer aguardó diez segundos y luego se volvió hacia Wolfe y le hizo una seña. Wolfe profirió un profundo suspiro y empezó a hablar con un murmullo difícilmente audible:

—Una de las cosas que ha dicho el señor Cramer, la molestia que ustedes se

ven obligados a soportar, merece cierto comentario. Este sacrificio por parte de las personas, que a veces son muchas, que están a cubierto de...

Me desagradó verme en el caso de cortar el hilo de su oratoria, porque mi larga experiencia me advertía que en aquel momento, por fin, empezaba a trabajar; se le veía resuelto a sacar algo en claro de aquella reunión aunque ésta tuviese que prolongarle toda la noche. Pero no hubo más remedio que hacerlo, porque en el vestíbulo vi a Fritz que me contemplaba con expresión angular. Cuando vio que yo le miraba, me llamó y se me ocurrió la idea de que, en situación como la que nos

encontrábamos y con Wolfe en pleno discurso, no hubiera procedido de otra manera si la casa estuviese ardiendo. Como entre él y yo se interponía toda la masa de asistentes, tuve que rodearla para llegar a la salida. Wolfe seguía hablando. Cuando hube llegado al vestíbulo, cerré la puerta tras de mí y le pregunté a Fritz:

—¿Qué pasa?

—Es... es... —Se detuvo y trató de contenerse. Durante veinte años Wolfe había tratado de imbuirle la idea de que no se excitase. Volvió a empezar su notificación diciéndome—: Venga usted y se lo enseñaré.

Bajamos a la cocina, no sin que yo

pensase que se trataba de alguna catástrofe culinaria que él se veía incapaz de sobrellevar a solas, pero la cruzó para dirigirse a la puerta trasera y a los escalones que conducían a lo que llamábamos subterráneo, aunque sólo estaba metro y medio debajo del nivel de la calle. Fritz dormía allí en una habitación que daba a la calle. A través de un pequeño vestíbulo se pasaba al arroyo franqueando una pesada puerta y luego otra de hierro, con una reja, que daba a un sendero asfaltado del cual se subía a la calle con cinco escalones. En este vestíbulo diminuto se detuvo Fritz haciéndome tropezar con él. Señaló al suelo: «¡Mire!», me dijo. Puso la mano

en la puerta y la agitó un poco.

—Vine a ver si la puerta estaba cerrada, como siempre lo hago.

En el cemento de aquel sendero se veía un objeto acurrucado contra la puerta, de forma que ésta no podía abrirse sin empujarle hacia un lado. Me adelanté a mirar. Había poca luz allí, puesto que el farol más cercano de la calle caía a treinta pasos de distancia, pero pude distinguir claramente en qué consistía aquel objeto, aunque no con certeza de quién se trataba.

—¿Para qué demonios me ha traído usted aquí? —le pregunté a Fritz haciéndole volver a entrar a empellones en el subterráneo—. Venga conmigo.

Subí la escalera con Fritz pegado a los talones. En la cocina me detuve a abrir un cajón y sacar una lámpara de pila y luego por el vestíbulo grande salí a la puerta principal y bajé a la acera por la que fui hasta aquel lugar. Examiné con la luz todo aquello. Fritz estaba a mi lado, inclinado

—¿Quiere?... —me dijo con voz temblorosa—. ¿Quiere que sostenga la luz?

—¡Cállese, diantre! —le dije.

Al cabo de medio minuto suspendí el examen y le dije:

—Quédese usted aquí.

Me dirigí a la puerta y vi que Fritz la había cerrado tras de sí. Me costaba

algún trabajo meter la llave en la cerradura, pero efectué una profunda inspiración y lo conseguí ya más tranquilo. Crucé el vestíbulo, fui a la cocina, cogí el teléfono que había en ella y marqué el número del doctor Vollmer, que vivía en la misma calle a media manzana de distancia. El timbre de su teléfono sonó seis veces antes de que respondiese.

—¿Doctor? Soy Archie Goodwin. ¿Está usted vestido? Bien. Venga lo más deprisa que pueda. Hay una mujer tendida en nuestra acera, junto a la puerta del subterráneo; le han dado un golpe en la cabeza y me parece que está muerta. Irá la policía. Por lo tanto no la

mueva más que lo imprescindible.
¿Viene usted ahora? Conforme.



—¿Doctor? Soy Archie Goodwin. ¿Está usted vestido?

Volví a inspirar hondamente, cogí papel y lápiz y escribí: «Phoebe Gunther está muerta en nuestra acera. Le han dado un golpe en la cabeza. He telefonado a Vollmer».

Entré en el despacho. Calculo que estuve fuera seis minutos solamente y Wolfe continuaba su monólogo, con trece pares de ojos clavados en él. Di la vuelta por la derecha, me acerqué a su mesa y le entregué la nota. Le echó una mirada, luego la consideró con más detenimiento, me miró a mí y sin apreciable cambio en su tono ni en sus maneras dijo:

—Señor Cramer, el señor Goodwin tiene que darle un recado a usted y al

señor Stebbins. ¿Quiere usted salir con él al vestíbulo?

Los dos se pusieron en pie. Mientras salíamos, Wolfe continuaba:

—La cuestión que se nos plantea es la credibilidad, desde el punto de vista de los antecedentes con que contamos...

Capítulo XIX

A las doce y media de la noche, me encontraba solo en mi alcoba, dos pisos más arriba, sentado en la silla vecina a la ventana, bebiendo un vaso de leche, o por lo menos sosteniéndolo en mi mano. Por importantes que sean los sucesos no suelen alborotarme; sin embargo, después de aquél me veía en la necesidad de recapacitar sobre mis ideas. O quizá sobre mis sentimientos. Acababa en aquel instante de echar una mirada al campo de operaciones y la

disposición de las fuerzas era la siguiente: Fritz estaba en la cocina preparando bocadillos y café y la señora Boone le ayudaba; siete de los invitados estaban desparramados por la habitación de la fachada, acompañados por dos policías de la Brigada de Homicidios. La reunión no tenía nada de cordial, ni siquiera en cuanto afectaba a Ed Erskine y Nina Boone, que estaban sentados en el mismo sofá; el teniente Rowcliffe y un subordinado suyo estaban en el dormitorio de recurso de mi mismo piso, conversando con Hattie Harding, y tomando nota de sus manifestaciones; el inspector Cramer, el sargento Stebbins y otros dos de los suyos estaban en el

comedor bombardeando a preguntas a Alger Kates. En el despacho Wolfe estaba sentado detrás de su mesa; el comisario de policía lo estaba tras la mía; el fiscal del distrito en el sillón de cuero rojo y Travis y Spero, del F.B.I., completaban el círculo. De allí tendría, que salir la alta estrategia, si es que llegaba a salir. En la cocina había otro policía, con la presumible intención de impedir que la señora Boone saltase por la ventana y de que Fritz espolvorease con arsénico los bocadillos. Había otros varios en los pasillos, en el subterráneo; en fin, en todas partes. Y aún otros que entraban y salían, trayendo noticias, recibiendo órdenes de Cramer o del

comisario o del fiscal del distrito.

Los periodistas habían logrado infiltrarse a través de las líneas, pero ahora volvían a estar al otro lado del umbral. En la calle seguían las luces supletorias que habían instalado y seguían deambulando por ella unos cuantos agentes, pero la mayoría de los especialistas de la policía, incluyendo los fotógrafos, se habían marchado ya. A pesar de ello, la muchedumbre, según yo podía ver por la ventana junto a la cual tenía la silla, iba creciendo por momentos. La casa estaba en un lugar céntrico y la noticia de aquella crisis espectacular en el caso Boone había alcanzado a la gente que salía de los

teatros y cines de Times Square. Aquella pequeña reunión que Wolfe le había encargado de preparar a Cramer se había engrosado mucho más de lo que se preveía.

En la acera se había encontrado un pedazo de tubería de un grosor de unos tres centímetros y unos cuarenta de largo. A Phoebe Gunther la habían golpeado con él en la cabeza cuatro veces. El doctor Vollmer certificó su muerte apenas llegó. La señorita Gunther se había producido también algunas erosiones al caer. Una de ellas, en la mejilla y la boca. Tales eran los resultados a que habían llegado los especialistas de la policía.

Llevaba sentado veinte minutos en la habitación, dedicado a estas meditaciones, cuando observé que no había ni una gota de leche, pero que tampoco se había derramado del vaso ni una partícula.

Capítulo XX

El hecho de que Wolfe y Cramer cooperasen en el esclarecimiento de un caso era realmente singular. Y no menos singular era que yo fuese la clave de él. En efecto, la suposición más admitida era que Phoebe había llegado a nuestra casa, había subido las escaleras de la puerta y que el asesino, o había venido con ella o se había aproximado a ella en el descansillo de la puerta y que la había golpeado antes de que llamase al timbre, haciéndola caer a la calle. Había bajado

luego a ésta y la había golpeado otras tres veces para asegurarse de su muerte, apoyando el cuerpo luego contra la puerta de hierro, donde nadie podía verle desde el descansillo sin abalanzarse y torcer el cuello; tampoco se le podía ver desde la acera por causa de la poca luz. Luego, como es natural, el asesino pudo haberse ido a casa y acostarse, pero se suponía que había vuelto a subir los peldaños, había llamado, yo le había abierto y me había hecho cargo de su sombrero y su abrigo.

Esta circunstancia me situaba a tres metros de Phoebe y su matador, y quizá aún a menos, en el momento en que ocurrió el crimen. Si por casualidad

hubiese corrido la cortina de detrás del cristal de la puerta, hubiese podido presenciarlo. También, según tal hipótesis, yo había saludado al asesino unos segundos después del crimen. Como convine con Wolfe y Cramer, yo había observado las caras de cada uno de los que llegaban para comprobar las reacciones que en ellas producía la tensión del momento. Por esta razón también había subido a mí alcoba; es decir, para evocar aquellas caras. Después de hacerlo, tuve que reconocer que, contra lo esperado, me veía incapaz de señalar cuál era el rostro, o los dos o tres rostros, que pertenecía con mayor probabilidad al hombre que un minuto

antes había machacado el cráneo de Phoebe. Al oírlo, Wolfe suspiró y Cramer gruñó como un león decepcionado, pero yo no podía hacer más.

Naturalmente, se me había pedido formular una lista de las llegadas por orden cronológico y los intervalos que mediaban entre ellas. Yo no había pulsado un reloj registrador cada vez que había entrado uno, pero pude asegurar que mi lista era bastante precisa. Todos habían venido individualmente. Se partía de la idea de que si dos de ellos habían venido con corto intervalo —digamos, con dos minutos de diferencia o menos— el que

venía delante podía estimarse como improbable. Pero no el que venía en segundo lugar, puesto que el asesino, al terminar el crimen y oír pasos o la proximidad de un taxi, podía haberse recogido contra la puerta, sumergida en la oscuridad, y esperar que el visitante hubiese subido los escalones y le hubiesen franqueado el paso y entonces subir él detrás inmediatamente y sonar el timbre. De todas maneras no había necesidad de realizar tal cálculo de precisión, puesto que, según recordaba, ninguno de los intervalos había sido inferior a tres minutos.

La situación dentro de la lista de orden no significaba nada, porque tanta

oportunidad habían tenido de cometer el crimen Hattie Harding, que había llegado la primera, como Nina Boone, que había venido la última.

Se había interrogado a todos los visitantes por lo menos una vez, cogiendo por separado a cada uno y era probable que este juego continuase durante toda la noche. A no ser por el microscopio, como luego se verá. En las preguntas que se hicieron no había posibilidad de coartada. Todos y cada uno de ellos habían puesto los pies a solas en el descansillo entre las 9,50 y las 10,40 y durante tal lapso de tiempo Phoebe Gunther había llegado a la puerta y había sido asesinada. La única

pregunta que cabía hacer en serio era: «¿Tocó usted el timbre tan pronto como llegó, o mató a Phoebe Gunther antes?» Si contestaban que no vieron a Phoebe Gunther, que llamaron y que el señor Goodwin les abrió la puerta, ¿qué más le podía preguntar? Si se sentía natural comezón de saber si cada uno llegó en coche, en taxi, a pie, ya no se sabía adonde se iba a parar.

He dicho antes que la suposición oficial era que el asesino había vuelto a subir la escalera y había entrado en la casa, pero debo dejar testimonio de otra de las hipótesis. La A.I.N. patrocinaba una explicación diversa, inspirada por Winterhoff, la cual constaba de tres

elementos. A saber:

1.º Él, Winterhoff, el hombre distinguido, llevaba en los zapatos unas suelas hechas de una composición tan silenciosa como la goma, y por tal razón producía muy poco ruido al andar.

2.º Winterhoff sentía repugnancia a tirar nada en la calle, ni siquiera una colilla de cigarrillo.

3.º Vivía en la East End Avenue. Su esposa e hijas usaban su coche y el chofer aquella noche. Si podía evitarlo, él nunca recurría a los taxis para precaverse contra la insolencia de los taxistas en esta época de carestía de tales vehículos. De esta suerte, cuando el teléfono le llamó para requerir su

presencia en la oficina de Wolfe, cogió el autobús de la segunda avenida hasta la Calle 35 y siguió el camino a pie.

Al acercarse a la casa de Wolfe desde el Este, con sus zapatos silenciosos, se detuvo a unos veinticinco metros de la puerta, porque el pitillo llegó a su término y observó que en la acera había un cenicero. Mató el cigarrillo en ella; estaba casi de espaldas a la acera cuando vio a un hombre salir de una verja en dirección contraria, hacia el río, con cierta presteza. Había continuado su camino hacia casa de Wolfe y observó que de ella debía de haber salido probablemente aquel hombre, pero no

llevó su examen hasta el punto de inclinarse por encima de la baranda de la escalera y mirar al cercado. Lo más que podía aclarar respecto de aquel hombre huidizo era que llevaba un traje oscuro y usado y que ni era un gigante ni un pigmeo.

Y, cosa curiosa, se había presentado una corroboración de esta teoría. Se enviaron dos policías a comprobar su veracidad. Volvieron al cabo de media hora y dieron cuenta de que en una verja que distaba exactamente veinticuatro pasos de la puerta de Wolfe había un cenicero. No sólo esto: En la parte superior de las cenizas había una colilla y su estado y ciertas tiznaduras en el

interior del cenicero hacían verosímil que la hubiesen apagado frotándola contra, el interior del recipiente. Además traían consigo la colilla.

Winterhoff no había mentido: Se había detenido a matar su pitillo en un cenicero y además había precisado exactamente las distancias. Desgraciadamente no era posible comprobar lo referente al fugitivo, porque en aquellas dos horas éste andaría ya muy lejos.

No puedo decir si Wolfe y Cramer dieron entero crédito a la historia; yo tampoco podía determinar si se lo concedía, porque desde el momento en que alumbré con mi lámpara el cadáver

de Phoebe me sentía trastornado. Cramer, al oír esta explicación que le transmitió Rowcliffe, después de interrogar a Winterhoff, se limitó a gruñir, mas quizá porque en aquel momento estaba pensando en otra cosa. En aquel instante, uno de los especialistas, no sé cuál de ellos, expresó la sugestión de valerse de un microscopio. Cramer la acogió en el acto: Dio orden de que Erskine y Dexter, que estaban sometidos a interrogatorio en otra dependencia, viniesen inmediatamente a la habitación de la fachada, se trasladó a ella en compañía de Purley y mía. Cramer se puso delante de los reunidos y después de llamar su

atención, cosa nada difícil, empezó a decir:

—Hagan ustedes el favor de escucharme atentamente, para percatarse de lo que pregunto. La prueba...

—¡Esto es una impertinencia! — saltó Breslow—. ¡Ya hemos contestado a toda clase de preguntas! Nos hemos dejado registrar y hemos dicho todo lo que sabemos...

—Póngase usted a su lado —le dijo Cramer a un policía— y si no se calla, hágale usted callar.

El agente se dirigió hacia él y Breslow cortó sus voces.

—Ya estoy harto de lamentaciones de inocentes ofendidos —continuó

Cramer con una rudeza y una furia como jamás las había visto en él—. Durante seis días les he venido tratando a ustedes con tantas consideraciones como si fueran niños de teta, porque ustedes son gente importante y tal, pero esto se ha terminado. De la muerte de Boone es posible que les considerara antes inocentes a todos ustedes, pero ahora ya sé que uno no lo es. Uno de ustedes mató a esa mujer y no es aventurado suponer que es el mismo que asesinó a Boone.

—Perdone, inspector —dijo Frank Thomas Erskine en tono seco—. Ha formulado usted una afirmación de la cual quizá tendrá que arrepentirse. ¿Qué me dice de ese hombre que el señor

Winterhoff ha visto...?

—Sí, ya he oído hablar de esto —respondió Cramer sin soltar prenda—. Por el momento me atengo a la manifestación que les he hecho, y les añadiré que el comisario de policía la confirma. Cuanto más trabas me pongan ustedes, tanto más tiempo perderemos aquí. Se ha dado cuenta a sus familias de dónde están ustedes y por qué. Uno de ustedes se imagina que me podrá hacer condenar a veinte años de cárcel, porque no le dejo telefonar a todos sus amigos y abogados. Pues bien, yo le digo que no telefonará. —Cramer hizo una mueca y preguntó—: ¿Comprenden ustedes la situación?

Nadie contestó.

—Ahora van a ver ustedes lo que he venido a decirles. El pedazo de cañería con que Phoebe Gunther fue asesinada ha sido examinado en busca de huellas digitales. No hemos encontrado ninguna apreciable. Se trata de un tubo viejo con la capa de galvanizado medio desprendida y tiene manchas de pintura y de otras materias más o menos extendidas por él. Imaginamos que cualquier persona que agarrase aquel tubo con la fuerza suficiente para hendir un cráneo debe de haber recogido partículas de pintura en las manos. No me refiero a manchas visibles, sino a partículas demasiado pequeñas para que

se las pueda distinguir a simple vista. No conseguirían ustedes desprenderse de ellas frotándose las manos en la ropa. Habrá que efectuar este examen con un microscopio. No quiero llevarles a todos al laboratorio y por ello he mandado que traigan un microscopio acá. Les solicito a ustedes que permitan este examen de sus manos, así contó de sus ropas y pañuelos.

—Oiga, Inspector —dijo la señora Boone—; yo me he lavado las manos. Fui a la cocina a ayudar a preparar bocadillos, y como es natural me lavé las manos.

—¡Lástima! —gruñó Cramer—; pero aun así podemos probar. Algunas

de las partículas pueden no haberse desprendido de las grietas de las manos ni siquiera con el lavado. Denle ustedes las respuestas afirmativas o negativas al sargento Stebbins, Yo estoy demasiado ocupado ahora.

Cramer salió de la habitación y volvió al comedor. En este punto me percaté de que me convenía un rato de meditación, fui al despacho y le anuncié a Wolfe que esta ría en mi habitación, por si me necesitaba. Permanecí en ella por espacio de media hora. El microscopio llegó a la una de la madrugada. Mientras tanto no habían dejado de ir y venir los coches de la policía y por mera coincidencia pude

ver, desde la ventana, que de uno de ellos salía un hombre con una gran caja. Me bebí la leche y bajé al piso inferior.

Capítulo XXI

No tenía necesidad alguna de haber bajado, porque en tal habitación fue donde se efectuó el examen de las manos. El especialista del microscopio requería un lugar tranquilo. En todas partes había bullicio, exceptuando la alcoba de Wolfe donde él se opuso a que entrase nadie. De esta suerte, los examinandos tuvieron todos que subir los dos pisos. El aparato, dotado de una luz especial, fue instalado en mi mesa. En la habitación estábamos cinco

personas: los dos especialistas, el policía que introducía y se llevaba a cada uno de los sujetos, el examinando de turno y yo, que estaba sentado en la esquina de la cama.

Mi permanencia en la alcoba se debía en parte a que me repugnaba ceder mi habitación a extraños y en parte a que, dentro de mi tozudez, me resistía a admitir mi incapacidad para recordar la cara del asesino de Phoebe. Por esta última razón hubiera apostado en favor de la teoría de Winterhoff del hombre vestido de oscuro y dado a la fuga. Sentía necesidad de volverles a mirar la cara a todos. Estaba persuadido de que al mirar derechamente al rostro del

asesino, me daría cuenta de que era él. Tal procedimiento, del cual no me habría atrevido a informar a Wolfe, era enteramente nuevo en la investigación criminal, pero yo me aferraba a él. Así, pues, me senté en la esquina de la cama y fui mirando fijamente a las caras, mientras los especialistas miraban a las manos.

La primera fue la de Nina Boone: pálida, cansada y nerviosa.

La segunda fue la de Don O'Neill: agraviado, impaciente y curioso. Los ojos inyectados en sangre.

La tercera, Hattie Harding: Inquieta y con los ojos mucho menos seguros que cuatro días atrás cuando la vi en su

despacho.

La cuarta, Winterhoff: distinguido, afectado y rígido.

La quinta, Erskine padre. Actitud de tensión y de determinación.

La sexta, Alger Kates. Afligido y propenso a llorar. Ojos hundidos.

La séptima, la señora Boone. Esforzada en mantenerse firme, pero moral y físicamente derrumbada.

La octava, Salomón Dexter. Bolsas grandes debajo de los ojos. Despreocupado; muy resuelto.

La novena, Breslow: labios apretados con ira y ojos de cerdo rabioso. Fue el único que me miró a mí en vez de hacerlo a su mano, mientras la

tenía sometida a la luz y a las lentes.

La décima, Ed Erskine: sarcástico, escéptico y libre de la jaqueca.

Los especialistas, durante el examen, no se habían entregado a ninguna exclamación de complacencia ni de sorpresa, y yo tampoco tuve ocasión de hacerlo en mi investigación particular. Sus únicas palabras habían sido para dirigirse a los examinandos, diciéndoles que se estuviesen quietos e indicándoles la posición adecuada y había intercambiado breves comentarios en voz baja. Cuando el último, Ed Erskine, fue llevado fuera de la alcoba, les pregunté:

—¿Había jabón?

—Le daremos cuenta sólo al inspector —dijo uno de ellos con bastante rudeza.

—Debe de ser magnífico —respondí yo— esto de estar en posesión de los secretos de la policía. ¿Por qué se figuran que Cramer me ha dejado subir y estar sentado aquí? ¿Para que no me enterase de nada?

—No cabe duda —respondió el otro — de que el inspector le enterará de nuestros hallazgos. Baja y dile lo que hemos encontrado, Philips.

Yo empezaba a sentirme inquieto, y por ello, dejando mí alcoba a su suerte, bajé con Philips. Me causó singular impresión el ver a toda aquella gente

extraña andorrear por la casa como si fuese suya. Calculé el efecto que ello le produciría a Wolfe. Philips corrió hacia el comedor, pero Cramer no estaba allí y yo le guíé al despacho. Wolfe estaba sentado ante su mesa acompañado del comisario, del fiscal del distrito y de los agentes del F.B.I. Todos estaban mirando a Cramer que les hablaba. Se interrumpió al ver llegar a Philips.

—¿Qué?

—El examen microscópico de las manos ha resultado negativo, inspector —dijo él.

—Dígale a Stebbins que coja los guantes y los pañuelos de todo el mundo y que se los dé a usted, incluyendo los

bolsos de las señoras. Dígale que lo recoja todo. También el contenido de los bolsillos de los gabanes. No, mejor es que le manden los gabanes y los sombreros y que sea usted quien examine su contenido. Por el amor de Dios, no mezcle nada.

—Sí, señor —asintió Philips dando la vuelta y marchándose.

Como no creí que sacase nada en claro de contemplar los rostros, los pañuelos y los guantes, me dirigí al comisario de policía y le dije:

—Si no le molesta, le diré que ésta es mi silla.

Me miró sorprendido, abrió la boca, la volvió a cerrar y se trasladó a otra

silla. Me senté donde me correspondía. Cramer estaba diciendo:

—Pueden ustedes hacerlo si creen que les va a salir bien, pero ya conocen ustedes las leyes. Nuestra jurisdicción se extiende a la residencia del muerto, supuesto que ésta sea el lugar del crimen, pero nada más. Podemos...

—La ley no dice esto —dijo el fiscal.

—Querrá usted decir que no lo dice categóricamente, pero es una costumbre aceptada y vale en los Tribunales, lo cual la convierte en Ley para mí. Querían ustedes mi opinión y aquí la tienen. No quiero hacerme responsable de la ocupación continuada del piso

donde residía la señorita Gunther, y menos aun por parte de mis hombres, de los que no puedo prescindir. El arrendatario del piso es Kates. En él han estado trabajando tres buenos investigadores durante hora y media, y no han encontrado nada. No tengo inconveniente en que se queden allí toda la noche; o por lo menos hasta que soltemos a Kates, pero es usted —dijo mirando al comisario de policía— o usted —Añadió dirigiéndose al fiscal del distrito— quien ha de dar la orden de que continúe la ocupación del piso y de que Kates se quede en la calle.

—Yo me pronunciaría en contra de esto —dijo Travis, del F.B.I.

—Tenga usted presente —respondió secamente el fiscal— que éste es un asunto local.

A partir de este punto continuaron en su debate. Yo empecé a darme golpecitos en la pierna izquierda con el pie derecho y viceversa. Wolfe estaba arrellanado en su silla con los ojos cerrados y me satisfizo observar que su opinión acerca de la alta estrategia que estábamos desarrollando era la misma que la mía. ¡El comisario de policía, el fiscal del distrito y el F.B.I., sin mencionar al jefe de la brigada de homicidios, ocupados en discutir dónde dormiría Alger Kates! Estaba pensando en meter baza en la conversación para

acabarla de enmarañar, cuando sonó el teléfono.

Era una llamada de Washington para Travis y acudió a mi mesa para ponerse al aparato. Los demás dejaron de hablar y se pusieron a mirarle. El no hacía otra cosa que escuchar. Cuando hubo terminado, colgó el teléfono y se volvió para anunciar:

—La noticia tiene alguna relación con lo que venimos hablando. Nuestros hombres y los de la policía de Washington han terminado el registro del piso de la señorita Gunther en la capital. En una sombrerera puesta en un armario de pared han encontrado nueve cilindros de «Stenophone»...

—¡Maldición! —saltó Wolfe—.

¿Nueve?

Todos se quedaron mirándole.

—Nueve —dijo secamente Travis, evidentemente molesto porque Wolfe le robase la escena—. Nueve cilindros de «Stenophone». Los de la policía estaban acompañados de un funcionario de la O.R.P. y ahora se encuentran en esta oficina pasándolos y copiándolos. —Y mirando fríamente a Wolfe, preguntó—: ¿Qué tiene de malo el que haya nueve?

—Para usted, por lo visto, nada. Para mí es igual que sean nueve o ninguno. Necesito diez.

—¡Qué lástima! Perdone usted. La próxima vez les diré que encuentren

diez. —Y después de hacer polvo a Wolfe, se volvió a los demás y les dijo —: Volverán a llamar en cuanto encuentren alguna información útil para nosotros.

—Entonces no llamarán nunca — declaró Wolfe y volvió a cerrar los ojos y a inhibirse de la conversación.

No cabía dudar de que se encontraba de mal humor y los motivos eran evidentes. Habría bastado ya para ello la intolerable insolencia de cometer un asesinato en su puerta. Pero además su casa estaba llena de arriba abajo de huéspedes no invitados y él se sentía absolutamente impotente contra ellos. Aquella situación no podía ser más

opuesta a su sistema, a sus ideas y a su personalidad. Dándome cuenta de que se encontraba de mal talante y de que le convenía continuar allí para informarse poco o mucho de lo que ocurriera, supuesto que tenía cierto interés en el desenlace, fui a la cocina a buscar cerveza para él.

En la cocina estaba Fritz con una docena de policías que tomaban café. Les dije:

—No es frecuente que los miembros de las clases menos dotadas tengan ocasión de tomar café preparado por Fritz Brenner.

—¡Vaya, ya está aquí el caballero Goodwin! —gritó uno—. Vamos a reír...

¡Una, dos y tres!

Mientras estallaban las carcajadas, dispuse seis botellas y otros tantos vasos en una bandeja y salí seguido de Fritz. Fritz cerró la puerta de la cocina, me cogió de la manga y dijo:

—Archie, es terrible. Quiero decir que esto debe de ser terrible para usted. El señor Wolfe me dijo esta mañana, cuando le subí el desayuno, que se había enamorado usted apasionadamente de la señorita Gunther y que ella le traía cogido de la nariz. Era una señorita muy hermosa, muy hermosa. Es terrible eso que ha sucedido.

—¡Váyase al demonio! —respondí. Di un paso hacia delante, y luego añadí

—: Le ocupará a usted una semana el limpiar la casa.

En el despacho estaban todos en la misma disposición que cuando lea dejé. Serví la cerveza, dejando tres botellas para Wolfe, y volví a la cocina y cogí para mí un emparedado y un vaso de leche y regresé con ellos a mi mesa. El consejo de estrategias continuaba su curso y Wolfe seguía en su actitud distante a pesar de la cerveza. El bocadillo me abrió el apetito y volví a coger dos más de la cocina.

Las deliberaciones del Consejo se veían entorpecidas por continuas interrupciones, tanto telefónicas como personales. Una de las llamadas fue

desde Washington para Travis, y cuando hubo terminado de escucharla su cara no mostraba la menor expresión triunfal. Después de haber escuchado los nueve cilindros, no aparecía en ellos ningún punto de apoyo para nosotros. Era evidente que Boone los había dictado en Washington el martes por la tarde, pero no lo era tanto que pudiesen prestarnos ayuda alguna para descubrir al asesino. La O.R.P. de Washington trataba de retener la copia de los cilindros, pero el F.B.I. le prometió a Travis que le mandaría un ejemplar, y él convino en dejársela examinar a Cramer.

—De esta manera —exclamó Travis, agresivo— queda demostrado que la

señorita Gunther nos mentía a este respecto. Los retuvo en su poder durante todo este tiempo.

—¡Nueve! —gruñó Wolfe—. ¡Bah!

Esta fue su única aportación al debate de los cilindros.

Eran las tres y cinco de la madrugada del martes cuando el especialista Philips entró en la oficina con unos objetos en la mano. En la derecha traía un gabán y en la izquierda, una bufanda de seda. Su cara demostraba palmariamente que había descubierto algo, porque en definitiva también un nombre de ciencia es capaz de tener sentimientos. Nos miró a Wolfe y a mí y preguntó:

—¿Quiere usted que le dé el informe aquí, inspector?

—Diga, ¿qué pasa? —dijo impaciente Cramer.

—Esta bufanda estaba en el bolsillo de la derecha del gabán. Estaba doblada de la misma manera que lo está ahora. Al desdoblar uno de los pliegues quedan abiertos unos sesenta centímetros cuadrados de su superficie. En esta superficie hay quince o veinte partículas de una materia que en nuestra opinión procede de aquella pieza de tubo. Tal es nuestra opinión... Las pruebas de laboratorio...

—Cierto —dijo Cramer con los ojos brillantes—. Pueden ustedes seguir

experimentando hasta el desayuno. Han traído ustedes un microscopio y ya saben ustedes lo que quiero. ¿Hay bastante para proceder?

—Sí, señor... Nos aseguramos antes...

—¿De quién es ese gabán?

—La etiqueta dice Alger Kates.

—Sí —confirmé—, es el abrigo de Kates.

Capítulo XXII

Como aquélla reunión era un Consejo de estrategias, se abstuvieron muy bien de enviar a buscar en el acto a Kates. Primero tenían que decidir qué estrategia adoptarían, si rodearle y sorprenderle, o hacerle resbalar suavemente hacia la confesión. Lo que en realidad tenían que decidir es quién se encargaría del trabajo, y el método dependía primordialmente de ello. La cuestión estribaba, como siempre cuando se cuenta con una pieza de

convicción de semejante categoría, en ver qué empleo puede dársele para abrumar al acusado y provocar su contestón. Apenas habían empezado a discutirlo cuando Travis intervino:

—Con tantas autoridades reunidas y encontrándome yo sin carácter oficial aquí, dudo de hacer una proposición...

—¿De qué se trata? —preguntó secamente el fiscal del distrito.

—Querría señalar como persona más apropiada al señor Wolfe. Le he visto actuar y reconozco sin ambages que es muy superior a mí en tales menesteres.

—Conforme —dijo Cramer al punto. Los otros dos se miraron uno a otro.

Como ni les satisfacía el objeto que estaban mirando ni la indicación de Travis, se quedaron callados ambos.

—De acuerdo —dijo Cramer—; vamos a proceder. ¿Dónde quiere usted el gabán y la corbata, Wolfe? ¿A la vista?

Wolfe entreabrió los ojos.

—¿Cómo se llama este caballero?

—Philips. Señor Wolfe, el señor Philips.

—Mucho gusto, señor Philips. Déle el gabán al señor Goodwin. Archie, póngale entre los almohadones del diván. Déme la corbata, haga el favor.

Philips me entregó el gabán sin vacilar, pero en este punto se detuvo.

—Señor Cramer —dijo—, esta prueba es muy importante... si estas partículas se desprenden frotándolas...

—Déselo —dijo Cramer.

Philips se resistía a ello, pero obedeció, con la repugnancia de la madre que tiene que entregar a un hijo recién nacido.

—Gracias, señor Philips —dijo Wolfe—. Bien, señor Cramer; háganle pasar.

Cramer salió llevando consigo a Philips. Al cabo de un momento volvió sin Philips y con Alger Kates. Todos pusimos la mirada en Kates cuando cruzó el despacho y fue a sentarse en la silla indicada por Cramer, que era la

que estaba delante de Wolfe. Ello no produjo en él el menor desconcierto. Me miró, como lo había hecho en mi alcoba, dándome la impresión de que en cualquier instante iba a romper a llorar, pero no advertí indicio alguno de que lo hubiera hecho antes. Después de haberse sentado, yo no le veía más que el perfil.

—Apenas nos hemos hablado usted y yo, señor Kates, ¿verdad? —comenzó Wolfe.

Kates se humedeció los labios con la lengua y empezó a decir...

—Para mí ha sido lo bastante... —Y como su delgada voz iba a romperse en un gallo, se detuvo un segundo y repitió —: Para mí ha habido ya bastante.

—Pero, mi querido señor Kates — dijo Wolfe con amable reproche—, no creo que hayamos cruzado una sola palabra...

—¿No? —dijo Kates sin intimidarse.

—No, señor. Y lo malo del caso es que yo no pueda asegurar con sinceridad que su actitud no me es simpática. Si yo me viera en su situación, inocente o no que yo fuera, me produciría exactamente igual. No me gusta que la gente me abrume a preguntas y de hecho he de decir que no puedo tolerarlo. Debo decir, a propósito, que en este momento me encuentro revestido de una personalidad oficial, porque estos

caballeros han delegado en mí su autoridad para hablar con usted. Como sin duda usted no ignora, ello no significa que esté usted obligado a sufrir el interrogatorio. Si intentase usted salir de esta casa antes de que se le autorice para ello, sería usted detenido como testigo material que es usted y qué sé yo dónde le llevarían. Pero a usted no puede obligársele a tomar parte en una conversación contra su voluntad. ¿Qué le parece a usted? ¿Podemos hablar?

—Le escucho —dijo Kates.

—Ya lo sé. Y ¿por qué?

—Porque si no lo hiciera, se deduciría que yo estoy atemorizado y de esto se deduciría a su vez que soy

culpable y trato de esconder algo.

—Perfecto. Veo que nos entendemos —dijo Wolfe en un tono que parecía indicar que acababa de recibir una merced especial.

Con un movimiento natural sacó la bufanda que había tenido en la mano oculta debajo del borde de la mesa y la puso sobre el papel secante de la carpeta. Luego inclinó la cabeza hacia Kates como si pensase por dónde empezar. Desde donde yo estaba sentado, al ver solamente el perfil de Kates, no podía asegurar si miró siquiera a la bufanda. Desde luego, ni palideció ni dio muestras de temblor o de encogimiento de las manos.

—En las dos ocasiones —dijo Wolfe— en que el señor Goodwin fue al piso de la Calle 55 a ver a la señorita Gunther, estaba usted allí. ¿Era usted amigo íntimo de ella?

—Amigo íntimo, no. Durante los últimos seis meses, dado que yo realizaba un trabajo de investigación confidencial bajo las órdenes directas de Boone, la he visto con frecuencia por motivos relacionados con mi tarea.

—A pesar de ello, la señorita Gunther vivía en el piso de usted.

Kates miró a Cramer y respondió:

—Me han preguntado ustedes esto una docena de veces.

—¡Así es el mundo, amigo! —dijo

Cramer—. Esta será la decimotercera.

—La actual escasez de viviendas —respondió Kates mirando a Wolfe— hace difícil, y a veces imposible, encontrar habitación en un hotel. La señorita Gunther podía haberse valido de su posición y de sus relaciones para acomodarse en un hotel, pero ello va contra las normas de la O.R.P. y por lo mismo a ella no le gustaba. Yo disponía de una cama en el piso de un amigo y mi mujer estaba fuera. Le ofrecí usar de mi piso a la señorita Gunther cuando veníamos en avión desde Washington y aceptó mi oferta.

—¿No había vivido antes en él?

—No.

—Usted la había visto con frecuencia durante estos seis meses. ¿Que pensaba usted de ella?

—La tenía en muy buena opinión.

—¿La admiraba usted?

—Sí, como colega.

—¿Vestía bien?

—No me fijé de una manera especial... No, miento... Si creen ustedes que esta pregunta tiene importancia y quieren ustedes contestaciones completas y veraces, les diré que considerando el aspecto impresionante y su voluptuosa figura, opinaba que vestía muy bien para su posición.

No pude por menos de pensar que si Phoebe hubiese estado presente le

habría dicho que hablaba como un personaje de novela antigua.

—Luego —indicó Wolfe— se fijaba usted en su vestir. En tal caso, ¿cuándo fue la última vez que la vio usted llevar esta bufanda?

Kates se inclinó hacia delante para mirarla.

—No recuerdo haberla visto con ella nunca. Nunca.

—Es raro —dijo Wolfe frunciendo el ceño—. La pregunta es importante, señor Kates. ¿Está usted seguro de lo que dice?

—Déjemela mirar —repitió Kates volviendo a inclinarse y echando una mano hacia ella.

—No —dijo Wolfe adelantando la suya—. Esta pieza será exhibida en el proceso y por ello no debe ser manejada a la buena de Dios.

Mi jefe extendió un brazo para mirar más cerca a Kates. Este fijó sus ojos en los de Wolfe por un momento y luego se echó hacia atrás y movió negativamente la cabeza.

—No la he visto nunca —manifestó —, ni usada por la señorita Gunther ni por ninguna otra persona.

—Es decepcionante —dijo Wolfe—. De todas maneras, las posibilidades no se agotan aquí. Podría usted haberla visto antes y no identificarla ahora, porque anteriormente hubiera usted visto

con poca luz; digamos, por ejemplo, en el descansillo de mi escalera por la noche. Y le sugiero que considere usted esta idea, porque prendidas en esta bufanda hay diversas partículas diminutas procedentes del pedazo de tubo que demuestran que esta prenda fue empleada como protección al agarrar el tubo; y se lo digo también porque la bufanda ha sido encontrada en el bolsillo de su gabán.

—¿El gabán de quién?

—El de usted. Tráigalo, Archie.

Fui a buscarlo y me puse al lado de Kates sosteniendo el abrigo por el cuello y de forma que colgase en toda su longitud. Wolfe preguntó:

—¿Este es su gabán, no es así?

Kates se sentó y miró. Luego se puso en pie de un salto, se volvió de espaldas a Wolfe y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Señor Dexter, señor Dexter!
¡Venga usted en seguida!

—Cállese —dijo Cramer cogiéndole del brazo—. ¡Basta de gritos! ¿Para qué quiere usted a Dexter?

—Háganle venir. Si quieren que deje de gritar, tráiganle acá —dijo Kates con voz temblorosa—. Ya le dije a él que ocurriría algo así. Le aconsejé a Phoebe que no entrase en tratos con Nero Wolfe. Le dije que no viniese esta noche...

—¿Cuándo le dijo usted que no viniese esta noche? —saltó Cramer.

Kates no contestó. Se dio cuenta de que le tenían cogido del brazo, miró a la mano con que Cramer le prendía y dijo:

—Suélteme, suélteme le digo.

Cramer lo hizo así. Cramer se dirigió a una silla que había al otro lado del despacho y se sentó apoyando el mentón en la mano. Su actitud quería indicar que rompía las relaciones con nosotros.

—Por sí le interesa —le dije yo a Cramer— le diré que yo estaba en este despacho cuando Rowcliffe le interrogó. Kates dijo que se encontraba en el piso de su amigo, en la calle 11, donde reside, y la señorita Gunther le telefoneó para decir que la acababan de informar

de que tenía que personarse aquí y quería saber si a él se lo habían dicho también. Él dijo que sí, pero que no vendría y trató de convencerla de que no viniese tampoco. Cuando la señorita Gunther dijo que obedecería, él dijo que lo haría también. Ya sé que está usted ocupado, pero si no lee usted los informes que le dan, se pegará muchos patinazos. Y si quiere usted que le dé mi opinión gratis, le diré que ésta no es la bufanda de la señorita Gunther, porque no es del estilo de su indumentaria. Ella jamás se hubiera puesto esta prenda. Y además tampoco pertenece a Kates. Mírele: traje gris, gabán gris, sombrero gris. No le he visto nunca de otro color

que de gris, y sí él quisiese continuar hablándonos podría usted preguntárselo.

Cramer corrió a la puerta que comunicaba con la habitación de la fachada, la abrió bruscamente y gritó:

—¡Stebbins, venga acá!

Purley vino en seguida y Cramer le dijo:

—Llévese a Kates al comedor. Traiga a los demás acá uno por uno, y a medida que terminemos con ellos, sáquelos al comedor.

Purley se fue con Kates, quien no demostraba ningún displacer por salir del despacho. Al instante entró un agente con la señora Boone. No le dijeron que se sentase. Cramer se enfrentó con ella

en medio de la habitación, sacó la bufanda, le dijo que la mirase bien, pero que no la tocase y luego le preguntó si la había visto antes. Dijo que no, y aquí acabó la cosa. La sacaron del despacho y entró Frank Thomas Erskine, con quien se repitió el juego. Recogimos otras cuatro negativas y entonces le tocó el turno a Winterhoff.

Con él, Cramer no tuvo necesidad de terminar la pregunta.

—¿De dónde han sacado esto? — preguntó Winterhoff yendo a coger la bufanda—, ¡si es mi bufanda!

—¡Oh! —exclamó Cramer dirigiéndose hacia él—, Esto es lo que queríamos averiguar. ¿La llevaba usted

esta noche o la tenía en el bolsillo?

—Ni una cosa ni la otra. No la tenía. Esta es la bufanda que me robaron la semana pasada.

—¿Cuándo de la semana pasada y dónde?

—Aquí mismo. Cuando estuve aquí el viernes por la noche.

—¿Aquí, en casa de Wolfe?

—Sí.

—¿La trajo usted acá?

—Sí.

—Cuando descubrió usted que había desaparecido, ¿quién le ayudó a buscarla? ¿A quién se quejó usted de su pérdida?

—No hice tal cosa... Pero ¿por qué?

¿Quién la tenía? ¿Dónde la han encontrado ustedes?

—Se lo explicaré al punto. Ahora soy yo quien pregunta: ¿A quién se quejó usted de su desaparición?

—A nadie. No me di cuenta de su falta hasta que llegué a casa.

—¿No hizo usted mención de ello a nadie?

—Aquí no. No sabía que me la hubiesen quitado. Debo de habérselo dicho a mi mujer. Claro, así fue, ahora me acuerdo. Pero...

—¿Telefoneó usted al día siguiente para preguntar por ella?

—No. ¿Por qué tenía que hacerlo? Tengo dos docenas de ellas. E insisto en

que...

—Conforme, insista en lo que quiera —dijo Cramer calmoso, pero ásperamente—. Puesto que esta es su bufanda y que se le ha interrogado acerca de ella, es justo informarle de que existen buenas pruebas de que con ella fue envuelta la tubería con la que mataron a la señorita Gunther. ¿Tiene algún comentario que hacer?

Winterhoff tenía la cara húmeda de sudor, pero también la había tenido antes en mi habitación cuando le examinaban las manos. Es interesante hacer constar que el sudor no menoscababa su distinción, pero sí redundaba en demérito de ésta el que balbuceara,

como ahora lo hacía. Cuando logró articular palabra, dijo:

—¿Qué pruebas son éstas?

—Partículas de la tubería que hemos encontrado en esta prenda. Muchas. Forman una mancha.

—¿Dónde la han encontrado?

—En el bolsillo de un gabán.

—¿De quién?

Cramer movió negativamente la cabeza.

—No hay motivo para revelárselo. Celebraría que no divulgase usted este interrogatorio, pero claro, lo hará usted igual. —Y volviéndose hacia el policía dijo—: Llévele al comedor y dígame a Stebbins que no traiga a nadie más.

Winterhoff quería decir aún algo, pero le sacaron afuera. Cuando la puerta se cerró tras él, Cramer se sentó, se puso las palmas de las manos en las rodillas, inspiró aire y lo expulsó ruidosamente.

Capítulo XXIII

Se produjo un prolongado silencio. Miré al reloj: Eran las cuatro menos dos minutos. Miré al de mi pulsera. Marcaba las cuatro menos uno. A pesar de la discrepancia, me pareció prudente deducir que faltaba poco para las cuatro. A través de las cerradas puertas del vestíbulo y de la habitación de la fachada nos llegaban leves ruidos, que bastaban para hacernos presente que el silencio no lograba detener el curso del tiempo. Parecía que cada uno de

aquellos rumores nos dijese: «Vamos, dense prisa, se hace tarde, aclaren las cosas.» El ambiente del despacho me pareció tan desesperanzado como desesperanzador.

—En fin —dije alegremente, deseoso de prestarle cierto optimismo —, parece que hemos dado un gran paso. Hemos eliminado al hombre fugitivo de Winterhoff.

Esta observación no animó a nadie, lo cual me demostró lo patético de nuestra situación. Todo lo que ocurrió fue que el fiscal del distrito me mirase con una expresión que parecía indicar que yo tenía cara de no haberle votado en las elecciones.

—Winterhoff miente como un bellaco —dijo el comisario de policía—. No vio a nadie que saliese corriendo de esta casa. Se lo inventó de arriba abajo.

—¡Por todos los santos, tengan presente que no perseguimos a un embustero, sino a un asesino! —exclamó el fiscal.

—Querría irme a la cama —susurró Wolfe—. Son las cuatro y estarán ustedes aturdidos.

—Claro que lo estamos —respondió Cramer—. Lo dice usted de una manera que da a entender que usted no lo está.

—¿Yo? No, señor Cramer. No, por cierto. Pero me siento soñoliento y

cansado.

Este debate hubiera acabado violentamente, si no se hubiese producido una interrupción. Llamaron a la puerta y entró un policía, que se acercó a Cramer y le dijo:

—Hemos conseguido encontrar a otros dos taxistas, los que trajeron a la señora Boone y O'Neill. Pensé que quizá querría usted verles, inspector,... Uno se llama...

Se paró en seco al ver la cara que ponía Cramer.

—Y ¿se cree usted que le van a conceder un ascenso por esto? ¡Váyase y cuénteselo a otro esto de los taxistas! ¡Taxistas!...

El policía puso cara de decepción y se fue.

—Tendremos que dejarles libres — dijo el comisario de policía.

—Sí, señor —convino Cramer—. Ya sé que estamos en este caso. Tráigales acá, Archie.

El hecho de que Cramer me llamase Archie daba idea de su situación moral; mientras me dirigía a obedecer su encargo, traté de recordar alguna otra ocasión en que me hubiera llamado así, y no la encontré. Claro está que cuando hubiera dormido un poco y se hubiera dado una ducha, tendría un concepto diferente de mí, pero archivé el dato para recordarle en el momento oportuno

que me había llamado Archie. Mientras me dedicaba a estas cavilaciones, Purley y yo hicimos entrar a todos los que estaban en la habitación de la fachada y en el comedor.

El consejo de estrategias se había puesto en pie y se había reunido en un extremo de la mesa de Wolfe. Los recién entrados se sentaron. Los policías se desparramaron por la habitación, eran cosa de una docena, y adoptaron una actitud de vigilancia tan inteligente como lo permitían los resultados de la investigación, para lucirse ante los ojos de su gran jefe, el comisario.

Cramer, dirigiéndose a ellos, dijo:

—Vamos a dejarles ir a sus casas.

Pero antes de que salgan ustedes, quiero exponerles la situación; El examen microscópico de las manos no ha revelado nada, pero en otro campo de observación sí ha dado resultado. En una bufanda que había en el bolsillo de uno de los gabanes de ustedes hemos encontrado partículas del tubo. La bufanda fue empleada indudablemente por el asesino para evitar el contacto de la mano con él. Por todo ello...

—¿De quién es el gabán? —saltó Breslow.

—No les diré de quién es el gabán ni de quién la bufanda —dijo Cramer moviendo negativamente la cabeza—, y me parece que será mejor que sus

dueños tampoco lo divulguen, porque ello trascendería a los periódicos y ya saben ustedes...

—No, no es esto —dijo con su voz aflautada Kates—. Querrá usted decir porque ello conviene a los planes de usted y a los de Nero Wolfe, y a los de la A.I.N., pero no conseguirán ustedes burlarme. ¡Era mi abrigo! Y la bufanda no la he visto antes jamás. Esta es la más infame...

—Basta, Kates —dijo rudamente Salomón Dexter.

—Bien está —cortó Cramer sin que su voz sonase a disgusto—. La encontramos en el gabán del señor Kates, y dice que jamás vio la bufanda

antes...

—La bufanda —interrumpió Winterhoff, con voz más gruesa y más grave que nunca— me pertenece a mí. Me fue robada del sobretodo en esta casa en la noche del último viernes. No la había visto desde entonces hasta que me la enseñaron ustedes aquí. Dado que han tolerado ustedes que Kates formulase insinuaciones acerca de los planes de la A.I.N...

—No, basta —dijo Cramer secamente—. No me interesan las insinuaciones. Si quieren ustedes discutir, pueden alquilar cualquier sala y entregarse a ello libremente. Lo que quiero decirles es lo siguiente: Hace

unas horas yo dije que alguno de ustedes había matado a la señorita Gunther y el señor Erskine opuso objeciones. Ahora ya no queda fundamento para objeción alguna, ni duda de ello. Podríamos detenerles a todos y encerrarles como testigos personales, pero siendo ustedes quienes son, al cabo de unas horas estarían ya bajo fianza. Así, pues, les dejaremos ir a casa, incluyendo al autor del asesinato cometido aquí esta noche, porque no sabemos quién es. Nos proponemos encontrarle. Mientras no lo consigamos, cabe que se les convoque a ustedes a cualquier hora del día o de la noche. No saldrán ustedes de esta ciudad, ni siquiera una hora, sin

permiso. Sus movimientos podrán ser observados. Estamos decididos a llevar adelante este sistema, tanto si protestan ustedes como si no. Los coches de la policía les llevarán a casa. Pueden ustedes irse, pero antes oigan una última palabra: No desistimos de nuestra empresa. Sé que la situación es molesta para todos ustedes, y seguirá siéndolo hasta que encontremos al asesino. Así, pues, si saben ustedes algo que nos ayude a ello, la peor falta que podrán cometer es ocultárnoslo. Si lo saben, quédense y díganoslo. El comisario de policía y el fiscal del distrito estamos aquí dispuestos a charlar con cualquiera de ustedes.

La invitación no fue aceptada, o por lo menos no lo fue en los términos propuestos. La familia Erskine deseaba cambiar impresiones con el fiscal del distrito; Winterhoff quería hacerle una observación al comisario; la señora Boone habló aparte con Travis, del F.B.I., a quien por lo visto conocía; Breslow tenía algo que decirle a Wolfe y Dexter empezó a hacerle preguntas a Cramer. Pero a poco hubieron terminado todos y se marcharon sin que pareciese que se había producido aportación útil alguna a la causa.

Wolfe se puso en pie y Cramer, por el contrario, se sentó:

—Váyanse a acostar, si quieren —

dijo amargamente. —Pero yo me quedaré a hablar con Goodwin. Quiero saber quién, además de Kates, tuvo ocasión de poner esta bufanda en el gabán.

—¡Qué tontería! —dijo Wolfe—. Esta medida podría ser necesaria con otra clase de persona, pero el señor Goodwin está adiestrado; es competente, es de fiar y de moderada inteligencia. Si pudiera prestar alguna ayuda, lo hubiera hecho ya. Hágale una simple pregunta, o, mejor dicho, se la haré yo: Archie, ¿sospecha usted de alguien que pusiera la bufanda en el gabán, o puede usted eliminar a alguno totalmente como persona incapaz de

haberlo hecho?

—No, señor, a ambas preguntas. Lo he pensado bien y largamente. Estuve entrando y saliendo a medida que llamaban a la puerta y ellos iban y venían también libremente. Lo malo es que la puerta de la habitación de la fachada está abierta así como la puerta del vestíbulo.

—¿Cómo hubiera contestado usted si hubiera estado a solas con Wolfe? —preguntó Cramer maliciosamente.

—Si éste es su parecer —dije— puede usted prescindir de mi respuesta y emplear la tortura. Le advierto que soy especialmente resistente al tormento al amanecer, que es el caso en que nos

encontramos. ¿Cómo conseguiría usted arrancarme la verdad?

—Vamos a dormir —dijo Spero, del F.B.I., y todos se adhirieron a su parecer.

Se entretuvieron aún empaquetando en una caja la bufanda, como si hubiera sido una pieza de museo (y por cierto que lo es, en realidad) y recogiendo papeles y objetos diversos. De esta suerte, se hicieron las cinco antes de que saliesen.

Volvíamos a ser dueños de la casa. Wolfe se dirigió al ascensor. Yo quise hacer aún una ronda para ver lo que faltaba y asegurarme de que no había policías durmiendo por debajo de los

muebles.

—¿Instrucciones para mañana, señor? —le dije a Wolfe.

—Sí, déjeme a solas —respondió.

Capítulo XXIV

A partir de este momento tuve la sensación de encontrarme al margen de los acontecimientos. El que Wolfe me haga revelaciones o no, no depende nunca del curso de los hechos, sino de las comidas, de la clase de camisa o corbata que yo lleve, del lustre de mis zapatos y de otros pormenores de la misma cuantía. No le gustan los colores abigarrados y menos el púrpura. En cierta ocasión, Lily Rowan me regaló una docena de camisas con unas franjas

de diversos colores y matices. Aconteció que me puse la de color púrpura el día que comenzamos a trabajar en el caso Chesterton-Best, aquel del tipo que robó en su propia casa y le pegó un tiro a un huésped en la tripa. Wolfe dirigió una mirada a la camisa e inmediatamente me retiró la palabra. Estuve llevando a propósito la camisa durante una semana, y no me enteré de cómo iba el caso hasta que Wolfe lo hubo resuelto del todo. Y aun así tuve que averiguar la mayoría de los detalles a través de los periódicos y de Dora Chesterton, con quien había establecido cierta relación. Dora era una mujer que... Bueno, no, mejor será que

lo cuente en mis memorias íntimas.

La sensación que tenía yo de estar descartado del asunto tenía su fundamento real. El martes por la mañana Wolfe desayunó a la hora acostumbrada, lo cual deduje del hecho de que Fritz cogió la bandeja, la llenó, se la subió a las ocho y la bajó vacía a las nueve menos diez. En ella había una nota que me encargaba mandar a Saúl Panzer y a Bill Gore, cuando telefoneasen, que se presentasen en el despacho a las once a dar parte de sus trabajos, y que me ocupase también en que Del Bascom, director de la agencia de detectives Bascom, estuviese presente igualmente. Cuando él bajó de

los invernaderos estaban todos esperándole y él me sacó de la habitación. Me mandó a la azotea a ayudar a Teodoro en los cruzamientos de polen de las plantas. Cuando volví a bajar a la hora del desayuno, Wolfe me dijo que los sobres que le llegasen de Bascom tenían que entregársele sin abrir.

—¡Ah! —dije—. ¿Informes?
¿Operaciones importantes?

—Sí —respondió haciendo una mueca—. Veinte personas. Con una de ellas que acierte ya habrá bastante.

Esto costó otros quinientos dólares diarios. A este paso la cuenta de la A.I.N. no duraría mucho.

—¿Quiere usted qué me traslade a un hotel? —le dije—. Así no habrá lugar a que no oiga nada impropio de mis orejas.

No se molestó en contestar; jamás se dejaba inquietar antes de las comidas si podía evitarlo.

Como es natural, yo no podía quedar fuera de juego, por raro que fuese el humor que le había asaltado, y es que yo había estado entre los presentes en la reunión y por ello era solicitado por diversas gentes. Los amigos de los periódicos, especialmente Lon Cohen, de la «Gazette», pensaron que tenía el deber de explicarles exactamente quién sería el detenido y cuándo. El martes

por la tarde el inspector Cramer decidió requerir mi persona y me invitó a ir a su despacho. El y otras tres me hicieron los honores. La idea que les estaba corroyendo era la siguiente: La A.I.N. era cliente de Wolfe. Por ello, aunque yo hubiera visto a alguna persona que se entretuviese injustificadamente en la vecindad del gabán de Kates, le habría dado parte de ello a Wolfe, pero a nadie más. Deducción lógica. Pero de aquí Cramer pasó a suponer que con dos horas de preguntas, revisiones, digresiones y añagazas podían arrancarme esta confesión, lo cual era una tontería. Tontería tanto más grave cuanto que no había confesión alguna

que arrancarme. De una u otra forma, pusieron todo el empeño en ello.

Luego resultó que Wolfe también consideró que yo podía dar de mí algo útil. Cuando bajó al despacho a las seis, se sentó, pidió cerveza, se quedó silencioso durante un cuarto de hora y luego dijo:

—Archie.

La llamada me sorprendió en mitad de un bostezo. Después de rematarlo, dije:

—Voy.

—Ha trabajado usted conmigo largo tiempo —dijo mirándome con el ceño fruncido.

—Cierto. ¿Cómo quiere usted que lo

resolvamos? ¿Por dimisión, por despido o por mutuo acuerdo?

—He observado —prosiguió, pasando por alto mis palabras—, quizá más de lo que usted cree, sus talentos, y facultades. Es usted un excelente investigador, no tiene nada de tonto, es de una intrepidez total y demasiado sagaz para dejarse seducir por la perfidia.

—Enhorabuena. No me vendría mal un aumento de sueldo. El coste de la vida...

—Usted come y duerme aquí y, como es usted joven y vano, gasta demasiado en vestir. Ya hablaremos de esto en otra ocasión. En lo que estaba

pensando era en una rara cualidad de usted que no comprendo en absoluto, pero que sé que usted posee. Su frecuente resultado es el deseo de las mujeres de pasar el tiempo en su compañía.

—Será el perfume que me pongo. Es de Brooks y se llama «El anzuelo de las mujeres». Usted se propone algo con lo que dice —expresé mirándole recelosamente—. ¿Adónde va a parar?

—Descubra usted lo antes posible si es capaz de ejercer estas artes con la señorita Boone.

—Jamás hubiera pensado que abrigase usted semejante idea —le dije en tono de reproche—. ¿Con la señorita

Boone? Si es usted capaz de pensar tal cosa, ¿por qué no la hace?

—Estoy hablando de una investigación fundada en ganarse su confianza —cortó fríamente.

—Con azúcar está peor —dije sin salir de mi asombro—. De todas maneras, vamos a considerarlo desde el lado en que la cosa salga más favorecida. ¿Quiere usted que le arranque la confesión de que ella mató a su tío y a la señorita Gunther? Si es así, le diré que no pienso hacerlo.

—No diga tonterías. Sabe usted perfectamente lo que quiero.

—De todos modos, dígamelo. ¿Qué quiere usted?

—Quiero noticias de los siguientes puntos: Sus relaciones personales o sociales con todos los que estén conectados con la A.I.N., especialmente con los que vinieron aquí anoche. Lo propio debe aplicarse a la señora Boone, su tía. También, el grado de intimidad que tenía con la señorita Gunther, lo que pensaban una de otra o cuántas veces vio a la señorita Gunther la semana pasada. Con esto bastará para empezar, si los acontecimientos ulteriores lo permiten, podrá usted plantear preguntas más concretas. ¿Por qué no la telefonea usted?

—Parece legítimo —admití— hacerlo, hasta el punto en que debo

ponerme más concreto, y esto tiene espera, Pero, ¿cree usted que el asesino es uno de los tipos de la A.I.N.?

—¿Por qué no? ¿Por qué no ha de serlo?

—No tendría sentido común.

—No hay nada que tenga sentido común intrínsecamente. Tres policías pueden enterarse de que un fugitivo ha ido a Filadelfia; el segundo cree de sentido común que ha bajado en Newark y se ha ido a cualquier otra parte; el tercero, que sabe lo listo que es el delincuente, cree de sentido común que no se apea en Newark; que sería demasiado de sentido común, y que siga hasta Filadelfia. La sutileza humana

persigue este concepto a lo largo de una espiral infinita y no logra nunca aprehenderlo. ¿Sabe usted el teléfono de la señorita Boone?

Cabría en mí la sospecha de que mi jefe me mandaba a la calle a jugar, de no ser porque pensé en la molestia que le produciría el tenerme fuera de casa y verse obligado a contestar al teléfono o a que Fritz interrumpiese sus quehaceres para atender al aparato y a la puerta. Por todo ello, di por asegurada su buena fe y llamé al Hotel Waldorf preguntando por la habitación de la señorita Boone. En ésta me respondió una voz varonil que no supe identificar y, después de dar mi nombre y esperar más de lo que parecía

natural, obtuve la comunicación con Nina.

—Soy Nina Boone —dijo—. ¿Es el señor Goodwin, de la oficina del señor Wolfe? ¿He comprendido bien?

—Sí, y además a sueldo de la A.I.N. Muchas gracias por haberse puesto al teléfono.

—No, si he tenido mucho gusto en ello,... ¿Quería usted...? ¿Quería usted algo?

—Cierto que quería, pero no hablemos más de ello. No la llamo por lo que quiero, o quería, o podía querer la llamo por una cosa que pide otra persona, que en mi opinión es un pérfido. Ya comprende usted la posición

en que me encuentro. No puedo llamarla a usted y decir: «Aquí, Archie Goodwin». Por ello saqué diez dólares de la Caja de Ahorros y pensé en una cena para dos en este restaurante brasileño de la Calle 52. ¿Qué diferencia hay entre lo que quiero y lo que no quiero, si de todos modos no puedo hacerlo? ¿Tiene usted ahora alguna cosa más importante que hacer que oírme?

—No, tengo un rato... Y, ¿qué es lo que quiere esta oír persona?

—Ya se lo diré. Todo lo que puedo decir es que soy Archie Goodwin, sabueso de la A.I.N. y que me gustarla invertir algún dinero de la A.I.N. en

invitarla a cenar como he dicho, partiendo de la base de que se trata de una cena de negocios y que no tiene usted que tener la menor confianza en mí. Para darle a usted una idea de lo astuto que soy, le diré solamente que así como hay algunas personas que miran debajo de la cama al acostarse, yo miro dentro de la misma cama para asegurarme de que no haya nadie metido en mi lugar. ¿Ha terminado ya el rato?

—Parece usted realmente peligroso. Diga: Lo que quería otra persona que hiciera usted, ¿era quizá arrastrarme a cenar?

—Lo de la cena es idea mía. Se me escapó cuando volví a oírle la voz. Ya

se da usted cuenta de que en mi trabajo tengo obligación de tratar a toda clase de personas, no sólo a Nero Wolfe, que es... Bueno, el no puede evitarlo. También me veo en el caso de convivir con la policía, el fiscal del distrito; en fin, gente de toda especie. ¿Qué diría usted si dijese que uno de ellos me ha encargado que la llamase y le preguntase dónde está Ed Erskine?

—¿Ed Erskine? —dijo atónita—. ¿Preguntarme a mí dónde está Ed Erskine?

—Exacto.

—Diría que se había vuelto loco.

—Yo también. Así, pues, asunto resuelto. Ahora, antes de cortar esta

conversación, para que no queden cabos sueltos, mejor será que conteste usted a mi pregunta personal acerca de la cena. ¿Acostumbra usted a decir que no? ¿O zigzaguea usted para esquivar los sentimientos de los demás? ¿O contesta bruscamente?

—Contesto bruscamente.

—Conforme. Espere a que me ponga en guardia. Ande, dispare.

—No puedo ir esta noche, por astuto que sea usted, porque cenaré aquí con mi tía.

—Desayunemos, o almorcemos mañana. ¿Almuerzo a la una?

Hubo una pausa.

—¿Qué clase de establecimiento es

este restaurante brasileño?

—Excelente, apartado y tiene buena comida.

—Pero... es que siempre que salgo a la calle...

—Ya sé. Salga por la puerta de la Calle 49. Yo estaré en la esquina con un sedan azul oscuro. Estaré allí desde la una menos diez. Puede usted tener confianza en esto, pero a partir de tal momento, acuérdesese, debe ponerse en guardia.

—Quizá me retrasaré.

—Así lo espero. La tengo a usted por una mujer normal. Y hágame usted el favor, dentro de cinco o diez años, de no decirme que la calificué de vulgar. He

dicho normal, no vulgar. Hasta mañana.

Al colgar el teléfono, tuve la impresión de que mi cara reflejaría satisfacción de mí mismo, y por ello no me volví inmediatamente hacia Wolfe, sino que me puse a mirar unos papeles que había en mi mesa. Wolfe susurró:

—Esta noche hubiera sido mejor.

Conté hasta diez. Luego dije con voz clara:

—Señor mío, trate usted de citarse con ella a cualquier hora y verá.

Se echó a reír. Como aquella risa me ponía de mal humor, subí a mi habitación y me dediqué a ordenar las cosas. Como que Fritz y Charley no habían podido llegar hasta mí alcoba

dado el estado del resto de la casa, consideré que, a pesar de que los del microscopio tenían aspecto honrado y respetable, un inventarlo no estaría de más.

Hacia el final de la cena sostuvimos una pequeña cuestión mi jefe y yo. Yo quería tomar el café en el comedor y acostarme en seguida y Wolfe, aunque admitía que también necesitaba dormir, quería tomar el café en el despacho como siempre. Se puso muy pesado sobre esto y yo, para darle una lección, me mantuve firme. El se fue al despacho y yo me quedé en el comedor. Cuando hube terminado, fui a la cocina y le dije a Fritz:

—Lamento haberle causado doble molestia por tener que servir el café en dos lugares, pero hay que enseñarle a ceder a ese hombre. Ya oyó usted mi proposición de partir la diferencia y tomar el café en el vestíbulo.

—No ha sido molestia —dijo cortésmente Fritz—. Ya comprendo, Archie, ya comprendo la razón de las rarezas de usted. Llaman a la puerta.

Sentí la tentación de dejar que llamasen hasta que se cansaran. Quería dormir y Wolfe también. Para hacer cesar el ruido, me bastaba con accionar el conmutador de la cocina. Pero no lo hice y le dije a Fritz:

—La justicia, el deber... ¡Maldición!

Fui a abrir la puerta.

Capítulo XXV

—Buenas noches —dijo el tipo que había en la puerta—. Querría ver al señor Wolfe.

Era la primera vez que le veía. Era hombre de unos cincuenta años, de mediana corpulencia, labios delgados y derechos y esta especie de ojos a quienes no repugna la violencia. En el primer instante imaginé que sería uno de los detectives de la agencia Bascom. Luego vi que su traje descartaba esta teoría. Era de estilo pacífico y

conservador y de esmerado corte. Le dije:

—Veré si está. ¿A quién anuncio?

—John Smith.

—Y, ¿qué quiere usted de él, señor Jones?

—Es un asunto particular y urgente.

—¿Puede usted ser más concreto?

—Con él, sí.

—Bien, siéntese y lea una revista.

Le cerré la puerta en la cara de manera estrepitosa y le dije a Wolfe:

—El señor John Smith, nombre que debe de haber extraído de un libro, tiene aspecto de banquero dispuesto a prestarle a usted un céntimo sobra la garantía de una jarra de diamantes. Le he

dejado en la escalera, pero no se preocupe por su posible agravio, pues carece de sentimientos. No me pregunte usted lo que quiere, porque tardaría horas en explicárselo.

—¿Qué opinión tiene usted? —gruñó Wolfe.

—Ninguna. No se ha dejado saber en qué punto nos encontramos. El impulso natural ha sido echarle escaleras abajo. En obsequio de él, diré que no tiene aspecto de chico de recados.

—Hágale pasar. Así lo hice. A pesar de su aspecto desagradable, le hice sentar en el sillón de cuero rojo, porque así nos daba la cara a los dos. Se sentó

muy derecho, con los dedos entrecruzados sobre las rodillas y le dijo a Wolfe:

—He dado el nombre de John Smith, porque el mío no hace al caso. Soy simplemente un chico de recados.

Después de haber empezado por contradecirme, continuó:

—El asunto es confidencial y tengo que hablar con usted privadamente.

—El señor Goodwin es mi secretario particular —dijo Wolfe— y sus oídos son los míos. Diga.

—No —dijo Smith en un tono que zanjaba la —cuestión—. Tengo que estar a solas con usted.

—¡Bah! —respondió Wolfe

señalando a un cuadro que representaba el monumento a Washington y que está colocado en la pared de la izquierda a cinco metros de él—. ¿Ve usted este cuadro? En realidad es una ventanilla en el muro. Si mando salir al señor Goodwin de la habitación, se irá a otra que hay a la vuelta del vestíbulo, abrirá la hoja y nos observará y escuchará la conversación. Lo malo es que tendrá que estar de pie. Para el caso, Igual podría seguir aquí sentado.

—Entonces usted y yo podemos salir al vestíbulo —dijo Smith sin parpadear.

—No haremos tal cosa. Archie, el señor Smith quiere el abrigo y el sombrero —dijo Wolfe.

Me puse en pie. Cuando estaba a medio cruzar la habitación, Smith volvió a sentarse. Yo retomé a mi base y le imité.

—Usted dirá —inició Wolfe.

—Nosotros contamos con alguien para culparle de los asesinatos de Boone y Gunther —comentó Smith en lo que, por lo visto, era su tono normal.

—¿Nosotros? ¿Alguien?

Smith desenlazó los dedos, levantó una mano para rascarse la nariz, la volvió a bajar y cruzó los dedos de nuevo.

—No cabe duda de que la muerte constituye siempre una tragedia. Produce pesares, sufrimientos y adversidades.

Esto es inevitable. Pero en el presente caso, las muertes de esas dos personas han inferido también una ofensa a muchos miles de personas inocentes y han creado una situación que equivale a una ruda injusticia. Como usted sabe, cómo sabemos todos, existen elementos en este país que aspiran a minar los propios fundamentos de esta sociedad. La muerte actúa en servicio suyo y les ha servido a la perfección. Desde el punto de vista del bien común, estos dos sucesos eran irrelevantes, pero en cambio, los...

—Perdone usted —dijo Wolfe—. Yo también he sido orador. De la manera como usted se expresa, parece que

quiera referirse a la reacción nacional contra la A.I.N., ¿verdad?

—Sí, quiero poner de relieve el contraste entre lo trivial de tales hechos y el enorme daño...

—Por favor, este punto lo ha expuesto usted ya. ¿Quiere pasar al siguiente? Mas, ante todo, dígame: ¿Representa usted a la A.I.N.?

—No, yo represento de hecho aquellos hombres gloriosos que fundaron nuestra nación, represento los intereses más legítimos y fundamentales del pueblo norteamericano, yo...

—Conforme. Pasemos al siguiente punto.

Smith volvió a desenlazar los dedos.

Esta vez fue la cara lo que le pedía ser rascada. Cuando hubo terminado, prosiguió.

—La situación presente es intolerable. El poner fin a ella es una cosa que no tiene precio. El hombre que lo consiguiera podría ser llamado benemérito del país; se habría ganado la gratitud de sus conciudadanos y, sobre todo, de aquellos que están padeciendo ahora una persecución injusta.

—En otras palabras —dijo Wolfe—, que se debería darle algún dinero.

—No, que se le daría algún dinero.

—Es lástima que yo me encuentre comprometido ya, porque me gusta que se me paguen los servicios.

—No habrá conflicto. Los objetivos son los mismos.

—Me gusta su manera de plantear las cosas, señor Smith —dijo Wolfe, frunciendo el entrecejo—. En una sola palabra lo ha dicho usted todo, exceptuando algunos detalles. ¿Quién es usted y de dónde viene?

—Esta pregunta es estúpida; y usted no lo es. Claro está que podrá usted averiguar quién soy, si se toma el tiempo y la molestia necesarios. Pero hay siete respetables, respetabilísimas, personas, caballeros y damas, con los cuales tengo que jugar al *bridge* esta noche, después de una cena. Lo cual ocupará toda la velada, a partir de las siete.

—Sin duda, y además serán ustedes ocho contra dos.

Smith volvió a desenlazar los dedos, pero esta vez no para rascarse. Llevó la mano a un bolsillo del gabán y extrajo un paquete pulcramente envuelto en papel blanco y atado. Era de un tamaño suficiente para mantener tenso el bolsillo y tuvo que emplear ambas manos para sacarlo.

—Como dijo usted, quedaban ciertos detalles pendientes —dijo—. La cantidad de que estamos hablando asciende a trescientos mil dólares. Aquí está el primer tercio de ella.

Eché una mirada al paquete y dictaminé que no podía estar todo aquel

dinero en billetes de a cien, sino que los habría de quinientos y de mil.

Wolfe levantó una ceja y observó:

—¿No es usted quizá demasiado audaz, señor Smith? El señor Goodwin, como le he dicho, es mi secretario particular. ¿Qué ocurriría si le cogiera el dinero, lo cerrara en la caja de caudales y le pusiera a usted en la puerta?

Por vez primera, Smith cambió de cata, pero la arruguita que se formó en su frente no obedecía a temor alguno.

—Quizá será usted un estúpido, al fin y al cabo, pero conocemos su biografía y su personalidad. No existe el menor indicio de que sea usted un

bandolero. Se le está proporcionando ocasión de realizar un servicio...

—No, basta —dijo Wolfe—. Ya hemos hablado de esto.

—Conforme. Si me pregunta usted por qué se le abona cantidad tan exorbitante le diré las razones: Primero, porque todo el mundo sabe que usted cobra unas facturas astronómicas por cualquier cosa que haga; segundo, desde él punto de vista de la gente que le paga, la animadversión rápidamente creciente del público les está costando, o los costaré, centenares de millones. Trescientos mil dólares al lado de esto son una bagatela. Tercero, usted tendrá que hacer gastos que quizá serán

cuantiosos. Cuarto, estamos advertidos de las dificultades del asunto y puedo manifestarle con franqueza que no sabemos de nadie más que usted que pueda resolverlas.

—Entonces, he comprendido quizá mal la frase con que empezó usted a hablar. ¿No ha dicho usted que contaba con alguien en cuanto a los asesinatos de Boone y Gunther?

—Sí —dijo Smith mirándole con la misma fijeza con que Wolfe tenía los ojos puestos en él.

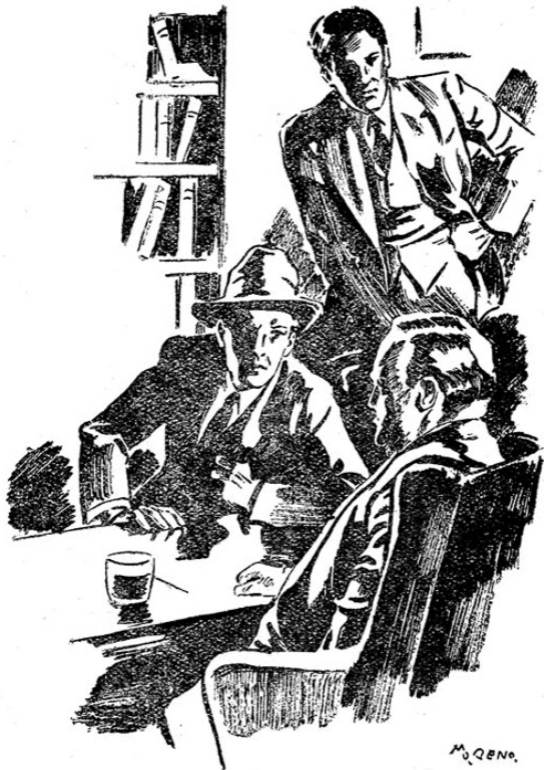
—¿Quién es?

—La palabra «contamos» es un tanto inexacta. Mejor sería decir que tenemos una persona que indicar.

—¿Quién?

—O Salomón Dexter o Alger Kates.

Preferiríamos a Dexter, pero con Kates nos basta. Estamos en situación de contribuir a algunos aspectos de las pruebas. Después que haya usted establecido sus decisiones, cambiaré impresiones con usted acerca de ello, los otros doscientos mil dólares, a propósito, no dependen necesariamente de que el culpable sea condenado. Usted no puede garantizarlo. El segundo tercio se le entregaría el día de la detención y el último en el día en que comience el proceso. El efecto de la detención y del proceso serán suficientes, aunque no totalmente satisfactorios.



M. QENO.

—¿No querria usted pagar más dinero...?

—¿No querría usted pagar más dinero por Dexter que por Kates? Debería usted hacerlo: Dexter es el director en funciones de la O.R.P. Para usted tendría que ser más valioso.

—No. Hemos calculado una cantidad amplia, y aun exorbitante, para excluir cualquier regateo. Es una suma «record» —dijo Smith dando unos golpecitos en el paquete.

—¡Cielo santo, no! —dijo Wolfe con suave indignación. Como si acabasen de insinuarle que su cultura era insuficiente —. Podría detallarle ocho, diez, doce ejemplos. El rey Alyattes de Lidia recibió en cierta ocasión el peso en oro de diez panteras. Richelieu le pagó a

Effiat cien mil libras de una vez, que son un equivalente mínimo de dos millones de dólares de hoy. No, señor Smith, no se lisonjee usted con la idea de estar batiendo un «record». En razón de lo que pide usted de mí, es usted un explotador.

—Considere usted que este dinero está en metálico. La equivalencia, si estuviera en cheque, tendría que ser para usted de unos dos millones.

—Ciertamente —convino Wolfe—, Ya se me había ocurrido esta ventaja, y no quiero pretender que sea usted avaro. Pero existe una objeción insuperable.

—¿De qué se trata?

—De las víctimas que requiere

usted. Primeramente, son demasiado destacadas, pero no es éste aún el obstáculo principal. Es el motivo. Un asesinato requiere contar con un buen motivo y un doble asesinato exige un motivo realmente colosal. No sé si podría descubrirse tal justificación en el señor Dexter o en el señor Kates. Usted ha afirmado generosamente que no soy estúpido, pero lo sería si me comprometiese a hacer detener y procesar a esos señores, y no digamos condenar. No, señor. Sin embargo, encontrará usted a alguien que, por lo menos, querrá intentarlo. ¿Qué le parece el señor Bascom, de la agencia de detectives Bascom? Es una buena

persona.

—Ya le he dicho a usted que le ayudaremos a encontrar pruebas.

—No. La ausencia de un motivo justificado hará imposible la acción, por muchas pruebas que haya, que siempre serán circunstanciales. Además, habida cuenta del probable origen de las pruebas que usted podrá proporcionar y del hecho de que irán dirigidas contra uno de la O.R.P. serán sospechosas de todas maneras. Ya lo comprende usted.

—No necesariamente.

—Sí, inevitablemente.

—No —dijo Smith con la misma cara de antes, pero decidido a mostrar una de sus cartas—. Le daré un ejemplo.

Si el taxista que trajo acá a Dexter testificase que le vio esconder un pedazo de tubo debajo del abrigo, con una bufanda arrollada en él, esta prueba no sería sospechosa.

—Quizá no —concedió Wolfe—. ¿Dispone usted del taxista?

—No, le daba a usted un ejemplo. ¿Cómo podemos buscar al taxista y a otra persona, antes de haber llegado a un acuerdo?

—No se puede, naturalmente. ¿Tiene usted otros ejemplos más?

Smith movió la cabeza negativamente. En esto se parecía a Wolfe. Se comprendía que para él el gastar determinada energía cuando le

bastaba con la mitad, era un disparate.

—Ya le he dicho que cambiaríamos impresiones acerca de las pruebas después que se hubiese decidido usted a actuar y usted no podrá decidirse a ello antes de haber aceptado el ofrecimiento. ¿Debo entender que lo admite usted?

—No lo entienda así. No lo acepto en las condiciones que me ofrece usted. Rehúso.

Smith hizo frente a la negativa como un caballero. No dijo nada. Después de unos largos instantes de silencio, tragó saliva, lo cual fue su primer indicio de debilidad. Por lo visto se disponía a exhibir otra carta. Cuando, después de otro periodo de silencio, volvió a tragar

saliva, no hubo ya duda de que iba a hacerlo.

—Existe otra posibilidad —dijo— que no podrá ser blanco de las objeciones que me ha hecho usted: Don O'Neill.

—¡Hum!... —observó Wolfe.

—Llegó también en taxi. Sus razones son claras y de hecho están divulgadas ya; porque han sido conocidas y admitidas maliciosa e injustamente por todo el país. No serviría, a nuestro propósito tan satisfactoriamente como Dexter o Kates, pero transferiría el sentir público de una institución o grupo a una persona; y ello cambiaría completamente el cuadro.

—¡Hum!...

—Además, las pruebas no serían sospechosas procediendo de donde procederían.

—¡Hum!...

—Y el ámbito de las pruebas podría experimentar una notable ampliación. Por ejemplo, sería posible añadir el testimonio de una persona o varias que vieron, en este vestíbulo, a O'Neill meter la bufanda en el bolsillo del gabán de Kates. Creo que Goodwin, su secretario particular, estaba presente...

—No —dijo Wolfe secamente.

—El señor Wolfe no quiere decir que yo no estuviese presente —le dije a Smith con un gesto amigable—, sino que

yo me he pronunciado ya acerca de este pormenor demasiado concretamente. Tendría usted que haber venido antes, y entonces hubiera celebrado discutir las condiciones con usted. Cuando O'Neill trató de sobornarme, era domingo y yo no acepto sobornos en domingo.

—¿Qué es lo que quería O'Neill que hiciese usted?— me dijo Smith mirándome con ojos penetrantes.

Moví negativa y enérgicamente la cabeza.

—No sería justo decírselo. ¿Le gustaría a usted que yo le dijese a él lo que usted quiere de mí?

—Aunque Goodwin no quiera dar testimonio —insistió dirigiéndose a

Wolfe— quedan aceptables probabilidades.

—No será por parte del señor Breslow —declaró Wolfe—. Sería un testigo terrible. El señor Winterhoff no lo haría mal. El señor Erskine padre sería admirable. El joven Erskine... no lo sé, lo dudo. La señorita Harding sería el mejor de todos. ¿Podría usted conseguirlo de ella?

—Vuelve usted a ir demasiado aprisa.

—En absoluto. ¿Aprisa? Estos detalles son de la máxima importancia.

—Ya lo sé. Después de haberlos conseguido. ¿Acepta usted mi sugestión sobre O'Neill?

—En fin... —dijo Wolfe arrellanándose en la silla, abriendo ligeramente los ojos y cruzando las manos sobre el vientre—. Le diré, señor Smith... La mejor manera de plantear este asunto sería, en mi opinión, un mensaje del señor Erskine. Dígale al señor Erskine...

—Yo no represento a Erskine. No he mencionado nombre alguno.

—¿No? Me parecía haberle oído aludir a los señores O'Neill, Dexter y Kates. De todas maneras, la dificultad está en que la policía o el F.B.I. pueden encontrar en cualquier momento ese décimo cilindro, y con toda probabilidad en tal momento

quedaremos como unos cocheros.

—No, si nos...

—Permítame, señor. Ya ha hablado usted antes; déjeme hablar a mí ahora. En cuanto a la hipótesis de que provenga usted del señor Erskine, le encargo transmitirle mi gratitud por haber calculado tan generosamente la suma que yo puedo requerir. Dígale también que le estoy reconocido por su esfuerzo al pagarme de una manera que me ahorraría satisfacer impuestos por este ingreso, pero que esta forma de trapicheo no me complace. Es cuestión de gustos, y el mío no cuadra con ella. Dígale que estoy completamente advertido de la importancia que tiene

cada minuto que pasa; Ya sé que la muerte, de la señorita Gunther ha agravado la hostilidad general hasta convertirla en un estallido de furia sin precedentes. He leído los periódicos y he oído la radio... Ya sé cómo están las cosas. Y sobre todo dígame lo siguiente: Si continúa la contusión reinante en este caso, yo me veré impotente, pero a pesar de ello le pasaré igualmente la cuenta y la cobraré. Archie, el señor Smith se va.

En efecto, éste se había puesto en pie, pero no se disponía aún a marcharse. Al contrario, dijo precisamente en el mismo tono que había empleado en la puerta para decirme que deseaba ver al señor

Wolfe:

—Quisiera saber si puedo confiar en que este asunto sea considerado confidencial. Quiero solamente saber a qué atenerme.

—Es usted un simple —dijo Wolfe—. ¿Qué diferencia habrá entre que yo diga sí o no? Ni siquiera sé cómo se llama usted. ¿Acaso no estaré libre de hacer lo que me parezca?

—No creo... —empezó a decir Smith, pero dejó sin terminar la frase, porque ésta probablemente hubiera denunciado algún indicio de emoción, que no era oportuna en aquellas circunstancias. Por ello permaneció silencioso hasta el momento de salir a la

puerta y ni aun me dijo buenas noches.

Cuando volví al despacho, Wolfe había llamado pidiendo cerveza. Lo advertí en que Fritz entró casi inmediatamente con la bandeja. Le puse a raya y le dije:

—El señor Wolfe ha cambiado de parecer. Llévesela. Ya son más de las diez. Ha dormido sólo dos horas anoche y ahora se va a la cama. Usted también, y yo también.

Wolfe no dijo nada ni hizo gesto alguno, por lo cual Fritz se fue con la bandeja.

—Esto me recuerda —dije yo— aquel viejo cuadro que representa a unos tipos que van en un trineo y echan al

niño a los lobos que les vienen persiguiendo. Esta comparación no se puede aplicar estrictamente a Dexter o a Kates, pero sí a O'Neill. ¡Vaya espíritu de cuerpo! Y eso que era presidente del comité de la cena. ¿Qué le parece a usted?

—Están aterrados —dijo Wolfe poniéndose en pie y tirándose de la chaqueta. Cuando llegó junto a la puerta, se volvió y añadió—: Están desesperados. Y yo también, por cierto.

Capítulo XXVI

Al día siguiente, miércoles, llegaron los sobres de Bascom. Vinieron cuatro en el correo matutino, tres en el de la una y a última hora de la tarde llegaron a mano, nueve. Mientras tanto yo no tenía la menor idea de la posición que ocupaba el batallón de Bascom sobre el campo de batalla, ni tampoco sabía en qué se ocupaban Saúl Panzer y Bill Gore (puesto que sus informes telefónicos eran recibidos directamente por Wolfe, con instrucciones de que yo

desconectase mi aparato). Como mi jefe había ordenado, se le entregaron los sobres de Bascom sin abrir.

Sólo se me confiaban los encargos menores, como, por ejemplo, telefonar a la Compañía del «Stenophone» para pedirles que nos proporcionasen un aparato a base de un alquiler diario. El aparato tendría que estar equipado con un altavoz, como aquel que el director nos había traído el domingo y recogido el lunes. No se mostraron muy efusivos a este propósito y me vi en el caso de derrochar persuasión para que prometiesen mandárnoslo. Cumplí el encargo satisfactoriamente, aun cuando se me ocultaba qué era lo que teníamos

que pasar en él. Una hora después llegó el aparato y lo coloqué en un rincón.

El otro quehacer que se presentó en la mañana del miércoles y en que participé fue una llamada telefónica de Frank Thomas Erskine. Se me dijo que le atendiese y así lo hice, informando a Erskine de que los gastos se elevaban vertiginosamente y que nos hacía falta un cheque por valor de otros veinte mil dólares cuando a él le viniera bien. El no concedió a esta petición más importancia que a un detalle rutinario y me pidió una cita con Wolfe a las once, que quedó convenida.

Lo más notable del caso fue que cuando llegaron a las once en punto

(Breslow, Winterhoff, Hattie Harding y los dos Erskine) traían consigo a Don O'Neill. Ello indicaba claramente que no venían a reanudar la gestión en el punto en que Smith la había dejado, puesto que la idea central de éste había sido achacar a O'Neill un doble asesinato. A menos que viniesen preparados a suavizar la idea ofreciendo una confesión firmada por O'Neill en triplicado ejemplar.

Erskine trajo consigo el cheque. Se quedaron más de una hora y me costó concretar qué les había impulsado a venir, a menos que fuese el deseo de manifestarnos personalmente lo agitados que estaban. No formuló nadie ningún

comentario ni remotamente alusivo a la embajada de John Smith, ni siquiera Wolfe. La mitad del tiempo la invirtieron en tratar de conseguir de Wolfe una especie de parte de los adelantos realizados, lo cual fue perderlo, y la otra mitad lo ocuparon en intentar sonsacar un pronóstico. ¿Tardaría veinticuatro horas? ¿Cuarenta y ocho? ¿Tres días? ¿Cuándo, Dios mío, cuándo? Erskine manifestó categóricamente que cada día de retraso significaba un incalculable perjuicio a los intereses más vitales de la nación y del pueblo norteamericanos.

—Me estás desgarrando el corazón, papá —dijo sarcásticamente Erskine

hijo.

—¡Cállate! —le ladró su padre.

Me quedé mirando a aquel frente de la A.I.N., desunido ya, y llegué a la conclusión de que cualquiera de ellos estaría dispuesto a prestar testimonio contra cualquiera de los demás en cuanto a la colocación de la bufanda en el bolsillo del gabán de Kates, con la única posible excepción de Erskine contra Erskine, y aun esto no era inconcebible. Su única aportación constructiva fue anunciar que al día siguiente, jueves, saldría un anuncio a toda página en doscientos periódicos de la mañana y de la tarde de cien poblaciones diversas, ofreciendo una

recompensa de cien mil dólares a cualquiera que proporcionase noticias conducentes a la detención y procesamiento del asesino de Cheney Boone, o de Phoebe Gunther, o de ambos.

—Esto producirá una reacción favorable, ¿verdad? —preguntó Erskine.

Me perdí la contestación de Wolfe y el resto de la conversación, porque en aquel punto subí a peinarme y lavarme las manos. Apenas me quedaba tiempo de sacar el coche y situarme en la puerta del Hotel Waldorf a la una menos diez, y como una, vez cada millón de años las mujeres se anticipan a las citas, en vez de retrasarse, no quería correr este

riesgo.

Capítulo XXVII

Nina Boone compareció a la una y catorce minutos, lo cual era equitativo y por ello no dio pie a comentario alguno ni por una parte ni por la otra. Salí a su encuentro cuando la vi salir del hotel, la dirigí hacia donde estaba yo aparcado y abrí la puerta del coche. Ella entró. Me volví para observar y, efectivamente, vi a un sujeto que miraba a derecha e izquierda. No era conocido mío ni sabía su nombre, pero le había visto antes. Me dirigí a él y le dije:

—Soy Archie Goodwin, el auxiliar de Nero Wolfe. Si es que va usted siguiendo a la señorita, habrá observado que ha entrado en mi coche. No puedo decirle a usted que suba, porque tenemos que hacer juntos, pero le brindo las siguientes ideas: Puedo esperar a que usted coja un taxi, y apuesto a que le despisto en menos de diez minutos, o puedo sobornarle para que pierda usted la pista aquí mismo. Le ofrezco dos gratificaciones. Quince centavos ahora y otros quince cuando vea una copia de su informe.

—Ya estoy enterado de que sólo hay dos maneras de tratar con usted —respondió—. Matarle, que es demasiado

escandaloso, y la otra... Bueno, déme los quince centavos.

—Conforme —dije sacando las tres monedas y dándoselas—. Es a cargo de la A.I.N. Vamos a «Ribeiro», el restaurante brasileño de la Calle 52.

Dicho esto me metí en el coche, puse el motor en marcha y salimos.

Una mesa en un rincón de «Ribeiro» es buen lugar para la charla. La comida no es excesiva para quien está acostumbrado a las minutas de Fritz Brenner; no hay música y se puede mover el tenedor en todas direcciones sin correr el riesgo de herir a nadie más que al compañero de mesa.



...que me haya reconocido nadie

—No creo —dijo Nina después que hubimos encargado los platos— que me haya reconocido nadie. Sea lo que fuere, lo cierto es que nadie mira. Me parece que toda la gente modesta debe figurarse que es maravilloso ser célebre y que la gente le mire a una y que te señalen en los restaurantes y los locales. Yo misma lo pensé en otro tiempo. Ahora no puedo sufrirlo. Me entran ganas de empezar a dar chillidos. Claro está que no tendría esta sensación si mi retrato hubiese salido en los periódicos por ser estrella de cine o por haber realizado algún acto notable...

Advertíase en la joven el deseo de expansionarse. «Bien, dejémosla que

hable», pensé yo.

—A pesar de todo —le dije—, habrá sido usted bastante contemplada antes de que ocurriese todo esto. Es usted una persona digna de ser admirada.

—No sé cómo lo puede usted decir... Tengo un aspecto ahora...

—Es mal momento para juzgar —dije—. Tiene usted los ojos congestionados, pero queda aún bastante terreno por considerar: Los pómulos forman una curva muy bonita y las sienes y la frente son de notable belleza. El cabello, como es natural, ha resistido intacto a la crisis. Cuando va usted por la calle, estoy seguro de que uno de cada

tres hombres que la vean de espalda, se apresurarán a rebasarla para querer echarle una ojeada de frente.

—¿Y los otros dos?

—¿Quiere usted más aún? Uno entre tres es una proporción tremenda. Y de mí sé decir que su cabello me atrae tanto que sería capaz de iniciar un trote para dejarla atrás y poderla mirar.

—La próxima vez me sentaré de espaldas a usted —dijo ella apartando la mano de la mesa para dejar sitio al camarero—. Tengo ganas de preguntarle, y tiene usted que responderme a ello, quién le dijo que me interrogase sobre el paradero de Ed Erskine.

—Todavía no. Tengo la regla

absoluta de dedicar el primer cuarto de hora que paso con una chica a comentar su aspecto. Siempre existe la posibilidad de que le diga algo que le sea agradable y ello favorece la conversación posterior. Además, sería de mal gusto el empezar a trabajar mientras estamos comiendo. Tengo la misión de sonsacarle a usted todo lo que lleva dentro, pero no quiero empezar a hacerlo hasta el café y en aquel momento, si hay suerte, la habré colocado a usted en una disposición de ánimo tal que se prestará hasta a enseñarme la documentación.

—Me gustará mucho verlos será interesante verle a usted actuar. Pero le

he prometido a mi tía que volveré al hotel a las dos y media... ¡Ah, a propósito! Le he asegurado que vendría usted conmigo. ¿Querrá usted venir?

—¿A ver a la señora Boone? —dije alzando las cejas.

—Sí.

—¿Quiere verme?

—Sí. Quizá sólo por un cuarto de hora para que comente usted su aspecto. No me lo ha dicho.

—Con las chicas que pasan de los cincuenta años, me bastan cinco minutos.

—Ella no pasa de los cincuenta años. Tiene cuarenta y tres.

—Siguen bastando los cinco minutos. Pero si sólo dispone usted de

tiempo hasta las dos y media, me temo que lo mejor será empezar antes de que su resistencia haya flaqueado. ¿Se siente usted a gusto? ¿Ha experimentado usted alguna inclinación a ablandarse, a ceder, a apoyar la cabeza en mi hombro?

—Ni mucho menos. La única inclinación que he sentido ha sido la de tirarle de los cabellos.

—Entonces será difícil; que se franquee usted. De todas maneras, ya lo iremos viendo en el curso de la cena. No ha terminado usted el combinado.

Se lo bebió. Trajeron luego el primer plato y empezó a comer con apetito.

—Me gusta —dijo—. Empiece usted

a sonsacarme.

—Mi técnica es bastante singular. Naturalmente, partiré de la base de que desea usted que se descubra y se castigue al asesino. De no ser así...

—¡Claro que lo deseo!

—Entonces, considere usted que intentamos una gestión directa y vamos a ver lo que resulta de ella. ¿Conocía usted personalmente a alguno de esos pájaros de la A.I.N.?

—No.

—¿A ninguno de los seis?

—No.

—Y. ¿qué me dice de la gente de la A.I.N.? Había quinientos en aquella cena. ¿Conocía usted a alguien?

—La pregunta parece tonta, pero le diré que sí... Quizá a algunos... o más bien a sus hijos e hijas. Me gradué en el colegio de Smith hace un año y allí conocí a una porción de gente. Pero por mucho que rebusquemos en aquella noche, no aparecerá ninguna orientación.

—No cree usted, pues, que sirva de nada que lo intente.

—No. De todas maneras, tampoco tenemos tiempo.

—Bueno, ya lo veremos en otra ocasión. ¿Qué me dice de su tía?

—Pregúnteselo, a ella. Quizá por esta razón es por la que ella quiere verle. Si se investigan todas las historias personales, creo que quedará

firmemente establecido que la tía estaba profunda y exclusivamente dedicada a mi tío y a todo cuanto representaba y hacía éste.

—No me comprende usted —dije—. Mire usted, para aclarar las cosas le pondré un ejemplo: Supongamos que Boone se enterase en Washington aquel martes por la tarde de cualquier cosa que hubiera hecho Winterhoff, de algo que le determinase a tomar una medida que afectase a los negocios de Winterhoff; supongamos que se lo dijese a su esposa cuando la vio en la habitación del hotel, y que la señora Boone resultase conocer a Winterhoff y que más tarde en el salón de recepción,

hablando con él después de tomar dos combinados, le diese un barrunto de lo que se estaba preparando. A esto me refiero cuando le hablo de una nueva orientación. Podría inventar millares de ejemplos, así como he inventado uno, pero lo que hace falta es encontrar uno que haya sucedido en realidad. Por ello la pregunto a usted por el círculo de amistades de su tía. ¿Tiene algo de malévolo?

—No, pero mejor será que se lo diga a ella. De lo único que puedo hablarle yo es de mí misma.

—Ciertamente. Es usted prudente y noble: 10 en conducta.

—Pero, ¿qué quiere usted que le

diga? ¿Quiere usted que le informé de que vi a mi tía cuchicheando en un rincón con Winterhoff o con cualquiera de esos micos? Pues no la vi. Y aunque...

—Si la hubiera usted visto, ¿me lo diría?

—No, a pesar de que considero a mi tía más pesada que una verruga.

—¿No le es a usted simpática?

—No, no me lo es; la considero una antigualla grotesca. Este sentimiento impregna el conjunto de mi pasado, pero es estrictamente íntimo. No llegará usted a aceptar la sugestión de Breslow de que la señora Boone mató a su marido por celos de Phoebe Gunther, y remató

la obra más tarde en casa de Wolfe.

—No. ¿Es que lo cree nadie?

—No sé decirle. Yo no. Pero no parece aventurado afirmar que la señora Boone estaba celosa de Phoebe Gunther.

—¡Claro que sí! En la O.R.P. trabajan varios millares de chicas y de mujeres y ella estaba celosa de todas.

—Claro. Pero Phoebe Gunther no era una de tantas. ¿No conviene usted conmigo en que era un caso especial?

—Sin duda —dijo Nina dirigiéndome una mirada rápida que no supe interpretar—. Era extremadamente especial.

—¿No esperaba un niño?

—¡Dios santo! No, y mi tía tenía

tanto motivo para estar celosa de ella como de cualquier otra persona. La opinión peyorativa que tenía de mi tío era una estupidez.

—¿Conocía usted a fondo a la señorita Gunther?

—Bastante. No íntimamente.

—¿Le era a usted simpática?

—Sí, creo que sí. Desde luego la admiraba y la envidiaba. Me hubiera gustado desempeñar su trabajo, pero no caía en la tontería de creer ser capaz de ello. Soy demasiado joven para ello, pero esto no es más que una de las razones de mi incapacidad, porque ella no era mucho mayor que yo. Realizó trabajo de calle durante un año y

consiguió la mejor puntuación de la casa, la llevaron a la oficina central y a poco estaba ya enterada de todo. Si hubiera tenido diez años más y hubiera sido varón, la habrían hecho director... cuando mi tío muriese.

—¿Qué edad tenía?

—Veintisiete años.

—¿La conocía usted antes de que empezase a trabajar para la O.R.P.?

—No, pero la conocí el primer día que entró, porque mi tío la encargó cuidar de mí.

—¿Lo hacía?

—En cierto sentido, sí, en la medida del tiempo de que disponía. Era una mujer muy importante y muy ocupada.

Tenía verdadera fiebre por la O.R.P.

—¿Cuáles son los síntomas de esta fiebre?

—Varían según los caracteres y temperamentos. En su forma más elemental se presentan como una creencia firme que cualquier cosa que haga la O.R.P. está bien hecha. Luego caben diversas complicaciones, desde un implacable odio a la A.I.N. hasta un impulso mesiánico a educar a la juventud en nuestros ideales.

—¿Se ha visto usted asaltada por esta fiebre?

—Desde luego, pero no la poseo en su grado agudo. En mi caso se trata más bien de un sentimiento personal, debido

a mi gran adhesión al tío. No tuve padre —dijo tras cierta vacilación— y quería mucho al tío Cheney. No es que sepa muchas cosas de cómo era, pero le quería.

—Y, ¿qué complicaciones se presentaban en la fiebre de la señorita Gunther?

—Todas. Era luchadora por temperamento. No sé hasta qué punto nuestros enemigos, como los jefes de la A.I.N., estaban enterados de las intimidades de la A.I.N., pero si tenían algún talento debían estar al corriente de la personalidad de Phoebe, porque era más peligrosa para ellos que mi tío. Se lo he oído decir a éste. Cualquiera

convulsión política le hubiera apartado de su cargo, pero mientras hubiera seguido Phoebe en la casa, no se habría notado diferencia.

—Esta observación es muy útil. Proporciona los mismos motivos para el asesinato de él que para el de ella. Si usted la considera una nueva orientación...

—Yo no la considero nada. Usted me lo ha preguntado. ¿No es así?

Tomamos el postre; después, mientras esperábamos el café, continuamos hablando de Phoebe Gunther, sin que surgiesen revelaciones de ningún género. Insinué el detalle del décimo cilindro desaparecido y Nina se

indignó de la sospecha de que Phoebe pudiese haber sostenido relaciones clandestinas con algún miembro de la A.I.N. y hubiese escondido el cilindro porque pudiese denunciar la personalidad de éste. Insinué también la posibilidad de que el cilindro complicase a Salomón Dexter o a Alger Kates. ¿Qué le parecía la idea?

Con la cucharilla en la mano, movió negativamente la cabeza. Dijo que era una estupidez el suponer que Dexter hubiera hecho nada para perjudicar a Boone y con él a la O.R.P.

—Además —añadió— estaba en Washington. No fue a Nueva York hasta última hora de aquella noche, cuando le

llamaron. En cuanto, a Kates... ¡Por favor, mírele! ¡Si es una máquina de calcular!

—Tiene una mirada siniestra.

—¿Alger Kates, siniestro?

—Por lo menos, misterioso. En casa de Wolfe, aquella noche Erskine le acusó de haber matado al tío de usted porque quería casarse con usted y su tío se oponía, y Kates dejó en pie que deseaba casarse con usted, de la misma manera que otros doscientos galanes de la O.R.P. Más tarde, aquella misma noche, me enteré de que está casado ya y que su mujer se encuentra ahora en Florida. Una máquina de calcular que haya contraído matrimonio no tiene por

qué desear a ninguna muchacha guapa.

—¡Bah, querría ser simplemente galante o cortés!

—Una máquina de calcular no es galante. Otra cosa, ¿de dónde sale el dinero para mandar a su mujer a Florida, tal como están las cosas y tenerla allí hasta fines de marzo?

—Verdaderamente —dijo Nina—, por alta que sea la cuenta que le pase Wolfe a la A.I.N., está usted haciendo todo lo posible por justificarla. Tiene usted ganas de aclarar todos los puntos y no le importan los medios con tal de conseguirlo. Quizá la señora Kates ganó alguna cantidad en una lotería. Tendría usted que comprobarlo.

—Cuando la veo a usted tan indignada, siento tentaciones de rehusar tocar el dinero de la A.I.N. Algún día podré decirle cuan equivocada está usted al suponer que queremos achacar la culpa a uno de sus héroes, como Dexter o Kates. —Miré el reloj y exclamé—: Le queda a usted el tiempo justo de terminar el cigarrillo y el café.

Vino el camarero y me avisó:

—Le llaman al teléfono. La cabina de en medio. Sentí el impulso de mandar decir que había salido, porque sospeché que sería aquel tipo a quien había sobornado con tres perras chicas y que querría saber cuánto tiempo nos quedaríamos aún en el restaurante, pero

lo pensé mejor y me excusé ante la chica, porque caí en la cuenta de que había también otra persona que sabía mi paradero. Resultó ser la otra persona.

—Aquí Goodwin...

—Archie, venga usted en seguida.

—¿Para qué?

—Sin dilación.

—Oiga, íbamos a ver a la señora Boone. He conseguido que me reciba. Le diré que...

—Le digo a usted que venga en seguida.

Era inútil argüir; se expresaba como si tuviera seis tigres agazápalos ante él, prestos a saltar. Volví a la mesa y le dije a Nina, que nos habían estropeado la

tarde.

Capítulo XXVIII

Después de haber dejado a Nina en la puerta del Waldorf sin que hubiese cesado en su persecución el espía que había sobornado, y tras haberme abierto camino por entre el congestionado tráfico, sentí cierto alivio al llegar a mi destino y ver que la casa no estaba ardiendo. Sólo se observaban dos pormenores anormales: un coche de policía parado en nuestra puerta y un hombre en el descansillo. Estaba sentado en el peldaño superior y tenía

aspecto decepcionado pero tenaz. A éste le conocía de nombre; era un tal Quayle. Mientras subía yo las escaleras, le vi ponerse en pie y acercárase con una fingida cordialidad.

—¡Hola, Goodwin, qué suerte! ¿Es que no contesta nadie al timbre cuando se va usted? Entraré con usted.

—¡Qué inesperado placer! —le dije, mientras metía la llave en la cerradura y empujaba la puerta. La hoja se abrió medio palmo y se detuvo; estaba echada la cadena, como suele ocurrir cuando yo estoy fuera. Oprimí un timbre personal que tengo en el marco para semejantes casos y al instante oí acercarse los pasos de Fritz.

—Archie, es un policía —dijo—. El señor Wolfe no...

—¡Claro que no! Abra y obsérvenos bien. Este policía celoso de su deber podría muy bien perder el equilibrio y caer escaleras abajo y le necesito a usted como testigo de que no le he empujado. Debe doblarme la edad.

—Es usted un miserable —dijo Quayle volviendo a sentarse en el escalón.

Yo entre, crucé el vestíbulo, entré en el despacho y vi a Wolfe sentado ante su mesa más derecho que un huso, con los labios apretados, los ojos muy abiertos, las manos apoyadas en la mesa y los dedos engarabitados como si se

dispusiera a estrangular a alguien.

—¿Por qué mil demonios se ha retrasado usted tanto? —soltó.

—Perdone un momento. He venido todo lo de prisa que me ha permitido el tráfico, porque estaba convencido de que le había dado a usted un ataque.

—¿Quién es el inspector Ash?

—¿Ash? Usted ya le conoce. Era capitán bajo las órdenes de Cramer entre los años 1938 y 1943. Ahora está al frente de la Brigada de Homicidios en la comisaría de Queens. Es alto, cara huesuda, ojos fríos, incorruptible y sin sentido del humor. ¿Qué ha hecho?

—¿Está en buenas condiciones el coche?

—Claro, ¿por qué?

—Quiero que me lleve usted a la Jefatura de Policía.

—¡Dios santo! —exclamé dándome cuenta de que la situación no sólo era seria, sino trágica. ¡Wolfe, saliendo de casa, metiéndose en el coche, afrontando todos los peligros de la calle, visitando a un policía! Y lo que era más grave; ¡Abandonando a las orquídeas! Me derrumbé en una silla, sin habla y le miré atónito.

—Por suerte, cuando ha llegado ese hombre —dijo Wolfe—, la puerta estaba cerrada con la cadena. Le ha dicha a Fritz que venia a buscarme para ir a ver al inspector Ash. Cuando Fritz le ha

dado la contestación adecuada, ha exhibido una requisitoria donde se me considera testigo de la muerte de la señorita Gunther. Pasó el documento a través de la abertura de la puerta. Fritz le echó a la calle y cerró la puerta y por el cristal le vio dirigirse a la esquina, probablemente para telefonar, puesto que ha dejado el coche aquí, en la puerta de mi casa. Llamé a la oficina de Cramer y me dijeron que estaba ocupado. Finalmente conseguí ponerme en comunicación con alguien que me habló en nombre del inspector Ash y se me dijo que habían recibido un informe telefónico del hombre enviado por ellos y que a menos que le abriese la puerta y

acatase la requisitoria yendo con él, me remitirían en él acto una orden de detención. Con gran dificultad, hablé entonces con el comisario de policía. Trató de entretenerme con evasivas y me hizo lo que él calificó de concesión; es decir, manifestarme que podía ir a su oficina en vez de la del inspector Ash. Le dije que sólo a rastras conseguirían meterme en un vehículo que no fuera guiado por usted y él dijo que me esperaría hasta las tres y media, pero no más. Un ultimátum, con límite de tiempo y todo. Dijo también que el caso Boone-Gunther había sido sustraído a la investigación de Cramer y que había sido relevado en él por el inspector Ash.

Esta es la situación. Es inaceptable.

—¿Que le han pegado la patada a Cramer? —pregunté, incrédulo.

—Sí, esto es lo que me ha dicho el comisario.

—Son las tres y cinco. Aguarde usted un instante y trate de pensar en algo agradable —le dije a Wolfe mientras salía a la puerta.

Miré por el cristal y vi que a Quayle se le había agregado otro colega. Estaban sentados los dos en el descansillo volviéndome la espalda. Abrí la puerta y pregunté cordialmente:

—¿Qué programa tenemos?

—Contamos con otro papel —dijo Quayle volviéndose—. Ya se lo

enseñáremos cuando llegue el momento. Se trata de aquel talismán que abre todas las puertas, desde las más poderosas a las más humildes.

—¿Cuándo lo exhibirán? ¿A las tres y media?

—¡Váyase usted a paseo!

—¿Por qué no se lo dices? —respondió el otro.

—Es qué se las da de listo —dijo Quayle, y mirándome explicó—: A las tres y media pediremos órdenes.

—Así está mejor. Y ¿qué ocurrirá si yo salgo con Nero Wolfe, lo meto en mi coche y me lo llevo? ¿Exhibirán ustedes su papel y se mezclarán en ello?

—No, le seguiremos si va usted

directamente a la policía. Si intenta desviarse, será diferente.

—Conforme, acepto su palabra de honor. Si se olvida usted de ella y trata de apoderarse de él, me quejaré a la Oficina de Sanidad. Está enfermo.

—¿Qué le aqueja?

—Asientomanía crónica. No querrán ustedes atropellar una vida humana, ¿verdad?

—Sí, queremos.

Satisfecho, cerré la puerta, volví al despacho y le dije a Wolfe:

—Todo listo. A pesar de que nos seguirán, estoy dispuesto a llevarle a la policía o a una excursión al Canadá, como usted guste. Ya me lo dirá usted

cuando estemos en el coche.

Empezó a ponerse en pie, con los labios más apretados que nunca.

Capítulo XXIX

—Usted no es abogado —le dijo el inspector Ash a Wolfe en tono insultante, aunque la afirmación no tuviera nada de ofensivo en sí—. Lo que se le haya dicho o escrito carece de cualquier clase de privilegio ante mí.

Además de Wolfe y yo, las otras personas presentes eran Ash, el comisario de policía Hombert y el fiscal del distrito, Skinner, lo cual dejaba la espaciosa oficina de Hombert casi vacía, aun considerando que Wolfe valía

por tres.

—Lo malo de usted, Wolfe —dijo Ash, con fríos ojos, donde se reflejaba la luz que entraba por las ventanas—, es que mi predecesor, el inspector Cramer, le ha mimado demasiado. No sabía cómo conducirse con usted; le tenía usted hipnotizado. Al estar yo al frente del caso, ya advertirá usted la diferencia. Ya me conoce usted; ya recordará usted de lo poco que adelantó en el caso Boeddiker, de Queens.

—No lo empecé siquiera. Lo dejé. Y su abominable enfoque del caso le proporcionó al fiscal pruebas tan insuficientes que no pudo hacer condenar a un asesino cuya culpa era

manifiesta. Señor Ash, es usted un incompetente.

—No sé por qué...

—¡Basta ya! —interrumpió el comisario.

—Sí, señor —dijo Ash respetuosamente—. Sólo quería... deseaba...

—Me importa un pito lo que quería usted. Estamos en una situación apuradísima, que es lo único que me interesa. Si quiere usted interrogar a Wolfe acerca de este caso, llegue tan lejos como quiera, pero aplace los demás temas. Usted sugirió que Wolfe ocultaba algo y que era ya hora de llamarle a capítulo. Hágalo. Estoy

pendiente de usted.

—Sí, señor —dijo Ash—. Yo sólo sé que en todos los casos donde ha intervenido Wolfe al olor del dinero, se las ha arreglado siempre para hacerse con algún detalle que no tiene nadie más, y que siempre se ha aferrado a él hasta que le ha convenido soltarlo.

—Dice usted bien, inspector —dijo secamente el fiscal Skinner—. Y debería usted añadir que, cuando lo suelta, el resultado suele ser desastroso para el delincuente.

—¿Ah, sí? —preguntó Ash—. ¿Y por esta razón hemos de dejarle dar la pauta a la policía y a la oficina de usted?

—Quisiera preguntar —terció Wolfe — si se me ha arrastrado aquí para escuchar una discusión de mi carrera y personalidad.

—Se le ha arrastrado a usted aquí — dijo Ash fuera de sí— para que nos diga lo que sepa, sin ocultar nada, de estos crímenes. Usted sostiene que soy un incompetente. Yo no creo lo mismo que usted. Muy al contrario, estoy persuadido de que usted sabe algo que le proporciona una idea clara de quién mató a Cheney Boone y a la Gunther.

—¡Claro que la tengo! Y usted también.

Hubo algún bullicio entre ellos al oír estas palabras. Yo les hice una

mueca tranquilizadora para dar la impresión que no había motivo para inquietarse. Sabía que Wolfe estaba exagerando los efectos y ello podía conducir a algún resultado desagradable. Su natural romántico le conducía a veces a semejantes excesos, y el pararle, una vez se había arrancado, era difícil. Precisamente el detenerle era uno de mis cometidos.

—El señor Wolfe no quiere decir —expliqué— que tengamos al asesino abajo, metido en el coche. Falta aún una serie de detalles.

Los movimientos de Hombert y de Skinner se habían limitado a cierta agitación muscular, pero Ash se había

puesto en pie y se había venido a situar a medio metro de Wolfe, desde donde se puso a contemplarlo fijamente. Permanecía con las manos en la espalda, pero hubiera sido mejor para él recordar que la postura clásica de Napoleón era tener los brazos cruzados.

—Si esto ha sido una bravata, se la tendrá usted qué tragar —dijo—. Si no lo es, le voy a sacar del cuerpo toda la verdad. Déjeme usted llevármelo —le dijo a Hombert—. Aquí en su oficina sería violento.

—¡Qué imbécil! —murmuró Wolfe—. ¡Qué absoluto imbécil! —Y poniéndose en pie dijo—: He aceptado a regañadientes el discutir larga e

inútilmente un problema difícil, pero esto es una farsa. Lléveme a casa, Archie.

—No se irá usted —dijo Ash adelantándose y cogiendo a Wolfe del brazo—. Está usted detenido, amigo. Esta vez usted...

Ya sabía yo que cuando Wolfe se veía obligado a ello podía moverse con presteza y sabiendo cuál era su punto de vista respecto de que la gente le tocase, me había preparado para que se produjese este movimiento cuando vi a Ash cogerle del brazo. Sin embargo, la velocidad y la precisión con que abofeteó a Ash me sorprendieron tanto a mí como al propio Ash. El mismo

interesado no se percató de la bofetada hasta que la tuvo encima, con su optimista acompañamiento sonoro. Al mismo tiempo los ojos de Ash relampaguearon y se disparó su puño izquierdo; yo me levanté y me interpuse. Lo urgente del caso impedía permitirse fantasías y por ello me contenté con colocarme entre ellos dos y el puño de Ash chocó con mi hombro derecho. Con gran presencia de ánimo, ni siquiera doblé un codo y me contenté con permanecer allí a modo de barrera, pero Wolfe, que pretende odiar las riñas, me dijo entre dientes:

—Déle. Archie. Abátalo.

Mientras tanto, Hombert y Skinner,

viendo que se pronunciaban contra la efusión de sangre y no interesándome ser perseguido por agredir a un inspector, me retiré. Wolfe me miró y dijo:

—Yo estoy detenido y usted no. Telefonee al señor Parker para que disponga una fian...

—Goodwin se quedará aquí —dijo Ash con una expresión de crueldad que me sorprendió—. O, para mejor decir, los dos vendrán conmigo...

—Oiga —dijo Skinner agitando las manos, como un orador que quiere apaciguar una turba—. Esto es ridículo. Todos queremos...

—¿Estoy detenido?



—¿Estoy detenido?

—Vamos, no piense en esto.

Técnicamente, supongo...

—Así, pues, lo estoy. ¡Váyanse todos al infierno! —dijo Wolfe volviéndose a sentar—. El señor Goodwin telefonará a nuestro abogado. Si quieren ustedes sacarme de aquí, manden a llamar a alguien que me lleve. Si quieren ustedes cambiar impresiones conmigo, cancelen esas ordenes de detención y quítenme de delante al señor Ash. Me da náuseas.

—Yo me cuidaré de él —dijo Ash—
Ha golpeado a un policía.

Skinner y Hombert se miraron uno a otro. Luego miraron a Wolfe, luego a mí y luego volvieron a mirarse. Skinner

movió negativamente la cabeza. Hombert volvió a mirar a Wolfe y luego a Ash.

—Inspector —dijo—, me parece mejor que deje el asunto en nuestras manos. No ha estado usted al frente de este cargo lo bastante para... bueno, para asimilar la situación y, aunque he consentido en su propuesta de traer a Wolfe acá, dudo de que esté usted suficientemente... bueno, advertido de todos los aspectos. Ya le he descrito a usted el origen de las presiones más fuertes para que quitásemos al inspector Cramer la dirección de este caso, lo cual suponía relevarle de su mando, y por ello vale la pena pensar en que el

cliente de Wolfe es la A.I.N. Este es un detalle que se impone a nuestra reflexión. Mejor será que vuelva usted a su despacho, estudie mejor los informes y continúe las operaciones. En total, hay en la actualidad cerca de cuatrocientos hombres ocupados en este caso. Ya es bastante trabajo para uno solo.

—Como usted quiera —dijo penosamente Ash—, Pero sí quieren, ustedes que Wolfe se salga con la suya, dejando que califique de imbécil a uno de sus subordinados y permitiendo que le atropello físicamente en su oficina...

—No me importa un pito que se salga con la suya— dijo Hombert—. Lo único que me interesa es que se resuelva

este caso, y si no ocurre pronto tal cosa, bien podrá ocurrir que deje de tener subordinados. Vuelva a su trabajo y telefonéeme sí hay novedad.

—Sí, señor —dijo Ash, y al pasar por delante de Wolfe añadió dirigiéndose a éste—: Algún día le ayudaré a usted a perder algunos kilos.

Volví a mi silla. Skinner se había vuelto a sentar y Hombert miraba a la puerta que se había cerrado tras el inspector; se pasó luego los dedos por los cabellos, se instaló en su silla, detrás de la mesa y cogió un teléfono:

—¿Balley? Coja la orden de detención de Nero Wolfe como testigo y anúlela. Ahora mismo. Sí, anúlela y

mándemela.

—Y la orden de registro —apunté yo.

—Sí, también la orden de registro de su casa. Anúlela también y mándemelas ambas. Ya está usted complacido —le dijo a Wolfe—. Diga ahora, ¿qué sabe usted?

Wolfe suspiró profundamente. Una mirada superficial podía dar la impresión de que había recobrado la calma, pero mi ojo experto, al verle golpetear el brazo de la silla, se persuadió de que estaba aún lleno de agitación.

—Primero —murmuró— quisiera saber una noticia. ¿Por qué fue relevado

y cayó en desgracia el señor Cramer?

—No lo ha sido.

—¿Cómo lo llaman ustedes a esto, pues?

—Oficialmente, cambio de decoración, porque perdió la cabeza sin considerar la calidad de la gente complicada y echó sobre sí una carga superior a la que puede soportar el departamento. Tanto si se quiere como si no, se impone siempre el sentido de las proporciones. No se puede tratar a ciertas personas como si fuesen pilletes de ribera.

—¿De dónde procede la presión para tal caso?

—De todas partes. Jamás vi cosa

parecida. No doy nombres. Pero de todas maneras, no fue éste el único motivo. Es que Cramer no daba una. Por vez primera desde que le conozco, estaba desconcertado. En una conferencia, que sostuvimos ayer por la mañana, no pudo ni enfocar el problema inteligentemente. Tiene la mente absorta en un solo aspecto de él y no sabe ni pensar ni hablar de otra cosa: este famoso cilindro desaparecido, que pudo estar o no en la caja de cuero que Boone le dio a la señorita Gunther antes de ser asesinado.

—¿El señor Cramer estaba concentrado en esto?

—Sí, tenía a cincuenta hombres

buscándolo y quería dedicar a ello otros cincuenta.

—Y ¿éste fue uno de los motivos de su destitución?

—Sí, de hecho la razón principal.

—¡Vaya, entonces usted también es un imbécil! No sabía yo que el señor Cramer hubiese pensado en esto, y ello hace redoblarse la admiración y el respeto que le profeso. El encontrar ese cilindro no será quizá nuestra única esperanza, pero es la mejor que podemos acariciar. Si no aparece, hay muchas probabilidades de que no detengamos nunca al asesino.

—¡Ahora si que dice usted la verdad, Wolfe! —gruñó Skinner—. Ya

sospechaba que todo eran fuegos de artificio. Dijo usted que le tenía ya.

—No dije tal cosa.

—Dijo que sabía quién era.

—No; dije que sabía algo que me daba una clara idea de la identidad del asesino y dije que ustedes lo sabían también, ustedes saben muchas cosas que yo no conozco. No intenten dar a entender que han echado al señor Ash y me han libertado a mí para que yo nombre al criminal y proporcione la prueba. No puedo hacerlo.

Hombert y Skinner se miraron. Se produjo un instante de silencio.

—Entonces —dijo Hombert molesto—, ¿por qué dice usted que no tiene

nada que decirnos, que no sabe usted qué proponer y que no puede prestarnos ayuda?

—Les ayudo a ustedes todo lo que puedo. Estoy pagando a un hombre veinte dólares diarios para que explore la posibilidad de que la señorita Gunther rompiese aquel cilindro en mil pedazos y los echase a la, basura en Washington. Esto, Suponiendo lo peor, porque dudo de que lo destruyese. Creo que esperaba valerse de él algún día.

Hombert se removió en la silla como si la idea de perseguir un insignificante cilindro, posiblemente roto, le irritase.

—Venga —dijo con impaciencia—, díganos usted qué es lo que proporciona

una idea clara de quién es el asesino.
Empiece.

—No es una sola cosa.

—No me importa que sean una docena. Trataré de recordarlas. ¿Qué son?

—No, señor —dijo Wolfe.

—¿Por qué no?

—Me fundo en el estúpido trato que han dado ustedes al señor Cramer. Si mis observaciones les pareciesen interesantes, y creo que así sucedería, se las transmitirían ustedes al señor Ash y sabe Dios qué se les ocurriría hacer. Hasta por pura chamba, podría ocurrir que sus actos condujesen a esclarecer el caso, y yo no me detendré ante nada con

tal de evitar este resultado. ¿Ayudar al señor Ash a conseguir un triunfo? ¿Dios lo impida! Además —dijo dirigiéndose a Hombert— les he dado a ustedes el mejor consejo que ha estado en mi mano. Busquen este cilindro. Empleen en ello cien hombres, mil, pero encuéntralo.

—No pasamos por alto ese maldito cilindro. Pero diga, ¿cree usted que la señorita Gunther sabía quién mató a Boone?

—Claro que sí.

—Naturalmente, le gustó a usted el curso de los acontecimientos —intervino Skinner—. Si la señorita Gunther sabía quién era el criminal y

éste era de la A.I.N., nos lo habría entregado en bandeja. Sólo cabe ahora que sea uno de los otros cuatro: Dexter, Kates o las señoras Boone.

—En absoluto —contradijo Wolfe.

—¡Claro que sí!

—No —dijo suspirando Wolfe—.

Están ustedes desdeñando el detalle principal. ¿Cuál ha sido la característica más sobresaliente de este caso durante toda la semana? Que el público, el pueblo, ha procedido a juzgar, como siempre, sin esperar siquiera a que se produjese una detención y sin disensión alguna, ha sentenciado no a una sola persona, sino a una corporación. Esto es lo notable. El fallo dice que la A.I.N.

asesinó a Cheney Boone. Supongo que supiese que era el joven Erskine. ¿Le habría denunciado? No: ella estaba entregada en cuerpo y alma a los intereses de la O.R.P. Veía la ola de indignación y rencor contra la A.I.N. que iba creciendo en fuerza e intensidad. Se daba cuenta de que si esta marea se prolongaba algún tiempo, resultaría en desacreditar completamente a la A.I.N. a sus propósitos, iniciativas y objetivos. Era lo bastante inteligente para calcular que si se detenía a un individuo con buenas pruebas, fuese quien fuese, la mayor parte de este rencor contra la A.I.N. se desviaría de ésta para recaer en él. ¿Qué haría? —prosiguió Wolfe—.

Si contaba con pruebas contra el señor Erskine, o contra cualquier otra persona, las suprimiría, pero no las destruiría, porque no quería que el criminal escapase al final a su castigo. Las pondría en un lugar donde no se las pudiese descubrir, pero de donde ella las pudiese retirar y exhibirlas cuando llegase el momento, que sería cuando la A.I.N. estuviese lo bastante perjudicada. No hace falta siquiera presumir que fuese la lealtad a la O.R.P. su motivo principal. Supongan que fuese la devoción personal al señor Boone y su deseo de vengarle. La mejor venganza, la perfecta, sería emplear su muerte para causar el fracaso y la destrucción de la

organización que le había odiado y había intentado aniquilarle. En mi opinión, la señorita Gunther era capaz de ello. Era una joven muy notable, pero cometió la falta de dejar enterar al asesino de que ella conocía su identidad, y lo pagó con la vida. De todas maneras, observen ustedes que también su muerte sirvió al mismo propósito. En las dos últimas jornadas, la ola de odio contra la A.I.N. ha crecido inimaginablemente. Se está introduciendo en lo hondo de los sentimientos del pueblo y dentro de poco será imposible de extraerla de allí. No, señor Skinner, la señorita Gunther, aun conociendo la identidad del asesino,

no quería destrozar a mis clientes. Además, yo no tengo a ninguna persona por cliente. Mis cheques vienen de la A.I.N., la cual, por carecer de encamación, no puede cometer crimen alguno. Y hablando de cheques. Ya habrá usted visto el anuncio de la A.I.N. que ofrece cien mil dólares a quien descubra al asesino. Podría usted indicar a sus hombres que quien encuentre el cilindro perdido, podrá conseguir la recompensa.

—¿Ah, sí? —dijo escéptico Hombert—. Es usted tan torpe como Cramer. ¿De dónde saca usted esta maldita seguridad acerca del cilindro? ¿Lo tiene usted en el bolsillo?

—No, ¡ojalá!

—¿Por qué se siente usted tan seguro?

—Bueno, no puedo explicarlo en dos palabras.

—Disponemos de todo el tiempo que haga falta.

—¿No se lo explicó el señor Cramer?

—Olvídese de Cramer. No tiene nada que ver en esto.

—Lo cual no le favorece a usted en nada. Pues bien, estuvo claro desde el principio que la señorita Gunther mentía al hablar de la caja de cuero. El señor Cramer lo sabía, claro. Cuatro personas declararon haberla visto salir del salón

de recepción con ella, gente que en aquel momento no podía tener idea de que el contenido de la caja se relacionaba con el crimen, a menos que estuviesen complicadas en él, cosa que no se puede suponer sin insidia. Por ello no tenían razón alguna para mentir. Además la señora Boone mal podía acusar de falsedad a la señorita Gunther y se encontraba en la misma mesa que ella. De esta forma, se evidenció que la señorita Gunther mentía. ¿Lo comprenden?

—Prosiga usted —gruñó Skinner.

—Trato de hacerlo. ¿Por qué mintió en lo de la caja y pretendió que había desaparecido? Sin duda alguna, porque

no quería que el contenido de ninguno de los cilindros fuese conocido de otras personas. ¿Por qué no quería? No sólo porque contuviesen informaciones confidenciales de la O.R.P., porque semejante texto podía haber sido confiado sin temor al F.B.I. Pero ella audaz y desenfadadamente eliminó los cilindros. Lo hizo porque en ello había algo que señalaba directa e inequívocamente al asesino del señor Boone...

—No, esto no es admisible — Interrumpió Hombert—. Mintió acerca de la caja antes de saberlo. Nos mintió el miércoles por la mañana, la mañana siguiente a la muerte de Boone, diciendo

que había dejado la caja en el alféizar de una ventana, antes de haber tenido ocasión de escuchar lo que decían los cilindros. No podía saberlo.

—Sí, podía.

—¿Que podía saber lo que expresaban los cilindros antes de haber tenido a mano un «Stenophone»?

—Claro, por lo menos en cuanto se refiere a uno de ellos. El señor Boone se lo diría cuando le entregó la caja el martes por la noche en la habitación donde poco después sería asesinado. La señorita Gunther mintió también acerca de este detalle, como es natural. De la manera más convincente me quiso engañar el viernes por la noche en mi

oficina. La podía haber advertido de que era de una desvergonzada audacia, pero no quise molestarme en hacerlo, porque hubiera sido gastar saliva en balde. En su carácter no entraba la precaución ante el peligro, como lo demuestra el que, si no, no hubiera dejado a un hombre a quien sabía capaz de matar, acercarse tanto, a ella en el descansillo de la escalera. Era una mujer realmente extraordinaria. Sería interesante saber dónde ocultó la caja con los cilindros hasta el jueves por la tarde. Hubiera sido demasiado arriesgado el esconderla en el piso del señor Kates, porque podía ser registrado por la policía en cualquier momento. Quizá la consignó

en la estación Gran Central, aunque esta solución es demasiado trivial para ser suya. De una u otra forma, la llevaba consigo cuando fue a Washington el jueves por la tarde, con el señor Dexter y contando con el permiso de ustedes.

—Con el de Cramer —gruñó Hombert.

—Quiero hacer hincapié —dijo Wolfe sin hacer caso de su observación en el hecho de que nada de lo que digo son hipótesis, exceptuando algunos detalles insignificantes de tiempo y de método. En Washington, la señorita fue a su despacho, escuchó los cilindros y vio cuál era el que contenía el mensaje que le había anunciado el señor Boone. Sin

duda, quería enterarse de lo que decía, pero quería también simplificar el problema. No es fácil ocultar un objeto del tamaño de aquella caja ante los ojos de un ejército de investigadores expertos. Quería reducir el bulto a un solo cilindro. Cogió los nueve cilindros eliminados y los llevó a su piso de Washington, donde los escondió al desgaire en una sombrerera de un armario. Cogió también otros diez cilindros que estaban ya usados y que tenía en el despacho, los metió en la caja de cuero, la trajo consigo al volver a Nueva York y la consiguió en la estación Gran Central.

»Estas medidas eran otros tantos

preparativos para su intriga, y la hubiera continuado al día siguiente, valiéndose de la policía para sus embrollos, de no haber sido por la invitación que le hice al venir a mi despacho. Decidí aguardar a que se produjesen acontecimientos. No sé porqué desdeñó mi invitación y no quiero, aventurar mi hipótesis acerca de ello. Aquella misma noche, el señor Goodwin fue a buscarla y la trajo al despacho. La señorita le había causado profunda impresión y a mí también me pareció mujer de calidad excepcional. Sin duda alguna, su opinión de nosotros fue menos halagadora. Concibió la idea de que éramos más fáciles de engañar que la policía, y al día siguiente,

sábado, después de haber remitido el talón de la consigna al señor O'Neill y de haberle telefoneado, con el nombre de Dorothy Unger, me mandó un telegrama firmado por Breslow donde se insinuaba la idea de que no sería ninguna tontería vigilar los pasos del señor O'Neill. Agradecemos la estimación que hacía de nosotros. El señor Goodwin se situó en la puerta de O'Neill a primera hora del domingo, como se proponía la señorita Gunther. Cuando él salió, fue seguido y ya saben ustedes lo que ocurrió luego.

—No comprendo —dijo Skinner— por qué razón O'Neill se dejó burlar con tanta facilidad por la llamada de

Dorothy Unger. ¿Tan tonto es?

—Su pregunta llega más allá de mis investigaciones —dijo Wolfe—. El señor O'Neill es un hombre testarudo y espeso, lo cual puede explicar su conducta; sabemos que sintió una irresistible tentación de enterarse de lo que decían los cilindros, tanto porque podía haber matado al señor Boone o por cualquier otra razón que falta aún aclarar. Presumiblemente la señorita Gunther sabía lo que podía esperarse de él. De todos modos, su conspiración tuvo un éxito moderado. Nos mantuvo en aquel callejón sin salida durante un día o dos, removió el asunto de los cilindros y de la caja de cuero y supuso la

complicación de otra figura de la A.I.N. sin que, empero, se produjese el indeseable resultado, indeseable para ella, de que O'Neill quedase estigmatizado como criminal. Esta consecuencia quedaba pendiente para el momento que mejor conviniese a los designios de ella.

—Lo sabe usted con mucho detalle —dijo sarcástico Skinner—. ¿Por qué no la llamó a su despacho, o le telefoneó para enseñarle usted los deberes del ciudadano?

—Hubiera sido poco útil, porque había muerto.

—Entonces, ¿no lo supo usted hasta después de su asesinato?

—Claro que no, ¿Cómo lo iba a saber de esta forma? Parte de ello, si, pero no importa gran cosa. Pero cuando llegó la noticia de Washington, de que en su piso habían encontrado nueve de los cilindros dictados por Boone en la tarde de su muerte, nueve, no diez, descubrí enteramente el enredo. No quedaba otra explicación plausible. Todos los interrogantes vinieron a resultar inocuos e inútiles, excepto el de «¿Dónde está el décimo cilindro?»

—Siempre que empiece usted a hablar —dijo Hombert— acaba saliendo a colación ese maldito cilindro.

—Trate usted de empezar a hablar con sentido común dejando a un lado el

cilindro —dijo Wolfe.

—Y ¿si lo echó al río? —preguntó Skinner.

—No hizo tal. Ya le he explicado por qué no. Porque se proponía valerse de él, cuando llegase la ocasión, para hacer castigar al asesino.

—Y ¿si estuviera usted cometiendo su primera y única equivocación y ella efectivamente lo hubiera echado al río?

—Draguen los ríos. Todos los ríos que estuvieron a su alcance.

—No diga tonterías. Conteste a mi pregunta.

—En tal caso nos habrían tomado el pelo y jamás detendríamos al asesino —dijo Wolfe encogiéndose de hombros.

—¿Quiere usted decir, pues, que en calidad de investigador perito aconseja usted abandonar todas las sendas de pesquisa exceptuando la búsqueda de ese cilindro? —preguntó Skinner.

—No lo creo así —dijo meditativo Wolfe—. Y menos contando como cuentan ustedes, con un millar o más de hombres bajo sus órdenes. Claro está que no me encuentro informado de lo que se ha hecho y lo que se ha dejado de hacer, pero sé cómo debería conducirse el caso y me pregunto si no se habrán pasado por alto detalles de bulto, conociendo como conozco al señor Cramer. Por ejemplo, en cuanto al pedazo de tubería de hierro, supongo

que se habrá hecho todo lo posible por averiguar de dónde procedía. La cuestión de las llegadas a mi casa en la noche del lunes ha sido, como es natural, analizada con el mayor detenimiento. Se ha consultado a los moradores de todas las casas de mi manzana y a los de la acera de enfrente, con la débil esperanza, improbable en aquella quieta vecindad, de que alguien viese u oyese algo. La cuestión de quién tuvo ocasión de estar a solas con el muerto en la noche del banquete del Waldorf debe de haber tenido ocupada a una docena de agentes durante una semana, si es que no siguen atareados con ella. Las investigaciones tocantes a las relaciones

tanto ostensibles como clandestinas, la verificación de la coartada del señor Dexter... En fin, éstos y tantos más detalles tienen que haber sido considerados experta y detenidamente un millar de veces. Y ¿en qué situación se encuentran ustedes? —preguntó Wolfe—. Perdidos en una ciénaga de trivialidades y desconciertos hasta el punto de acudir a remedios tan frívolos como sustituir al señor Cramer por un bufón como el señor Ash o elaborar una orden para mi detención. Durante un largo espacio de tiempo me he familiarizado con los métodos y hazañas de la policía de Nueva York, pero jamás supuse que llegase el día en que el

inspector jefe de la Brigada de Homicidios creyese resolver un caso encerrándome en una celda, atacando mi persona, esposándome y amenazándome.

—Esto es una pequeña exageración. Este lugar no es una celda y no creo...

—Se proponía hacerlo —aseguró melancólicamente Wolfe—. Y lo habría hecho con toda naturalidad. Me han pedido ustedes consejo. Yo, en su caso, continuaría todas las investigaciones comenzadas ya e iniciaría otras que puedan ofrecer resultados, porque diga lo que diga el cilindro, si es que lo llegan a encontrar, les hará falta a ustedes toda clase de informaciones y aseveraciones complementarias. Les

sugiero que intenten lo siguiente: ¿Conocían ustedes a la señorita Gunther? ¿Sí? Bien. Siéntense, cierren los ojos e imagínense que son ustedes la señorita Gunther y que están sentados en la tarde del jueves en su oficina de la O.R.P. de Washington. Tienen en la mano el cilindro y el problema estriba en qué hacer con él. Quieren ustedes preservarlo de cualquier daño, quieren ustedes tenerlo fácilmente al alcance para cuando lo necesiten apresuradamente y estar seguros de que por mucho que la gente lo busque no lo encontrará. No se puede ocultarlo en la oficina. Hay que pensar en algo más eficaz, algo más depurado. La persona

que es capaz de preparar la treta de los nueve cilindros será también capaz de inventar algo notable en este otro sentido. ¿Quizá ante un asesinato, ante un caso de extrema gravedad y de la máxima importancia? ¿Se podrá confiar en persona alguna hasta este extremo? Están ustedes dispuestos a marcharse, a ir a su piso primeramente y luego a tomar el avión de Nueva York algunos días. ¿Llevan ustedes el cilindro consigo o lo dejan en Washington? De ser así, ¿dónde? ¿Dónde? Este es el problema, caballeros. Resuélvanlo de la misma manera que lo resolvió la señorita Gunther y habrán terminado sus quebraderos de cabeza. Estoy gastando

mil dólares diarios para tratar de saber cómo lo resolvió ella. —Al decir esto. Wolfe doblaba la cantidad, que además no salía de su bolsillo, pero por lo menos algo había de cierto en ello—. Vamos, Archie —me dijo—, quiero ir a casa.

No querían dejarle partir, ni aun entonces, lo cual era la mejor demostración del lamentable estado en que se encontraban. Wolfe les tranquilizó generosamente con unas pocas frases más, construidas académicamente con la correspondiente dotación de sujetos, predicados y oraciones subordinadas, ninguna de las cuales significaba un ardite, y luego

salió de la habitación llevándome en retaguardia. Observé que aplazó la salida hasta después que hubo entrado un empleado que dejó unos papeles en la mesa de Hombert, lo cual ocurrió en el momento en que Wolfe le aconsejaba a él y a Skinner que se figurasen que eran la señorita Gunther.

Al regresar a casa, se sentó en el asiento posterior del coche, en gracia a su teoría de que cuando el coche chocaba con algún objeto tenaz, las probabilidades de salir con bien, aun siendo pocas, eran mayores estando en el asiento posterior que en el delantero. Mientras nos habíamos dirigido a la jefatura de policía, le había trazado, a

petición suya, un esquema de mi sesión con Nina Boone y ahora, al volver a casa, estaba completando las lagunas de éste. No pude decir si contenía bocado alimenticio alguno, porque le daba la espalda y no podía ver su cara por el espejo retrovisor y además porque las emociones que suscitaba en él el ir en un vehículo eran tan intensas que no le dejaban lugar para reaccionar por minucia alguna.

Cuando llegamos a casa y Fritz nos abrió la puerta y yo recogí el sombrero y el gabán de Wolfe, me pareció que estaba casi de buen humor. Había frustrado una tentativa de violencia contra él, estaba en casa y eran las seis,

hora de tomar la cerveza. Pero Fritz destruyó en el acto su bienestar anunciándole que en el despacho le esperaba una visita. Wolfe le dirigió un gruñido y preguntó ferozmente:

—¿Quién es?

—La viuda del señor Cheney Boone.

—¡Cielo santo, aquella histérica!

Opinión esta absolutamente injusta, porque la señora Boone había estado en casa sólo dos veces, de la manera más tranquila y yo no había advertido en ella la menor muestra de histerismo.

Capítulo XXX

Wolfe acogió a la señora Boone con una frase inhospitalaria:

—Señora, dispongo de diez minutos.

—Como es natural, se preguntará usted qué me trae aquí —dijo ella.

—Naturalmente.

—Quiero decir el por qué de mi visita, dado caso que usted figura en la acera de enfrente. Se trata de que he telefoneado a mi primo esta mañana y me ha hablado de usted.

—Yo no estoy en el otro lado de la

calle ni en lado alguno. Me he comprometido a detener a un asesino. ¿Conozco a su primo?

—Es el general Carpenter. Este es mi apellido de soltera. Es primo hermano mío. De no haber estado en el hospital de resultas de una operación, habría intervenido para ayudarme cuando mi marido fue asesinado. Me dijo que no creyese nada de lo que usted me dijese, pero que hiciese todo lo que me aconsejase usted hacer. Dijo también que tiene usted unas normas de conducta personales cuando trabaja en un caso de asesinato, y que el único que de veras puede estar seguro de usted es el criminal. Ya que conoce usted a mi

primo, se podrá figurar el sentido de sus palabras. Yo ya estoy acostumbrada a sus cosas.

—¿Y...? —adelantó Wolfe.

—He venido a recibir consejo de usted. O más bien, a decidirme acerca de si deseo recibir consejo de usted. Tengo necesidad de que me lo dé alguien y no sé ¿Tengo que explicarle por qué razón prefiero no acudir a uno del F.B.I. o de la policía?

—No está usted obligada, señora, a explicarme nada. Ha hablado usted ya tres o cuatro minutos.

—Ya lo sé. Mi primo me advirtió que sería usted de una aspereza inverosímil. Por ello me parece abordar

el asunto directamente y decirle que me considero responsable de la muerte de Phoebe Gunther.

—Esta es una idea molesta. ¿De dónde la ha sacado?

—He aquí lo que quiero explicarle aunque no he acabado de decidirme a ello. Anoche creí volverme loca; no sé qué hacer, porque siempre me apoyaba en mi marido para tomar las decisiones graves. No quiero hablar de ello con el F.B.I. o la policía, porque es posible que yo haya cometido alguna modalidad de crimen; no lo sé Pero me parece una tontería explicárselo a usted cuando reparo en los sentimientos que profesaba mi marido respecto de la A.I.N., a cuyo

sueldo trabaja usted ahora. Me parece que tendría que acudir a un abogado, y conozco una porción de ellos, pero no parece haber ninguno a quien pudiera confiarme. Siempre llevan ellos el peso de la conversación y una no entiende lo que dicen.

Estas palabras parecieron suavizar un poco a Wolfe. Empezó a prestar un poco más de atención y se tomó la molestia de repetir que no estaba a favor de ningún lado.

—En lo que a mí respecta, este no es ningún pleito privado, como puede serlo para otros. ¿Qué crimen cometió usted?

—No sé si lo fue...

—¿Qué hizo usted?

—No hice nada; esto es lo terrible. Lo que ocurrió fue que la señorita Gunther me informó de sus actos y yo la prometí que no se lo diría a nadie y no lo cumplí, y ahora tengo la sensación,, —Se detuvo un momento y luego prosiguió—: No miento, no, tengo la sensación... Estoy segura de...

—¿De qué?

—Estoy segura de que si hubiera informado a la policía de lo que ella me dijo, no la habrían matado. Pero no lo hice, porque ella expresó que lo que estaba realizando era en favor de la O.R.P., y daño de la A.I.N. y que esto es lo que mi marido hubiera deseado por encima de todo. Y llevaba razón. Aun

estoy pensando si debo decirlo a usted o no. A pesar de lo que usted diga, subsiste el partido de mi esposo y el contrario, bajó cuyas órdenes trabaja usted. Después de haber hablado con mi primo, decidí venir y ver qué aspecto me presentaba usted.

—¿Y qué aspecto presentó?

—No lo sé; de veras que no lo sé.

Wolfe frunció el ceño, suspiró y luego se volvió hacia mí.

—Archie...

—Sí, señor.

—Coja su cuaderno de notas. Hay que despachar esta carta esta noche misma para que la entreguen por la mañana. A la A.I.N., a la atención del

señor Frank Thomas Erskine. Muy señores míos: El curso de los acontecimientos me obliga a informarles de que me será imposible continuar actuando por cuenta de ustedes en la investigación de los asesinatos del señor Cheney Boone y de la señorita Phoebe Gunther. Por ello, les adjunto un cheque por el valor de treinta mil dólares, devolviendo el anticipo que me hicieron ustedes y terminando así mi asociación con ustedes en este asunto. Su afmo., s. s.»

—¿Extiendo el cheque? —pregunté después de hacer el último rasgo.

—Naturalmente. Mal podrá usted adjuntarlo si no lo extiende. Espero,

señora Boone —dijo dirigiéndose a ella —que este gesto tendrá algún efecto sobre sus resistencias. Aun aceptando el punto de vista de usted de que yo me encontraba en la acera de enfrente, ya ve usted que ya no estoy en ella. ¿Qué le dijo la señorita Gunther que hacía?

—¿Treinta mil dólares? —dijo ella mirándole atónita.

—Sí, una cantidad importante.

—Pero ¿esto era lo que le pagaba la A.I.N.? ¿Sólo treinta mil? Yo me figuraba que era veinte veces más. Disponen de cientos de millones, de billones...

—Era sólo el anticipo. De todos modos, ahora soy neutral. ¿Qué le decía

la señorita Gunther?

—Pero, pero... Ahora no cobrará usted nada —repitió asombrada la señora Boone—. Mi primo me dijo que durante la guerra trabajó usted con mucho afán para el Gobierno sin cobrar nada, pero que a los particulares les cobra unas facturas indignantes. Debo informar a usted a usted, por si no lo sabe, que está en mi mano pagarle la factura más indignante que pueda usted imaginar. Podría... —vaciló un instante y continuó—: Podría darle cien mil dólares.

—No quiero dinero —dijo exasperado Wolfe—. Si no puedo tener un cliente en este caso sin que se me

acuse de estar tomando parte en una sanguinaria «vendetta», ¿Quiere usted decir de una vez qué le contó la Gunther?

La señora Boone me miró y yo tuve la molesta sensación de que trataba de encontrarme algún parecido con su difunto marido. Como él estaba muerto y la mujer se sentía desprovista de su respaldo para las decisiones importantes, yo creí que podría venir bien hacerle un gesto de aliento, y lo hice. No sé si ello fue lo que rompió el dique o no, pero para algo debió de servir, porque ella empezó a hablar.

—La señorita sabía quién mató a mi marido. Mi marido le dijo algo cuando

le entregó la caja de cuero y ella obtuvo la noticia a través de estas palabras; y además le dictó algo en uno de los cilindros. Así, pues, el cilindro era una prueba y ella lo conservaba. Lo tenía guardado y se proponía darlo a la policía, pero esperaba a que las murmuraciones y los rumores y la indignación pública contra la A.I.N. la hubiesen producido todo el daño posible. Me lo dijo, porque yo fui a visitarla y le enteré de que me daba cuenta de que no decía verdad en lo de la caja de cuero. Yo sabía que la tenía consigo en la mesa del banquete y no quería mantenerme en silencio más tiempo acerca de ello. La señorita me

informó de sus actos para que no diese cuenta a la policía del asunto de la caja.

—¿Cuándo ocurrió esto? ¿Quería?

La señora Boone reflexiona un momento, se ahondó la arruga de su frente y luego movió la cabeza con vacilación.

—Las fechas las tengo, todas mezcladas...

—Claro está, señora Boone. Usted estuvo aquí con los demás por vez primera la noche del viernes, cuando se disponía a hablar de ello y cambió de opinión. ¿Fue antes o después?

—Después, al día siguiente.

—Luego, fue el sábado. Otra cosa que la ayudará a usted a situarse; el

sábado por la mañana recibió usted un sobre por correo que contenía su retrato de bodas y el permiso de conducción. ¿Lo recuerda? ¿Fue el mismo día?

—Sí, ciertamente. Porque aludí a ello, y ella me dijo que había escrito una carta al hombre que mató a mi marido. Ella sabía que mi marido había llevado siempre el retrato en la cartera desaparecida. Lo había llevado durante más de veinte años, durante veintitrés...

La voz de la viuda se extinguió. Renunció a seguir hablando y tragó saliva. Si perdía el gobierno de sí misma y empezaba a llorar y a gritar no se podía profetizar lo que haría Wolfe. Hasta quizá trataría de mostrarse

humano, lo cual nos producirla a todos una violencia terrible. Por ello le dijo:

—Vaya, señora Boone, descanse. Cuando esté usted repuesta díganos para qué le escribió una carta al asesino. ¿Para decirle que le mandase a usted el retrato de bodas?

—Sí —dijo ella con un hilo de voz.

—Claro está —intervino Wolfe para ayudarla.

—Me dijo que ya se daba cuenta de que yo quería tener aquel retrato y le escribió para decirle que sabía quién era y que debía mandármelo.

—¿Qué más le decía?

—No lo sé. Sólo me informó de esto.

—Pero le dijo a usted quién era.

—No, no me lo dijo; dijo que no quería explicármelo porque no podía creer que yo supiese ocultarlo. Dijo que no tenía que preocuparme por su castigo, que no había duda alguna de éste y que además era peligroso para mí el saberlo. Aquí es donde creo ahora que me equivoqué y por ello digo que soy responsable de su muerte. Si era peligroso para mí, Igual lo tenía que ser para ella, sobre todo después de haberle escrito aquella carta. Debía haberle dicho a la señorita Gunther que informase a la policía, y de no haber querido, haber roto yo mi promesa y dar parte yo misma. De esta forma no la

hubiesen matado. Además dijo ella que estaba vulnerando una ley, ocultando informados y sustrayendo una prueba, y por ello tengo también sobre mi conciencia el haberla ayudado a delinquir.

—No hace falta que se preocupe ya de esto. Quiero decir, de este delito —dijo Wolfe—. Se aclarará todo en cuanto me diga usted, y yo se lo diga a la policía, dónde puso el cilindro la señorita Gunther.

—No puedo. No lo sé, no me lo dijo.

Wolfe abrió los ojos por completo.

—No, señor. Este es otro motivo por el que le he venido a ver. Dijo que no

tenía que preocuparme por el castigo del asesino de mi marido. Pero si esta es la única prueba...

Wolfe volvió a cerrar los ojos. Se produjo un largo silencio. La señora Boone me miró, quizá aún con idea de encontrar un parecido, pero la expresión de su cara no parecía indicarlo así.

—Ya, ve usted, pues, por qué necesito consejo —dijo finalmente.

Yo, en lugar de Wolfe, me habría mostrado agradecido a la corroboración de las hipótesis que había formulado, pero él, por lo visto, estaba demasiado abatido por el fracaso de sus esperanzas de encontrar el cilindro.

—Lamento, señora —dijo sin que en

su voz se observase matiz alguno de lamentación—, que no pueda serle de ningún auxilio. No puedo hacer nada. Todo lo que puedo darle es lo que usted dice que ha venido a buscar: consejo. El señor Goodwin la llevará a usted a su hotel. Al llegar telefonee inmediatamente a la policía y dígales que tiene usted noticias para ellos. Cuando vayan a verla, dígales todo lo que me ha dicho usted y conteste a todas las preguntas que pueda. No tiene usted que temer que la consideren delincuente. Convengo con usted en que si hubiera usted violado la promesa que le hizo a la señorita Gunther, a estas horas probablemente no estaría muerta, pero

ella fue quien le requirió a usted la promesa; por lo tanto, la responsabilidad es de ella. Además, estoy seguro de que puede soportarla. Sorprende ver la pesada carga de responsabilidades que pueden llevar los muertos. Quítese estas ideas de la imaginación, si puede. Buenas tardes, señora.

Así, pues, llevé a casa a una Boone, aunque no a Nina. La señora no pareció tener demasiado interés en hablar, lo cual simplificó las cosas. La deposité sana y salva en la puerta del Waldorf y volví calle abajo.

Cuando entré en la oficina vi que Wolfe estaba bebiendo cerveza. Metí la

cabeza sólo para decirle:

—Estaré en el piso de arriba. Me gusta siempre lavarme las manos después de haber estado con cierta especie de policías. Me refiero al inspector Ash...

—Pase. Mejor será que despachemos lo de la carta y el cheque.

—¿Cuál, el de la A.I.N.?

—Sí.

—¡Dios mío! ¿No querrá usted decir que va a mandar de veras esta carta?

—Claro que sí. ¿No le dije a esa mujer que lo haría? ¿No estaba previsto así sobre la base de que me explicase cosas?

Me senté y le eché una mirada

penetrante.

—Proceder así no sólo es excéntrico, sino insensato ¿De dónde sacará usted el dinero para pagarnos? ¿Y de dónde le ha venido este escrúpulo súbito? De todas maneras, la señora ha dejado de decirle lo único que quería usted saber. —Y finalmente en un tono respetuoso y trascendental, dije—. Lamento informarle, señor, de que el talonario de cheques se ha perdido.

—Extienda el cheque y escriba la carta —dijo y señalando a un montón de sobres que había en su mesa, añadió—: Luego podrá usted examinar estos informes de la oficina del señor Bascom. Acaba de traerlos un

mensajero.

—Pero si no tenemos clientes...
¿telefonaré a Bascom para que se los
vuelva a llevar?

—No, por cierto.

Fui al arca a buscar el talonario.
Mientras rellenaba los blancos, afirmé:

—Las estadísticas demuestran que el
cuarenta y dos por ciento de los genios
se vuelven locos tarde o temprano.

No hizo ningún comentario; se bebió
la cerveza en silencio. Pensé que el
contenido de los sobres de Bascom
debía de ser de interés, supuesto que
ahora lo seguía pagando con su propio
dinero. Golpeé furiosamente las teclas
de la máquina. Cuando le puse delante el

cheque y la carta para que los firmase, dije melancólicamente:

—Perdone usted que aluda a ello. Pero no nos habría venido mal el cheque de cien mil dólares de la señora Boone. Esta cantidad parece adecuada a la velocidad que llevan nuestros gastos y ella dijo que podía dárnosla.

—Mejor será que lleve usted esta carta a la estafeta —dijo, mientras secaba la firma—. Sospecho que a veces falla la recogida nocturna de ese buzón.

Así, pues, me correspondía sacar el coche de nuevo. No me separaba más que un paseo de diez minutos de la estafeta de la calle 9, pero no tenía

ganas de andar. Me gusta hacerlo sólo cuando veo claro lo próximo futuro. Al regresar, metí el coche en el garaje, pensando que la noche estaría vacía de acontecimientos Wolfe seguía sentado en la oficina y su exterior era perfectamente normal. Me miró, luego echó una ojeada al reloj y volvió a mirarme.

—Siéntese un momento, Archie. Ya tendrá usted tiempo bastante para lavarse las manos antes de la cena. El doctor Vollmer vendrá a vernos dentro de un rato y necesita usted algunas instrucciones. Estaré enfermo.

Por lo menos volvía a tener el talento lo bastante despierto para mandar a buscar a un médico.

Capítulo XXXI

El doctor Vollmer era esperado a las diez. A las diez menos cinco dispusimos la tramoya en el dormitorio de Wolfe. Yo me senté en la propia silla de Wolfe, al lado de la pantalla, con una revista. Él se acostó. Wolfe, cuando estaba acostado, constituía siempre un espectáculo notable, a pesar de estar yo acostumbrado a presenciarlo. El doctor, una vez le hubo franqueado la entrada Fritz, conocedor como era de la casa, subió a solas al primer piso y entró en la

alcoba. Llevaba su estuche en la mano. Se dirigió a la cabecera del enfermo con la mano extendida y un cariñoso saludo, en los labios. Wolfe torció el cuello para mirarle la mano, gruñó con escepticismo y murmuró:

—No, gracias. ¿Qué límite me presenta usted? Yo no quiero límites.

—Tendría que haberle explicado... —empecé yo a decir presuroso.

—¿Es que se presta usted a pagar dos dólares por una libra de mantequilla? —tronó Wolfe interrumpiéndome—. ¿Cincuenta centavos por unos cordones de zapatos? ¿Un dólar por una botella de cerveza? ¿Veinte dólares por una orquídea? Ande,

maldita sea, ande, contésteme...

Vollmer se sentó en el canto de una silla, depositó el estuche en el suelo, miró parpadeando varias veces a Wolfe y luego a mí.

—Usted me acusa de haberle traído engañado —prosiguió Wolfe—. Me acusa usted de pedirle dinero. Total, porque le he solicitado cinco dólares que le pagaré cuando haya estallado la próxima guerra, pero ¡Déjeme usted que le advierta! ¡Usted me seguirá! Reconozco que yo estoy destruido, que han acabado conmigo y que me siguen persiguiendo.

Vollmer me miró significativamente y preguntó:

—¿Quién le ha encargado de recitar este papel?

Esforzándome en no reír, moví la cabeza amargamente y dije:

—Hace varias horas que está así; desde que le traje a casa.

—¡Ah! ¿Ha estado fuera?

—Sí, señor, desde las tres y cuarto hasta las seis. Detenido.

—Bueno —dijo Vollmer volviéndose hacia el enfermo —tío primero que hay que hacer es traer unas enfermeras. ¿Dónde está el teléfono? O esto o llevarle a una clínica.

—¿Enfermeras? —preguntó despectivamente Wolfe— ¡Bah! ¿No es usted médico acaso? ¿No sabe usted

diagnosticar una depresión nerviosa?

—Sí.

—¿Y no es lo que tengo?

—No parece ser... muy típica.

—Observación deficiente —dijo Wolfe—. O quizá es una laguna en sus conocimientos. Es una manía persecutoria característica.

—¿Quién le persigue?

—Me parece que ya vuelve —dijo Wolfe cerrando los ojos—. Explíquesele, Archie.

—Mire, usted, doctor —dije—. La situación es grave. Como usted sabe, el señor Wolfe estaba investigando los asesinatos de Boone y Gunther por cuenta de la A.I.N. Los jefes no se

mostraron satisfechos de la actuación del inspector Cramer y lo han reemplazado por un gorila que se llama Ash.

—Ya lo sé. Viene en el periódico de la noche.

—Bien, en el de mañana verá usted que Nero Wolfe ha devuelto el anticipo de la A.I.N. y ha roto las relaciones con ella. Cuando reciba ésta la carta, se abrirán las puertas del infierno contra nosotros. No sabemos lo que hará la A.I.N. y no nos importa. O mejor dicho, no le importa al señor Wolfe. Pero si sabemos muy bien lo que hará la policía. Primero, al no estar vinculado Wolfe con la A.I.N. desaparecerá en ellos toda

razón para la blandura; segundo, sabiendo que Wolfe no ha tenido nunca a ningún asesino por cliente y sabiendo también lo difícil que es hacerle soltar el dinero, deducirán que alguno de los de la A.I.N. es el criminal y que Wolfe lo sabe. A las diez de la mañana o antes tendremos en la puerta el coche celular y la orden de traslado. Es lástima desilusionarles, pero todo lo que puedo hacer es recibirles con otro papel, firmado por un médico de prestigio que certifique que en el actual estado de Wolfe será peligroso sacarle de la cama o permitir que nadie converse con él. Este es el estado de los asuntos. Hace cinco años, cuando Wolfe le hizo un

pequeño favor, en ocasión de aquel pícaro que quise enmarañarle a usted acusándole de incompetencia, le dije usted a Wolfe que cuando quisiera algo no tenía más que pedir. Le advertí a usted que quizá se arrepentiría de ello. Amigo mío, ha llegado el momento de pedirselo.

Vollmer se frotaba el mentón. No se exteriorizaba en él resistencia alguna; sólo estaba pensativo. Miró a Wolfe en silencio y volviéndose hacia mí, dijo:

—Tengo, naturalmente, una comezón tremenda de hacer preguntas, pero supongo que no me las contestarán.

—Por lo menos, yo no, porque no sé qué decirle. Puede usted intentarlo con

el paciente.

—¿Durante cuánto tiempo debe actuar el certificado?

—No tengo idea.

—Si tan malo está que tenga que prohibir que le visiten, me veré en el caso de visitarle dos veces al día, por lo menos. Y para completar el cuadro, tendría que hacer enfermeras.

—No —respondí—, reconozco que tendría que haberlas, pero él se pondría malísimo. En cuanto a usted, venga cuanto quiera, porque además me aburriré mucho seguramente. Y este certificado redáctelo de la manera más rotunda que pueda. Diga que le producirá la muerte el que cualquiera

cuyo apellido empiece por «A» le mire.

—Ya lo concebiré en términos eficaces. Lo traeré dentro de diez minutos o cosa así.

Capítulo XXXII

No me aburrí nada durante los dos días y medio en los que rigió el certificado, jueves, viernes y parte del sábado; los periodistas, los policías, el F.B.I., la A.I.N. reconocieron unánimemente que yo estaba defendiendo el baluarte en circunstancias muy críticas e hicieron todo lo posible para distraerme de ellas. En aquellas jornadas me gané un sueldo diez veces mayor. Durante el asedio, Wolfe permaneció en la alcoba, con la

puerta cerrada y una de las llaves en el bolsillo de Fritz y otra en el mío. El mantenerse apartado del despacho, del comedor y de la cocina durante aquel lapso de tiempo fue, sin duda, duro para él, pero el auténtico sacrificio, el más grave, fue el renunciar a sus dos excursiones diarias al invernadero. Tuve que explicarle detenidamente que si una patrulla llegada por sorpresa me exhibía una orden de registro, podría ser que me viese impotente para avisarle que volviese a la cama a tiempo y además Teodoro dormía fuera de casa y aun no siendo traidor, podía escapársele inadvertidamente que su enfermo patrono no parecía pasarlo mal entre las

orquídeas, por la misma razón me negué a que Teodoro bajase a consultarle a la alcoba.

—Ya que está usted enfermo —le dije el jueves o el viernes a Wolfe— me compete a mí el llevar las riendas de las cosas. Bastante me coarta el no tener la menor noticia del estado de nuestras investigaciones...

—No diga tonterías. Bastante lo sabe usted. Tengo veinte hombres en busca de aquel cilindro. Sin él nada se puede hacer. Hay que encontrarlo y lo encontraremos. Prefiero esperar aquí en mi alcoba en vez de en la cárcel.

—Usted divaga —dije excitado, porque acababa de tener una media hora

terrible con otra delegación de la A.I.N. en el despacho—. ¿Porqué tuvo usted que romper con la A.I.N. antes de meterse en cama? Aun concediendo que los matase uno de ellos y que usted lo sepa, que es lo que dice todo el mundo, tendrá usted que demostrarme que no había razón alguna para devolverles el dinero. Usted mismo decía que su cliente era la A.I.N. y no particular alguno. ¿Por qué les devolvió usted, pues, el dinero? Y si este cilindro no es una quimera, sino que existe y contiene todo lo que usted dice, ¿qué pasará si no se le encuentra nunca? ¿Que hará usted? ¿Pasarse en cama el resto de sus días, con el doctor Vollmer prorrogando el

certificado cada mes?

—Aparecerá. No lo destruyeron; existe, y por ello se le encontrará.

Le miré escépticamente, me encogí de hombros y lo dejé correr. Cuando se pone terco, no sirve de nada hablar con él. Volví al despacho, me senté y contemplé con rencor la máquina del «Stenophone» que teníamos en un rincón. El motivo principal que tenía yo para admitir la sinceridad de las creencias de Wolfe, era que pagaba un dólar diario por el alquiler de aquel aparato. No era esta la única razón: Bill Gore y veinte agentes de Bascom estaban indudablemente entregados a la búsqueda del cilindro. Se me había

encargado leer sus informes antes de subírseles a Wolfe y, en realidad, eran un capítulo notable de la historia de la caza. Bill Gore y otro tipo estaban repasando todas las amistades de Phoebe Gunther, y aun sus conocidos, en Washington y otros dos hacían lo propio en Nueva York. Otros tres recorrían el país entero, dirigiéndose a los lugares donde ella tenía amistades, basándose en la hipótesis de que les hubiera mandado el cilindro por correo, aunque esto parecía un poco fantástico, porque como Wolfe había dicho, ella deseaba tenerlo fácilmente a mano. Otro de los agentes se había enterado de que la Gunther había visitado un salón de

belleza en Nueva York el viernes por la tarde y lo revolvió de arriba abajo. Tres habían empezado a trabajar en los depósitos de paquetes, pero habían descubierto que éstos estaban ya batidos por la policía y el F.B.I. y se habían retirado a otro campo. Estaban intentando precisar todos los pasos que ella había dado a pie y se pasaban el día por las aceras, con los ojos puestos en cualquier lugar donde ella hubiera podido esconderlo, como un buzón, por ejemplo. El viernes por la noche, para distraerme de las preocupaciones, traté de imaginar cualquier posible lugar aun no tocado por ellos. Me dediqué a ello durante una hora sin éxito, porque

efectivamente tenían todo el país en la mano. El caso de Saúl Panzer era especial, porque telefoneaba cada dos horas, no sé desde dónde, y yo obedecía las instrucciones recibidas de contestarle con la cabecera de Wolfe sin terciar en la comunicación. Además hizo dos visitas personales, una a la hora del desayuno del jueves y la otra a última hora de la tarde del viernes, y cada vez estuvo a solas con Wolfe.

A medida que se prolongó el asedio, mis choques con Wolfe aumentaron en frecuencia e intensidad. Tuvimos uno el jueves por la tarde a propósito del inspector Cramer. Wolfe me llamó por el teléfono interior para pedirme que

llamase a Cramer, con quien él quería sostener una conversación telefónica. Me negué en redondo. Mi punto de vista era que, por amargado que estuviese Cramer o por mucho que deseara espolvorear a Ash con DDT concentrado, era siempre un policía y por ello no debía confiársele ningún indicio como lo era, por ejemplo, el hecho de que la voz de Wolfe sonase natural y sensata. Ello redundaría en crear dudas en torno del certificado del doctor Vollmer. Wolfe se prestó finalmente a que nos contentásemos con localizar a Cramer y sondear su estado. No fue difícil: Lon Cohen me dijo que tenía un permiso de dos semanas;

cuando telefoneé me contestó el propio Cramer. Me habló seca y estrictamente. Cuando hube colgado, llamé a Wolfe por el teléfono interior y le dije:

—Cramer está disfrutando de un permiso, retirado en su casa, lamiéndose las heridas. No ha querido decirme si estaba acostado. De todas maneras, se puede establecer contacto con él en cualquier momento, pero no se muestra afable. Se me ha ocurrido la idea de mandar al doctor Vollmer a verle.

Un aspecto de la comedia que estábamos representando era que yo tenía el deber de admitir la entrada de cualquier visita honorable para que nadie tuviese la impresión de que en

casa pasaba algo anormal, antes bien que era una morada asaltada por la desdicha. Aun cuando los periodistas y otros varios exploradores me daban muy mala vida, los peores eran la A.I.N. y los policías. Alrededor de las diez de la mañana del jueves, telefoneó Frank Thomas Erskine. Quería hablar con Wolfe, pero claro está, no lo consiguió. Hice todo lo posible por explicarle la situación, pero tan inútil hubiera sido explicarle a un hombre muerto de sed que queríamos guardar el agua para lavar la ropa. Antes de una hora vinieron los seis de la A.I.N., los dos Erskine, Winterhoff, Breslow, O'Neill y Hattie Harding. Me mostré amable, les

hice pasar al despacho, les traje sillas y les dije que era imposible hablar con Wolfe.

Me fue un poco difícil mantener la conversación con ellos, porque estaban rebosantes de ideas y de palabras para expresarlas y no había nadie que actuase de presidente, eran primero, que el haberles Wolfe devuelto el dinero era una traición; segundo, que si lo hizo por estar enfermo, podía habérselo dicho en la carta; tercero, que debía haber anunciado inmediata y públicamente su enfermedad para evitar el creciente rumor de que había roto con la A.I.N. por haber conseguido pruebas concluyentes de la culpabilidad de ésta;

cuarto, que si tenía pruebas de la culpa de uno de la A.I.N. querían saber quién era antes de cinco minutos; quinto, que no creían que estuviese enfermo; sexto, que quién era el médico; séptimo, que si estaba enfermo, cuándo se restablecería; octavo, que si comprendía yo que habían pasado ya dos días y tres noches desde el último asesinato y que el perjuicio inferido a la A.I.N. era incalculable e irremediable; noveno, que cincuenta o sesenta abogados eran de la opinión de que el haber abandonado Wolfe el caso sin aviso aumentaría enormemente el perjuicio y por ello se podían querellar contra él; y luego muchos más puntos, el décimo, el undécimo, el duodécimo, y

así sucesivamente.

A lo largo de los años, he visto en aquel despacho una buena cantidad de gente frenética, desesperada y amargada, pero aquel lote de muestras era insuperable en tal sentido. Por lo que veía, la calamidad común les había vuelto a unir y se había evitado el peligro de una escisión. En un momento dado, su unánime anhelo de ver a Wolfe llegó a tal punto que Breslow, O'Neill y el joven Erskine se echaron escaleras arriba. Se detuvieron cuando yo les grité que la puerta estaba cerrada y que si la derribaban, Wolfe seguramente les mataría a tiros.

Cometí una falta: cómo un simple,

les dije que vigilarla continuamente a Wolfe esperando que tuviese un momento de lucidez y que si se presentaba y el médico lo permitía, se lo avisarla a Erskine, para que viniese a todo correr. Debía haber previsto que no sólo estarían telefoneando día y noche para preguntar si se había presentado este momento, sino que además establecerían turnos para montar guardia a solas, en parejas o en tríos, sentarse en el despacho y esperar que se produjese. Lo cual hicieron, en efecto. El viernes por la tarde estuvieron allí por mitades y el sábado por la mañana volvieron a empezar. Por lo menos me gané treinta mil dólares de conversación con ellos.

Después de su primera visita, del jueves por la mañana, subí y le di cuenta completa a Wolfe, añadiendo que no me había parecido oportuno informarles de que seguía pagando de su dinero a los sabuesos del cilindro Wolfe murmuró:

—No importa. Ya se enterarán cuando llegue el momento.

—Claro. La enfermedad que padece usted tiene el nombre científico de optimismo maligno agudo.

En cuanto a la policía, tenía yo instrucciones de Wolfe de evitar su alud adelantándome a darles informaciones sin demora. Por ello telefoneé al despacho del comisario a las ocho y media de la mañana del jueves, antes de

que hubiesen podido abrir el correo en la oficina de la A.I.N. Hombert no había llegado aún, ni tampoco su secretario, pero le describí la situación al primer chupatintas y le encargué que la transmitiese. Una hora más tarde llamó Hombert y la conversación fue casi palabra por palabra la misma que hubiera yo podido reseñar antes de que se sostuviese. Dijo que lamentaba que Wolfe hubiese sido víctima de la tensión padecida y que el agente de policía que irla en breve a verle, tendría instrucciones de conducirse diplomática y consideradamente. Cuando expliqué qué por orden del doctor nadie en absoluto podía verle, ni siquiera un

agente de Seguros, Hombert se puso violento y quiso el nombre y la dirección de Vollmer, qué yo cortésmente le proporcioné. Quiso saber si yo le había dicho a la Prensa que Wolfe se había separado de la investigación, le dije que no y dijo que su oficina ya se ocuparía en ello. Luego dijo que el haber despedido Wolfe a su cliente, ponía fuera de discusión que, sabía la identidad del asesino y que probablemente poseía pruebas contra él y dado que yo era el secretario particular de Wolfe, cabía presumir que conocía también este pormenor. Por ello, ya debía yo saber el riesgo al dejar de comunicar inmediatamente a la

policía tal información. Le satisface también en este punto. No tardaron ni media hora en aparecer el teniente Rowcliffe y un sargento, a quienes introduje en el despacho. Rowcliffe leyó de cabo a rabo tres veces el certificado del doctor Vollmer y yo acabé por ofrecerle mecanografiar una copia de él para que se la pudiera llevar y estudiar mas detenidamente. Rowcliffe se contenía los ímpetus, porque se daba cuenta de que el empezar a echar rayos y truenos sería inútil. Trató de insistir en que no produciría el menor perjuicio entrar de puntillas en la habitación de Wolfe con la única finalidad de echar una mirada compasiva a aquel

conciudadano enfermo, tanto más cuanto que era colega en la profesión. Le dije que, aunque la idea me parecía simpática, no me atrevía a consentirla, porque el doctor Vollmer no me lo perdonaría nunca. Dijo que comprendía perfectamente mi posición. Cuando se fueron, Rowcliffe subió en el coche de policía y se fue y el sargento se quedó recorriendo arriba y abajo nuestra acera. No tenían ningún interés en instalarse en una ventana de la acera de enfrente o usar de cualquier sutileza semejante, porque ya sabían que nosotros sabíamos que estábamos vigilados. A partir de aquel momento tuvimos constantemente un centinela en la puerta.



Hombert se puso violento...

Ello era particularmente penoso para el doctor Vollmer. El jueves por la mañana Rowcliffe le llamó después de dejarme y por la tarde un médico de la policía fue a visitarle a su despacho para obtener informes facultativos acerca de Wolfe. El viernes por la mañana el propio Ash se dejó ver y veinte minutos de conversación con él exaltaron al máximo el entusiasmo con que Vollmer estaba prestando aquel servicio a Wolfe.

El sábado por la mañana recibimos el golpe que yo había venido temiendo desde que empezó aquel enredo y del que Vollmer igualmente recelaba. Nos llegó por vía telefónica, en forma de

llamada de Rowcliffe, a las doce y diez. Estaba solo en la oficina cuando sonó el timbre y cuando terminó la conversación me sentía todavía más solo. Subí las escaleras de dos en dos, abrí la puerta de Wolfe, entré y anuncié:

—Un eminente neurólogo llamado Green, contratado por la policía y provisto de una orden judicial, vendrá a darnos una audición a las seis menos cuarto. ¿Y ahora qué? —le dije a Wolfe—. Si trata usted de hacerle frente habré dimitido a las cinco y dieciséis.

—¡Vaya! —dijo Wolfe cerrando el libro que leía y dejando un dedo entre las páginas—. Esto es lo que veníamos temiendo. ¿Por qué tendrá que ser hoy?

¿Por qué demonio se ha prestado usted a darles hora?

—Porque no tenía otro remedio. ¿Se figura usted que yo soy Josué? Querían venir ahora mismo e hice todo lo posible para evitarlo. Les dije que tema que estar presente el médico de usted y que no podía hacerlo hasta después de cenar, a las nueve de la noche. Dijeron que tenía que ser antes de las seis, sin discusión alguna. Les gané cinco horas y bien me costó.

—No me grite —dijo Wolfe volviendo a reclinar la cabeza en la almohada—. Vuelva al piso de abajo. Tengo que pensar.

—¿Es que no había usted previsto

esta situación? Desde el jueves por la mañana le vengo avisando de que ocurriría en cualquier instante.

—Archie, váyase. ¿Cómo puedo reflexionar si está usted aquí desgañitándose?

—Conforme. Estaré en el despacho. Llámeme cuando haya usted llegado a alguna conclusión.

Salí, cerré la puerta y bajé. En el despacho sonaba el timbre del teléfono. Era Winterhoff que preguntaba por la salud de mi jefe.

Capítulo XXXIII

Lo tremendo de nuestra situación es que nos estaban bombardeando en una posición que nadie más que un loco hubiera ocupado. Ahora que leía los informes de Bill Gore y de los agentes de Bascom, que sabía los progresos realizados en cada sector, excepto en el que trabajaba Saúl Panzer, tenía yo derecho para negar que las actividades de éste pudiesen justificar la medida desesperada y espectacular que Wolfe había tomado. Cuando Saúl telefoneó a

las dos, tuve la tentación de asaltarle y tratar de extraerle la verdad, pero me di cuenta de que hubiera sido inútil y le acompañé sin más a la alcoba. Todo el cuerpo me bullía del deseo de escuchar su conversación. Pero parte del acuerdo que existe entre Wolfe y yo consiste en que yo nunca viole sus instrucciones exceptuando los casos en que unas circunstancias que él no conozca y que yo interprete según mi buen criterio, lo requieran. Esta salvedad no veía yo que pudiese aplicarse al caso. Tenía instrucciones de que Saúl Panzer estaba fuera de mi jurisdicción por el momento, y por ello archivé la idea y me contenté con pasear de un lado para otro con las

manos en los bolsillos.

Recibí otras llamadas telefónicas que no hacen al caso, y violé otra de mis instrucciones, la de atender a todo el que acudiese. Las circunstancias realmente me justificaban. Me encontraba en la cocina ayudando a Fritz a afilar los cuchillos, quizá porque en momentos de crisis buscamos instintivamente la compañía de las almas gemelas. Llamaron a la puerta, fui a abrir, aparté la cortina para echar una ojeada y vi a Breslow. Abrí una rendija y le aullé:

—¡No puede usted pasar! ¡En esta casa reina el dolor! ¡Fuera!

Cerré la puerta de un golpe y empezaba a volver a la cocina, pero me

interrumpí en el camino. Al pasar por delante del pie de las escaleras, me di cuenta de un sonido y de un movimiento y al detenerme para mirar, vi la causa de ellos. Era Wolfe, con el único atavío de los ocho metros de seda amarilla que invertía el hacerle un pijama. Bajaba la escalera. Le miré atónito, porque además era inusitado en él el moverse en dirección vertical sin el auxilio del ascensor.

—¿Cómo ha salido usted del cuarto?
—le pregunté.

—Fritz me ha dado una llave —dijo acabando de bajar.

Me di cuenta entonces de que por lo menos llevaba puestas las zapatillas.

—Diga a Fritz y a Teodoro que vengan en seguida a la oficina —me ordenó.

Jamás le había visto en traje de alcoba fuera de ésta. Se trataba, sin duda, de una situación de extrema gravedad. Abrí como un rayo la puerta de la cocina, le di la orden a Fritz, fui a la oficina, llamé al invernadero y le dije lo mismo a Teodoro. Cuando éste bajaba, Wolfe estaba sentado detrás de su mesa y Fritz y yo estábamos ya delante de él.

—Soy un imbécil —dijo Wolfe clara y distintamente después de mirar a Fritz y a mí.

—Sí, señor —dije cordialmente.

—Y usted también, Archie. Ninguno de nosotros tendrá derecho a partir de ahora a pretender raciocinar mejor que un mico. Le incluyo a usted, porque ya oyó usted lo que les dije a los señores Hombert y Skinner. Ya ha leído los informes de los agentes de Bascom, y sabe cómo están las cosas. Y, por todos los demonios, ¿no se le ha ocurrido a usted pensar que la señorita Gunther estuvo sola en esta oficina sus buenos tres minutos, casi cuatro o cinco, cuando la trajo usted la otra noche! ¡Y se me acaba de ocurrir ahora mismo!

—Así, cree usted...

—No, quiero creer. Óiganme, Fritz y Teodoro: En este despacho estuvo sola

una joven durante cuatro minutos. Tenía, en el bolsillo o en el monedero, un objeto que quería ocultar... Un cilindro negro de cinco centímetros de diámetro y unos quince de largo. No sabía de cuánto tiempo dispondría; podía entrar alguien en cualquier momento. Encuéntralo, si es cierto que lo escondió en esta habitación. Conociendo su manera de pensar, no me sorprendería que lo hubiera ocultado en mi mesa. Lo miraré yo mismo.

Echó para atrás la silla y se sumergió en el registro de un cajón. Yo, en mi mesa, me entregaba al mismo quehacer. Fritz me preguntó:

—¿Qué hacemos? ¿Dividirnos por

sectores?

—Vayan mirando y déjense de divisiones —le dije por encima del hombro.

Fritz se dirigió al sofá y empezó a revolver los cojines. Teodoro escogió para empezar los dos vasos que había en lo alto del archivador. No hablaba nadie, porque estábamos todos demasiado ocupados. No puedo dar cuenta detallada de la parte de la pesquisa que desarrollaron Fritz y Teodoro, porque estaba demasiado absorbido en la mía propia; salvo algunas miradas ocasionales para ver lo que registraban, pero si tenía observado a Wolfe, porque compartía su opinión

acerca de las ideas de Phoebe Gunther y era muy propio de ella haber depositado el cilindro en su mesa con tal de haber encontrado un cajón cuyo contenido pareciese estancado. Pero Wolfe no consiguió nada. Volvió a poner en posición normal la silla, se sentó cómodamente y nos vigiló como un general en jefe a sus tropas.

—¿Será esto, señor Wolfe? —dijo Fritz.

Estaba arrodillado delante del tramo mayor de la estantería y apilados a su lado había doce volúmenes, que dejaban un amplio hueco en la fila inferior de la librería. Fritz tenía la mano extendida y en ella un objeto al cual no hacía falta

mirar dos veces.

—¡Ideal! —dijo Wolfe—. Era una mujer realmente extraordinaria. Dárselo a Archie. Archie, saque la máquina, Teodoro, hoy quizá iré tarde a verle, pero sin duda mañana por la mañana subiré a la hora de siempre. Fritz, le felicito por haber tentado primero la fila inferior de la librería.

Fritz estaba radiante cuando me entregó el cilindro; luego salió seguido de Teodoro.

—Bueno —dije al meter el cilindro en el aparato—; esto lo resolverá todo o no resolverá nada.

—En marcha —gruñó Wolfe, dando golpecitos con el dedo en el brazo de la

silla— ¿Qué pasa? ¿No funciona?

—Claro que funcionará. No me aturulle. Estoy nervioso.

Di al conmutador y me senté. Llegó a nuestros oídos la voz de Cheney Boone, la misma voz, sin duda alguna, que hablamos escuchado en los otros diez cilindros. Durante cinco minutos ninguno de los dos movió un músculo. Yo tenía los ojos fijos en la reja del altavoz y Wolfe estaba arrellanado con los ojos cerrados. Cuando terminó, cerré el conmutador. Wolfe suspiró, abrió los ojos y se puso en pie.

—Nuestra fraseología habitual requiere una revisión —dijo—. El señor Boone está muerto y silencioso, pero...

habla.

—Cierto. Es el declarante silencioso. La ciencia es maravillosa, pero me parece que hay un tipo que no lo creerá así. ¿Voy a buscarle?

—No, creo que podremos arreglarlo por teléfono. ¿Tiene usted el número del señor Cramer?

—Sí.

—Bueno. Pero llame primero a Saúl, Manhattan 53232.

Capítulo XXXIV

A las cuatro menos diez habían llegado los invitados y los habíamos reunido, en el despacho. Uno de ellos era un viejo amigo, y enemigo, el inspector Cramer. Otro era un ex cliente: Don O'Neill. Otro era un conocido reciente: Alger Kates. El cuarto era un desconocido total: Henry A. Warder, vicepresidente y tesorero de «O'Neill & Warder». Saúl Panzer, que se había retirado a una silla del rincón, debajo del globo, tío figuraba naturalmente

como invitado, sino como miembro de la familia.

Cramer estaba sentado en el sillón de cuero rojo, contemplando a Wolfe como un halcón. O'Neill, al entrar y ver a su vicepresidente, que había llegado antes que él, se alborotó, pero inmediatamente lo pensó mejor, cerró la boca y se quedó frío. Henry A. Warder era ancho y alto, construido como una muralla de cemento. Alger Kates no le dirigió la palabra a nadie, ni siquiera cuando le abrió la puerta. Su porte era esencialmente el de un puritano en una guarida de bandidos.

Wolfe echó una mirada al círculo y dijo:

—Señores, esto va a ser desagradable para tres de ustedes. Por ello vamos a abreviarlo todo lo posible. Contribuiré a ello. Lo más expeditivo es hacerles escuchar primero un cilindro de «Stenophone». Antes les diré de dónde lo he sacado. Apareció en esta habitación hace una hora detrás de unos libros. La señorita Gunther lo dejó allí cuando vino a verme el viernes por la noche, hace una semana. Anoche hizo una semana.

—No vino —gruñó O'Neill—. No estuvo aquí.

—Usted no quiere que sea breve —dijo hostilmente Wolfe.

—¡Pues claro que quiero que sea

usted breve!

—Entonces no me interrumpa. Como es natural, todo lo que estoy diciendo no sólo es cierto, sino demostrable; en caso contrario, no lo diría. La señorita Gunther vino aquella noche traída por el señor Goodwin, después que los demás hubieron marchado y se quedó casualmente sola en esta habitación durante varios minutos. Es inexcusable que yo no me acordase antes de ello y mandase registrarla. Esta falta constituye un fracaso abrumador de un intelecto que algunas veces ha demostrado funcionar satisfactoriamente. Vamos a escuchar ahora este cilindro que fue dictado por el señor Boone en la última

tarde de su vida, en su despacho de Washington. Les suplico que no interrumpen. Archie, ponga en marcha el aparato.

Mientras daba al conmutador se oyeron unos murmullos. Entonces, Cheney Boone, el orador silencioso, tomó la palabra:

—Señorita Gunther, lo que le voy a decir está reservado a nosotros dos. Asegúrese de que se cumpla esta condición. Saque una sola copia para guardarla cerrada en su archivador y entrégueme el original a mí. Acabo de sostener una conversación en la habitación de un hotel con el señor Henry A. Warder, vicepresidente y

tesorero de «O'Neill & Warder». Es la persona que ha tratado últimamente de ponerse en contacto conmigo rehusando dar su nombre. Por fin consiguió hablarme en casa y le cité para hoy, 26 de marzo. Me ha dicho lo siguiente.

Warder pegó un brinco de la silla y se abalanza hacia el aparato gritando:

—¡Párelo!

Como yo estaba ya preparado para un gesto semejante, había puesto el aparato en el extremo de mi mesa, a un metro de mí y por ello no me fue difícil interceptar el ataque. Me interpuse en el camino de Warder y dije con firmeza:

—No hay que asustarse. Vuelva a sentarse. —Saqué del bolsillo de mi

chaqueta una pistola y la exhibí— A medida que avance la audición ustedes tres se irán sintiendo cada vez más incómodos. Si se les ocurre algún proyecto en común, prueben de realizarlo y le daré guato al dedo con el mayor placer.

—¡Se lo dije bajo promesa de secreto! —exclamó Warder temblando de pies a cabeza—. Boone me prometió...

—¡Cállese! —gritó Cramer levantándose de la silla y acercándose a Warder. Luego le cacheó y cuando hubo terminado con él registró a O'Neill y a Kates. Después me dijo:

—Adelante, Goodwin.

Como yo no era perito en aquellos aparatos y tampoco deseaba dañar al cilindro; volví a empezar por el principio. No tardamos en llegar al punto donde se había interrumpido la audición:

—Me ha dicho lo siguiente: Warder ha venido sabiendo durante varios meses que el presidente de su Compañía, Don O'Neill, ha comprado a un miembro de la O.R.P. para que le proporcionase informes confidenciales. No lo ha descubierto ni por casualidad ni por información secreta alguna. O'Neill no sólo ha reconocido la verdad del caso, sino que ha mandado a Warder, que como tesorero proporcione fondos a

través de una cuenta especial. Lo ha hecho con protestas Repito que ésta es la versión de Warder, pero me inclino a creerle, dado que ha venido a contármela voluntariamente. Habrá que comprobarla con el F.B.I. para ver si tienen alguna pista sobre O'Neill y Warder y particularmente acerca de Warder, pero no debe dársele al F.B.I. ningún indicio que Warder se ha puesto en comunicación conmigo. Tuve que prometérselo antes de que me dijese ni una palabra y esta promesa debe ser escrupulosamente respetada. Ya hablaré con usted de ello mañana, pero tengo ahora, el presentimiento (ya sabe usted lo que son mis presentimientos) de que

debo comunicárselo sin demora.

Cramer produjo un ruidito que tenía parte de gruñido y parte de estornudo y en él se fijaron tres pares de ojos, como irritados por su interrupción de aquella fascinadora representación. A mi no me importaba mucho, porque la conocía ya de antes. En lo que sí me interesaba ahora era en el auditorio.

—Warder dijo que, según sus noticias, los pagos habían empezado a efectuarse en el mes de septiembre pasado y que el total librado ascendía hasta 16.500 dólares. La razón que dio para venir a verme era que se consideraba hombre de principios, como dijo, y que le producía violenta

repugnancia el soborno, y sobre todo el soborno de los funcionarios oficiales. No estaba en situación de oponerse con firmeza a O'Neill, porque O'Neill posee más del setenta por ciento de las acciones de su Compañía y Warder, menos del diez por ciento y O'Neill podría y querría echarle por la borda. Este detalle puede ser verificado con facilidad. Warder se mostraba extremadamente nervioso y aprensivo. Mi impresión es que su relato es cierto y que su visita fue resultado de un remordimiento de conciencia, pero existe la posibilidad de que tenga por móvil el segarle la hierba debajo de los pies a O'Neill por alguna razón

desconocida. Me juró que su único propósito era poner en mi conocimiento los hechos para que yo pueda ponerles freno librándome de este corrompido subordinado, cosa que queda concretada por su exigencia de una promesa previa que nos impide hacerle nada a O'Neill.

»Ya sé que lo siguiente la sorprenderá (como me ha sorprendido a mí): El hombre comprado por O'Neill es Kates, Alger Kates. Ya sabe usted en qué concepto he tenido a Kates y, por lo que se me alcanza, usted era del mismo parecer. Warder pretende no saber exactamente qué es lo que ha conseguido O'Neill a cambio de este dinero, pero esto no importa. Sabemos que Kates ha

estado en situación de vender noticias en tanta medida como cualquier funcionario y nuestra hipótesis es que no se ha dejado nada en el tintero y que O'Neill se lo ha pasado también todo a esa maldita banda de la A.I.N. No necesito decirle cuan molesto me ha puesto este asunto. ¡Por dieciséis mil miserables dólares! Quizá no me importaría tanto verme engañado por un canalla de categoría a cambio de varios millones. Pensaba que Kates era un hombrecito modesto que tenía el alma puesta en el trabajo y en nuestros objetivos y propósitos. No tengo idea de para qué quería el dinero ni me importa. No he decidido cómo enfocar este caso. Lo

mejor será lanzar al F.B.I. contra él y cogerle junto con O'Neill, pero no sé si mi promesa a Warder permitirá hacerlo. Lo pensaré mejor y lo trataremos mañana. Si me encontrase cara a cara con Warder ahora mismo, no sé si podría reprimirme. Por lo pronto no quiero volverle a ver. Si entrase en esta habitación en este momento, me parece que le echaría las manos al cuello y le estrangularla. Ya me conoce usted y sabe que me expreso de esta manera.

»Lo importante no es lo de Kates en sí, sino lo que demuestra este hecho. Evidencia que es una insensatez que yo me confíe enteramente en nadie, en nadie absolutamente excepción hecha de

Dexter y de usted. Hasta cierto punto hemos de dejar que se haga cargo del asunto el F.B.I., pero debemos reforzar nuestra posición con un mecanismo y un personal que trabaje directamente bajo nuestras órdenes. Quiero que lo piense usted para cuando hablemos mañana en una reunión a la que no invitaré a nadie más que a Dexter. Por lo mucho que me afecta el asunto, tendrá usted que dedicarse a él y no pensar en otra cosa. Me quedaré desguarnecido: pero esto es de importancia vital. Piénselo. Tengo que presentarme ante el Comité senatorial por la mañana; por ello llevaré este cilindro a Nueva York, y se lo entregaré a usted y usted podrá

pasarle mientras yo estoy informando. Empezaremos a hablar de ello por la tarde lo antes posible.

La voz cesó de hablar y en su lugar sonó un débil zumbido. Cerré el conmutador. Se produjo un silencio de muerte.

—¿Qué me dice, señor Kates? — preguntó Wolfe en tono de inocente curiosidad—. Cuando entró usted en aquella habitación llevando el material para el discurso de Boone y él se encontró cara a cara con usted, ¿le echó las manos al cuello?

—No —dijo Kates con su rota voz y con talante indignado.

—¡No se meta en esto, Kates!

¡Cállese! —gritó Don O'Neill.

—Es maravilloso, señor O'Neill. De veras que lo es. Casi palabra por palabra. La primera noche que estuvo usted aquí le recriminó así: «¡No se meta usted en esto, Kates! ¡Siéntese y cállese!» No fue un detalle muy inteligente; porque sonaba precisamente a orden de un jefe a su empleado, como ocurría en realidad. Este pormenor me llevó a dedicar a un hombre a descubrir un vínculo entre usted y el señor Kates, pero había sido usted demasiado circunspecto y, aun después de investigar durante tres días, no lo encontró. —Y mirando a Kates añadió —: Le he preguntado si el señor Boone

quiso estrangularle, porque por lo visto lo tenía pensado y además porque ello le proporciona a usted una orientación: la defensa propia. Un buen abogado conseguiría jugar bastante con este tema. Claro que queda la señorita Gunther. Dudo de que un jurado se convenciese de que también ella quería ahogarle en mi descansillo. A propósito, hay otro detalle que me inspira curiosidad. La señorita Gunther le dijo a la señora Boone que había escrito una carta al asesino pidiéndole que devolviese el retrato de bodas. No lo creo. No considero que la señorita Gunther hubiese puesto por escrito tales cosas. Creo que usted le dio la fotografía y la

licencia de conducción y que ella se las envió a la señora Boone. ¿No es así?

Como contestación, Alger Kates se echó a temblar de ira, se puso en pie, evocando aquella escena en que acusó a Breslow de rebasar los límites de la decencia y graznó:

—La policía ha demostrado ser totalmente incompetente. Debían haber descubierto de dónde salió aquel pedazo de tubo en pocas horas. Y no lo supieron nunca. Procedía de una pila de basura que había en el sótano del edificio de la Calle 41, donde están las oficinas de la A.I.N.

—¡Está loco! —exclamó Cramer—. ¡Oigan lo que dice!

—Es un estúpido —dijo O'Neill, como si se dirigiese al «Stenophone»—. Es un despreciable estúpido. No sospechaba yo que fuese el autor de los asesinatos. Nunca creí que fuese usted capaz de ello —dijo mirando cara a cara a Kates.

—Ni yo —dijo éste. Había dejado de temblar y estaba en pie, rígido—. Ni yo, antes de que llegase el momento. Después de ocurrir, me comprendí mejor. No me consideré tan tonto como Phoebe. Debía haberse dado cuenta de lo que yo era capaz de hacer. No tendría siquiera que haber prometido no decir nada o destruir el cilindro A usted mismo —dijo mirando a O'Neill— le

hubiera matado aquella noche. Podía haberlo hecho. Usted me temía y me teme aún. Ninguno de aquellos dos me temía, pero usted sí. Dijo usted que no me creía capaz de matar, cuando sabía usted muy bien que sí lo soy.

O'Neill empezó a hacer una observación, pero Cramer le hizo callar y le preguntó a Kates:

—¿Cómo lo supo?

—Se lo dije yo mismo. No tenía que habérselo dicho, pero se las arregló para hablarme...

—Esto es una mentira —dijo O'Neill fría y precisamente—. Miente usted.

—Conforme. Dejémosle terminar —

aprobó Kates—. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Al día siguiente, el miércoles. Por la tarde. Nos encontramos por la noche.

—En la Segunda Avenida, entre las calles 53 y 54. Hablamos en la acera. Me dio algún dinero y me dijo que si sucedía algo y me detenían, me proporcionaría todo lo que necesitase. En aquel momento tenía miedo de mí. Estuvo observándome, mirándome las manos.

—¿Cuánto tiempo estuvieron ustedes juntos?

—Diez minutos. Calculo que diez minutos.

—¿Qué hora era?

—Las diez. Teníamos que

encontrarnos a las diez y llegué a la hora, pero él se retrasó cosa de un cuarto de hora porque dijo que tenía que asegurarse de que no le seguían. No creo que un hombre inteligente se hubiese inquietado por esto.

—Señor Cramer, ¿no estamos perdiendo el tiempo?— preguntó Wolfe—. Luego tendrá usted que repetirlo todo allá abajo ante un taquígrafo. Parece que estará dispuesto a colaborar.

—A lo que está dispuesto es a hacerse electrocutar después de haber causado todas las molestias que pueda al prójimo con sus malditas mentiras — dijo O'Neill.

—Yo no me inquietarla mucho en su

caso —le dijo a Wolfe O'Neill.

—Es más filósofo que usted y, dentro de lo desagradable de su caso, tiene la gracia de aceptar lo inevitable con una ficción de decoro. Usted, por el contrario, patalea. Por las miradas que le ha dirigido usted al señor Warder, sospecho que no tiene usted idea clara de su posición. Tendría usted que ponerse de acuerdo con él para que lleve el negocio cuando usted no esté ya.

—Yo saldré de ésta y no abandonaré mi puesto.

—Claro que sí: irá usted a la cárcel. Por lo menos esto parece —dijo Wolfe y dirigiéndose al vicepresidente, añadió —: ¿Qué le parece, señor Warder? ¿Irá

usted a dar un mentís a este mensaje de ultratumba? ¿Negará o mixtificará usted su conversación con el señor Boone y hará que un jurado le declare a usted embustero? ¿O querrá usted demostrar que tiene sentido común?

Warder dejó de parecer atemorizado y cuando habló ya no mostró tendencia alguna a vociferar.

—Voy —dijo con voz firme y honorable— a decir la verdad.

—El señor Boone, ¿dijo la verdad en esté cilindro?

—Sí, la dijo.

Los ojos de Wolfe se volvieron hacia O'Neill.

—Ya ve usted, señor mío. El

soborno es un delito. Necesitará usted del señor Warder. El otro aspecto, la complicidad en el crimen después de cometido éste, depende de su abogado. A partir de este momento, señor Cramer, entran en acción los letrados. Llévase a estos señores de aquí, si me hace el favor. Estoy cansado de mirarlos. Archie, empaquete este cilindro. El señor Cramer querrá llevárselo.

—Téngalo usted mientras telefono —me dijo Cramer.

Me senté dando frente al auditorio, con la pistola en la mano para prevenir el caso de que alguien tuviese un, ataque de nervios mientras Cramer marcaba el número y hablaba. Me sorprendió ver

que no se dirigía a la Brigada, de Homicidios, donde estaba instalado Ash, ni siquiera al inspector jefe, sino al propio Hombert. Cramer daba de cuando en cuando muestras de talento.

—¿El comisario Hombert? Soy el inspector Cramer. Sí, señor. No, le llamo desde el despacho de Wolfe. No, señor, no trato de... Pero si me deja usted hablar... Si, señor, me doy cuenta de que sería una infracción de la disciplina, pero si me escucha usted un minuto. Claro que estoy con Wolfe. No he forzado la puerta, pero he conseguido detener al criminal, obtener la prueba y establecer la confesión. Esto es lo que quería decirle, y no estoy ni borracho ni

loco. Aguarde un momento.

Wolfe le estaba haciendo unos gestos frenéticos.

—¿Qué quiere usted?

—Dígale que no permita que se acerque por aquí ese maldito doctor.

—Conforme, comisario. Wolfe está alborotado por no sé qué de un doctor. ¿Le iba usted a mandar un médico? No necesita ninguno ni creo que lo necesite nunca. Mande tres coches y seis hombres a casa de Wolfe. Le traeré a tres personas. Ya verá usted cuando lleguen. Sí, señor, se lo repito. El caso está resuelto y no hay lagunas de consideración. Claro, se los llevaré a usted.

Colgó el teléfono.

—¿No me irá usted a esposar? —
graznó Kates.

—Quiero telefonar a mi abogado
—dijo O'Neill con voz helada.

Warder se sentó en silencio.

Capítulo XXXV

Saltaré a la mañana del lunes, porque no hubo detalles de mayor importancia, salvo la aparición puntual del doctor Green a las seis menos cuarto y la indicación que se le hizo de que, a pesar de su mandamiento judicial, el asunto estaba terminado. Wolfe bajó el citado día del invernadero a las once, sabedor de que tenía una visita. Era Cramer, que había telefoneado pidiendo una entrevista, y que le esperaba sentado en el sillón de cuero rojo. En el suelo, a

su lado, había un objeto de forma irregular, envuelto en papel de florista, el cual había rehusado entregarme al entrar. Después de haberse saludado y de haberse sentado Wolfe, Cramer dijo que ya suponía que él habría leído en el diario que Kates había firmado una confesión completa y detallada de sus crímenes.

—Este Kates era un insensato y un inadaptado, pero desde el punto de vista intelectual no se le puede despreciar. Un aspecto de su actuación puede incluso ser considerado brillante.

—Cierto, y aún diría yo más de uno. ¿Se refiere usted al detalle de dejar la bufanda en su propio bolsillo en vez de

meterla en el de algún otro?

—Sí, esto fue muy notable.

—El mismo es una personalidad notable y singular. Hubo una cosa de que no quiso hablar ni firmar declaración alguna tocante a ella. ¿De qué supone usted que se trata? ¿De algo que hubiera contribuido a llevarle a la silla? No, señor. No pudimos obtener la menor noticia acerca del uso que quería dar al dinero. Cuando se le preguntó si lo dedicaba a su mujer, a los viajes a Florida o cosa así, sacó el mentón y dijo despectivamente: «A mi mujer no la mezclaremos en esto; no me vuelvan a hablar de ella». Vino ayer por la tarde y él no quiso verla. Me parece que la

considera demasiado sagrada para mezclarla en el asunto.

—Ciertamente.

—Pero en lo que se refiere a él se ha mostrado perfectamente asequible y dispuesto a ayudarnos. Por ejemplo, en la escena con Boone en el hotel. Entró en la habitación y le dio a Boone algunos papeles; Boone le reprochó su conducta y dijo que se fuese y le volvió la espalda. Kates cogió la llave inglesa y se la entregó. Kates nos explica exactamente lo que dijo Boone y lo que dijo él y luego lo lee cuidadosamente para asegurarse de que lo hemos escrito de una manera exacta. Lo mismo, en cuanto a lo de Phoebe Gunther. Quiere

que el relato sea fiel, que quede bien claro que él no se las compuso para reunirse con ella y venir juntos, cuando la Gunther le telefoneó, sino que se contentó con esperarla en la acera de enfrente hasta que la vio venir; entonces se puso a su lado y subió las escaleras con ella. Llevaba el tubo en la manga, con la bufanda arrollada ya. Tres días antes, la primera vez que estuvieron todos aquí, le quitó a Winterhoff la bufanda del bolsillo, sin saber aún para qué la usaría. Pensó simplemente que podría servirle para complicar a Winterhoff, a una figura de la A.I.N.

—Naturalmente —dijo Wolfe, que intervenía en la conversación de manera

estrictamente cortés—. Cualquier cosa que sirviera para apartar la atención de su persona. Trabajo perdido, supuesto que yo le vigilaba ya.

—¿Ah, sí? —preguntó, escéptico, Cramer—. ¿Por que se fijó usted en él?

—Sobre todo por dos cosas. La primera, como es natural, por aquella orden que le dio el señor O'Neill en este despacho el viernes por la noche, que era indudablemente un mandato salido de una persona que creía tener derecho a ser obedecida. Segundo, y mucho más importante, por él retrato de bodas que se le remitió a la señora Boone. Partiendo de que existan hombres capaces de aquel rasgo, desde

luego ninguno de los cinco de la A.I.N. lo era. La señorita Harding era de corazón demasiado frío; el señor Dexter había visto demostrada su coartada; la señora Boone y su sobrina estaban sin duda libres de sospecha, por lo menos desde mi punto de vista. Quedaban sólo la señorita Gunther y el señor Kates. La señorita podía verosímilmente haber matado al señor Boone, pero no a sí misma con un pedazo de tubo y era la única persona que podía considerarse autora de la devolución del retrato. Luego, ¿de dónde lo había sacado? Del asesino. ¿De quién? Como conjetura lógica y útil, del señor Kates. Todo esto no era más que la persecución de un

fantasma. Lo que hacía falta era la prueba. Y mientras tanto ésta permanecía aquí, en este estante. Confieso que ésta es una píldora muy difícil de tragar para mí. ¿Quiere usted cerveza?

—No, gracias —dijo Cramer, que parecía nervioso o molesto por algo. Miró al reloj y se deslizó hasta el borde de la silla—. Tengo que marcharme. Vine de paso. —Se puso en pie y se estiró los pantalones—. Tengo un día de trabajo horrible. Supongo que sabrá que he vuelto a mi puesto en la Brigada y que el inspector Ash ha sido trasladado a Richmond.

—Sí, y le felicito.

—Muchas gracias. Estando yo, pues, de nuevo en mi despacho antiguo, tendrá usted que andarse con tiento. Como dé un mal paso, me tendrá usted en seguida encima.

—No pienso darlo.

—Conforme, usted y yo nos comprendemos.

Cramer empezó a dirigirse a la puerta. Yo le grité:

—¡Eh, su paquete!

Y él, por encima del hombro, casi sin detenerse, dijo:

—¡Ah, me olvidaba! Es para usted, Wolfe; espero que le gustará.

Salió y, a juzgar por el tiempo que tardó en llegar a la puerta de la calle y

cerrar la puerta de un portazo, debió de andar a grandes zancadas. Fui a recoger el paquete, lo puse en la mesa de Wolfe y aparté el envoltorio. Era una maceta de mayólica de un color verde horrible; la tierra que contenía era tierra vulgar y además había una planta en buen estado, pero con sólo dos flores. La miré asombrado.

—¡Dios mío! —exclamé cuando hube recuperado el uso de la palabra—. Le ha traído a usted una orquídea.

—Una «*Brassocattleya thorntoni*» —dijo Wolfe—. Es bonita.

—¡Rábanos! —dije con realismo—. Tiene usted mil mejores. ¿La tiro?

—No, por cierto. Llévesela a

Teodoro. Archie, uno de sus peores defectos es que no tiene usted sentimientos.

—¿No? —dije mirándole—. En este momento hay uno que casi me abrumba: Es el de gratitud a nuestra buena suerte por volver a tener a Cramer, aun siendo tan pesado. Con Ash, la vida no hubiera sido digna de ser vivida.

—¡Buena suerte! —gruñó Wolfe.

Capítulo XXXVI

Me había propuesto darle a conocer tarde o temprano mi talento. Estuve esperando el momento oportuno y éste llegó el mismo día, el lunes por la tarde, cosa de una hora después almorzar, cuando nos telefoneó Frank Thomas Erskine. Se le permitió hablar con Wolfe y yo escuché desde mi mesa.

El centro de la conversación era que le mandarían a Wolfe aquella tarde un cheque de cien mil dólares, lo cual parecía ya ser materia que justificaba

una llamada telefónica. El resto era trivial. Que la A.I.N. agradecía mucho lo que por ella había hecho Wolfe y que no podía comprender en absoluto por qué razón le había devuelto el dinero. Le pagaban a tocateja el total de la recompensa ofrecida en los periódicos, por la gratitud y la confianza que tenían puestas en él y también porque la confesión firmada por Kates hacía inevitable el cumplimiento de las condiciones. Les complacería (decían) pagar una cuenta adicional de gastos, Wolfe quería decir a cuanto ascendían: Habían hablado con el inspector Cromar y éste había rehusado toda participación en la recompensa, insistiendo en que

correspondía por entero a Wolfe. Fue una llamada telefónica muy agradable.

—Es satisfactorio y comercial —me dijo Wolfe sonriente—. Pagan la recompensa sin dilación.

—El señor Erskine no sabe lo que se pesca —le respondí.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Había llegado el momento. Crucé las piernas, me arrellané y dije:

—Prefiero decírselo sin rodeos.

—¿De qué habla usted?

—No, soy yo quien preguntará.

Primero: ¿Cuándo encontró usted el cilindro? ¿El sábado por la tarde, cuando entró usted aquí en pijama echando por tierra su talento? No. Lo

sabía usted desde el primer momento, o por lo menos desde hacía tres o cuatro días. Lo encontró usted el martes por la mañana, cuando yo estuve en la oficina de Cramer, o el miércoles, mientras comía con Nina Boone. Me inclino a creer que fue el martes, pero admitiré que pudiera ser al día siguiente. Número dos: ¿Por qué, si sabía usted dónde estaba el cilindro estuvo dando la tabarra a la señora Boone para que se lo dijese? Porque quería usted asegurarse de que ella no lo sabía. Si lo hubiera sabido se lo habría dicho a los policías antes de que hubiese usted decidido soltar prenda y la recompensa hubiera ido a parar a ella, o por lo menos a

usted no. Y puesto que Phoebe Gunther la había contado una porción de cosas, podía haberle revelado también ésta. Además era parte de su plan general el difundir la impresión de que no sabía usted dónde estaba el cilindro y de que estaba dispuesto a dar un brazo y varios dientes por encontrarlo.

—Esta fue la impresión creada, en efecto —murmuró Wolfe.

—Cierto. Podría respaldar estas hipótesis con diversos hechos incidentales, por ejemplo, que mandase usted a buscar el «Stenophone» el miércoles por la mañana, que es el motivo principal por el que yo me inclino en favor del martes, pero

pasemos a la pregunta número tres: ¿Por qué, cuando encontró el cilindro, no lo reveló? Porque dejó usted que sus opiniones personales se interpusiesen entre sus deberes profesionales. Porque su opinión acerca de la A.I.N. coincide a grandes rasgos con la de otra gente, incluyéndome a mí; sabía usted que la repulsión a los asesinatos estaba levantando una gran odiosidad contra la A.I.N. y quería prolongarla todo lo posible. Para conseguirlo, llegó usted incluso a hacerse encerrar en su cuarto durante tres días. Pero admito que interviene otro factor: su amor al arte por el arte. Usted es capaz de hacer cualquier cosa para que su comedia

resulte brillante, contando, claro está, con que sea lucrativa.

—¿Durará mucho esto?

—Casi estoy terminando. Número cuatro: El porqué devolvió usted el dinero y despidió al cliente es fácil de saber. Siempre existe la posibilidad de que cambie usted de carácter algún día y decida ir al Cielo. Por ello no podía usted retener el dinero de la A.I.N. y conservarla como cliente, mientras estaba haciendo todo lo posible para despeñarla. En este punto, sin embargo, me vuelvo cínico. ¿Qué habría pasado si no hubiesen ofrecido públicamente la recompensa? ¿Hubiera usted desarrollado la comedia de la misma

manera? ¿Qué diferencia hay entre tener un cliente y cobrarle y aceptar una recompensa?

—Esto es un disparate. La recompensa fue anunciada ante cien millones de personas. Se le pagarla a cualquiera que la mereciese. Yo la merecí.

—Conforme, no he hecho más que aludir a la cuestión. No me opongo a que vaya usted al Cielo si tiene interés en ello. Por cierto que no está usted completamente fortificado. Si se le obligase a Saúl Panzer a declarar bajo juramento y se le preguntase qué hizo desde el miércoles hasta el sábado, y respondiese que mantenerse en contacto

con Henry A. Warder para estar seguro de que se podía contar con él para cuando hiciese falta, y se le preguntase a usted de dónde sacó la idea de necesitar a Warder, ¿qué respondería? Ya sé que no ocurrirá, conociendo a Saúl Panzer como le conozco. Bueno, sólo quería darle a entender que me duelen sus observaciones despectivas acerca de su talento.

—Se ha olvidado usted de una cosa —dijo Wolfe, después de gruñir y permanecer en silencio un rato.

—¿Cuál?

—Un motivo secundario posible. O quizá primario. Considerando que todo lo que ha dicho usted es una hipótesis —

puesto que naturalmente es inadmisibile como hecho— recuerde usted lo que hice el martes pasado, hace seis días cuando, según la hipótesis, descubrí el citado cilindro. ¿Qué había pasado antes? Piense en la señorita Gunther nuevamente.

—¿Qué hizo?

—Estaba muerta. Como usted sabe, me repugna dejar cabos sueltos. La chica había demostrado notable tenacidad, audacia e imaginación al explotar la muerte del señor Boone para un propósito que él hubiera deseado, aprobado y aplaudido. En medio de esta empresa fue asesinado. No se merecía que su muerte fuese inútil. Merecía que

se extrajese de ella algún resultado. Me encontré, según la hipótesis, en una posición ideal para cuidar de ello. Esto es lo que usted olvidaba.

Notas

La frase «I sell sea shells» es, en inglés, un trabalenguas al cual se recurre aquí con efecto cómico. <<

Alusión a unos concursos de pronunciación que se organizan entre los alumnos de los colegios norteamericanos para corregir vicios de dicción. <<